NOAM CHOMSKY

PODER Y TERROR

Conversaciones y entrevistas tras el 11 de septiembre



PODER Y TERROR

PODER Y TERROR

Conversaciones y entrevistas tras el 11 de septiembre

NOAM CHOMSKY

Traducción de Carmen Aguilar

SIETE CUENTOS EDITORIAL
Nueva York

Titulo original: *Power and Terror*
Originalmente publicado por Seven Stories Press, 2003

En Canadá: Hushion House, 36 Northline Road, Toronto, Ontario M4B 3E2

En Inglaterra: Turnaround Publisher Services Ltd., Unit 3, Olympia Trading Estate, Coburg Road, Wood Green, London N22 6TZ

En Australia: Palgrave Macmillan, 627 Chapel Street, South Yarra, VIC 3141

ISBN 1-58322-620-6

Profesores de universidad pueden obtener ejemplares para revisión sin costo alguno, por un periodo de seis (6) meses, directamente de Siete Cuentos Editorial/Seven Stories Press. Para hacer su pedido, por favor ir al www.sevenstories.com/textbook, o enviar un fax en el papel oficial de la universidad al 212 226 1411.

Diseño de cubierta por Greg Ruggiero
Imagen de cubierta por Scott Nelson/Getty Images

Impreso en Canadá.

9 8 7 6 5 4 3 2 1

Índice

Índice

Introducción

Inmediatamente después de los ataques terroristas del 11 de septiembre, la agenda siempre apretada de la vida de Noam Chomsky alcanzó niveles de intensidad mucho más altos. Durante los meses siguientes ofreció numerosas charlas públicas y concedió innumerables entrevistas la mayoría a medios de comunicación extranjeros? que, ante los ataques, lo convirtieron en uno del puñado de intelectuales estadounidenses que se mostraron contrarios a la respuesta militar agresora de la Administración Bush.

Con incansable convicción, Chomsky ha tenido que repetir miles de veces su argumentación de que no podemos alegar el terrorismo de los débiles contra los poderosos sin enfrentar también ?el innombrable pero mucho más desproporcionado terrorismo de los poderosos contra los débiles. La argumentación, apoyada siempre con una exhaustiva muestra de estudios de casos históricos, documentos y análisis, cayó en oídos sordos en Washington y en la corriente principal de los medios de comunicación estadounidenses. Pero resonó en amplias audiencias de Estados Unidos y del extranjero que, una vez más, buscaron en Chomsky la voz de la razón y la conciencia que ha venido haciéndose oír durante décadas.

La voz de Chomsky llegó a Japón donde vivo a través la traducción de su libro *9/11/2001* (subtitulada en japonés *¡América no tiene autoridad para tomar represalias!* y publicada a toda prisa a finales de noviembre). Inspirados en el libro, el productor de una compañía cinematográfica japonesa y yo empezamos a hacer planes para filmar un documental sobre el punto de vista de Chomsky, a propósito del terrorismo y el poder de Estados Unidos. Este libro es vástago de ese esfuerzo.

Cuando lo abordamos por primera vez para hablar del documental a principios de enero de 2002, nos hicimos rápidamente una idea de la intensidad de la vida de Chomsky. Le interesaría trabajar con nosotros en la película, dijo, pero el primer hueco disponible en su agenda de actividades no lo tendría hasta mayo: debía viajar a Porto Alegre, Brasil, para asistir al Foro Social Mundial; a Turquía para testificar en el juicio a su editor; luego a Colombia y, de inmediato, debía pasar una semana de marzo en California. Seríamos muy bienvenidos si participáramos de la gira, la filmáramos y filmáramos también cualquier otra charla pública que ofreciera.

Decidimos filmar en California, donde Chomsky estaba invitado a pronunciar dos conferencias sobre lingüística, en el ciclo anual de conferencias de la Universidad de Berkeley. Durante los cinco días en la Bay Area cumplió los horarios normales del campus y tuvo encuentros con estudiantes y profesores de lingüística de la zona. En "los ratos libres" ofreció cinco charlas políticas sobre un amplio abanico de temas (tres de las cuales filmamos), ante una audiencia total de más de cinco mil personas.

A última hora de un viernes en Palo Alto se le quebraba la voz y estaba agotado, pero, cuando empezó a hablar ante una atenta audiencia de cien personas en el salón de baile de un

hotel, fue categórico. Adquirió cada vez más energía a medida que avanzaba la velada desde un largo comentario judicial sobre la amenaza de los misiles espaciales hasta la sesión de preguntas y respuestas —en realidad breves charlas a veces de diez minutos de duración—, que respondían a las inquietudes planteadas por los oyentes.

Después de la charla, Chomsky pasó otros cuarenta y cinco minutos contestando pacientemente a las preguntas de un grupo de veinticinco, que seguían rodeándolo. En cierto momento se le acalambraron los dedos de tanto firmar autógrafos y se rió: "Ya ni siquiera puedo escribir". Es posible que Chomsky sea incansable, pero no es de hierro. Seguía hablando al salir del salón. Le contaba a un amigo cómo lo había sacado de quicio su reciente viaje por la región kurda de Turquía.

Mientras lo seguía esos días, lo primero que me asombró de Chomsky fue su tremenda modestia y generosidad. No se considera vehículo de cambio social sino acaso como quien puede posibilitarlo, proporcionando a su audiencia la información y el análisis fruto de sus investigaciones. Hace repetidamente hincapié en que hay opciones; en que corresponde a cada individuo actuar de acuerdo con principios morales, forzando a quienes están en el poder a que hagan lo mismo.

La otra faceta que me impresionó de Chomsky es su optimismo. Pese a sus frecuentes desalentadores análisis de los abusos de poder de Estados Unidos, el temperamento de Chomsky es el de un hombre lleno de vida y actitud esperanzada. Termina la mayoría de sus discursos con un repaso de lo mucho que ha conseguido el activismo popular en las pasadas décadas e insiste en hasta qué punto el cambio social sigue estando a nuestro alcance.

El filósofo y activista japonés Tsurumi Shunsuke —que tomó a su cargo la supervisión editorial de la edición original japonesa de este libro—, suscribe ese optimismo basado en el análisis de la historia, que Chomsky sostiene también en sus estudios lingüísticos. "En el contexto de esa larga historia, este año y el próximo resultan insignificantes. Vivir en el presente con la fe puesta en el constante trabajo de la actividad humana a lo largo del tiempo: de ahí viene la animosa actitud de Chomsky."

La obra de Chomsky plantea la siguiente pregunta —y el desafío— a cada uno de nosotros: ¿está justificado sentirse optimista en estos tiempos de bombas inteligentes y gobierno patriotero? La respuesta que Chomsky acostumbra dar es que depende en gran medida de lo que decidamos usted y yo.

John Junkerman
Tokio, enero de 2003

PRIMERA PARTE

Entrevista a Noam Chomsky a propósito de la película *Power and Terror*

La entrevista con Noam Chomsky se hizo en el despacho de Chomsky del Massachusetts Institute of Technology, Cambridge, el 21 de mayo de 2002.

PREGUNTA: *¿Dónde estaba usted cuando ocurrieron los hechos del 11 de septiembre? ¿Cómo se enteró?*

CHOMSKY: Me enteré por un trabajador que conozco del vecindario. Nos cruzamos y me dijo que lo había visto por televisión. Es lo primero que oí.

¿Cuál fue su primera reacción?

Puse la radio para enterarme de lo que pasaba y, obviamente, pensé que era una atrocidad espantosa. Reaccioné igual que la mayoría de la gente de todo el mundo. Una atrocidad espantosa pero, a menos que esté usted en Europa, Estados Unidos o Japón, supongo que todos sabemos que no era nada nuevo. De la misma manera han tratado las potencias imperialistas al resto del mundo durante cientos de años. Fue un acontecimiento histórico pero, desgraciadamente, no por la

magnitud ni la naturaleza de la atrocidad sino por quiénes habían sido las víctimas.

Si repasa cientos de años de historia, los países imperialistas han sido básicamente invulnerables. Se cometen cantidad de atrocidades, pero en otro sitio. Lo mismo que Japón cometió atrocidades en China y, hasta donde yo sé, no hubo ataques terroristas en Tokio. Siempre se cometen en otro sitio. Y eso viene ocurriendo desde hace cientos de años. Ésta es la primera diferencia.

No es tan sorprendente. He hablado y escrito sobre estos temas antes y, por todas partes, aparecen en la literatura especializada. Ha sido bien interpretado y es más que obvio que, con la tecnología contemporánea, es posible que grupos reducidos sin demasiada sofisticación tecnológica cometan tremendas atrocidades. El ataque con gas en Japón es un ejemplo.*

Esa clase de cosas han sido de dominio público durante años para cualquiera que preste un poco de atención. Puede encontrar artículos en revistas especializadas de Estados Unidos, escritos mucho antes del 11 de septiembre, en los que se señala que no sería tan difícil provocar una explosión nuclear en Nueva York. Hay cantidad de armas nucleares fuera de control en el mundo entero. Por desgracia, decenas de miles de ellas y de sus componentes. Hay información disponible al alcance de cualquiera sobre cómo combinarlos para producir una pequeña "bomba sucia". O lo que se llama una pequeña bomba, puesto que la lanzada en Hiroshima sería a estas alturas una "pequeña bomba". Pero una bomba

* En marzo de 1995, miembros del grupo japonés Aum Shinrik-yo atacaron un metro de Tokio lanzando gas venenoso sarín, que mató a doce personas y dejó miles de heridos.

como la de Hiroshima en la habitación de un hotel de Nueva York no tendría ninguna gracia.

Y no sería en absoluto difícil colocarla. Quiero decir que, con una capacidad bastante limitada, una persona podría probablemente pasar componentes de contrabando por la frontera canadiense, una frontera desguarnecida que no puede protegerse. Es muy posible que ocurra esa clase de cosas en estos tiempos, a menos que los conflictos se encaren de manera sensata. Y la manera sensata es tratar de entender de dónde viene la cosa.

De nada sirve limitarse a armar escándalo. Si de verdad se busca intentar prevenir futuras atrocidades, hay que tratar de averiguar cuáles son sus raíces. Y casi todos los delitos, un delito callejero, una guerra, lo que sea, por lo general tienen algo detrás con visos de legitimidad, y son esos visos de legitimidad lo que es necesario tener en cuenta. Y tanto vale si se trata de un delito callejero o de crímenes de guerra de una potencia agresora.

Hay quienes al escuchar su análisis de este fenómeno lo acusan de hacer apología del terrorismo. ¿Cómo responde a esa acusación?

Es todo lo contrario. Yo no hago apología del terroris-mo. Es sólo cuestión de sensatez. Si a uno le tiene sin cuidado que haya futuros ataques terroristas . . . , pues está bien, no prestemos atención a las razones. Si uno está interesado en evitarlos, no hay más remedio que buscar las razones. Es todo lo contrario de hacer apología del terrorismo.

Es muy esclarecedor ver cómo funciona esa acusación. Por ejemplo, si cito al *Wall Street Journal* sobre las razones que subyacen tras los orígenes de grupos como el de Bin Laden, gente como yo será acusada de apologista, pero no el *Wall Street Journal* al cual estoy citando, que explica con precisión las

razones involucradas. Lo que les preocupa es que se critique la política de Estados Unidos.

Si el material procede del *Wall Street Journal* o si cito documentos gubernamentales desclasificados, que expusieron el mismo problema hace cuarenta años, el apologista soy yo, no el Consejo Nacional de Seguridad ni el *Wall Street Journal*. Porque lo que les parece una amenaza es que fracase el conformismo y se imponga la oposición. Interpretar el esfuerzo por encontrar razones como apología del terrorismo es infantiloide sea cual sea el delito.

Usted se ha referido a la bomba atómica lanzada en Hiroshima. Hace poco hemos oído —no es lo que se dice en Japón— que al sitio del ataque, el World Trade Center, se le llama Zona Cero.

Así es.

Para los japoneses que sufrieron el lanzamiento de las bombas atómicas en Hiroshima y Nagasaki, oír las palabras "Zona Cero" despierta sentimientos muy irritantes. Querría saber qué piensa usted de eso.

Lo curioso es que aquí a casi nadie se le ocurre pensar en eso. Fíjese en su alrededor. Quiero decir que nunca he visto en la prensa ni en los demás medios de comunicación masiva ningún comentario que toque el tema. Simplemente no está en la conciencia de la gente.

Pero esas palabras . . .

Sin la menor duda vienen de ahí. Sin cuestionamiento posible. A mí me chocaron desde el primer momento.

Así es como resuenan en el pueblo japonés.

Lo entiendo. Pero aquí no tienen este significado, porque es la misma historia de siempre: las atrocidades cometidas en cualquier otra parte no existen. Y así podemos continuar durante cientos de años. Quiero decir que se fije en Estados Unidos. ¿Por qué vivo yo aquí? Vivo aquí porque unos cuantos fanáticos fundamentalistas religiosos de Inglaterra vinieron a estas tierras y comenzaron a exterminar a la población indígena. Luego los siguieron muchos otros y exterminaron al resto de esa población indígena. Y no fue cosa de poca monta, fueron millones de personas.

Y la gente de aquellos tiempos sabía lo que estaba haciendo. No se cuestionó en absoluto lo que hacía. Pero han pasado cientos de años y el exterminio de la población indígena sigue sin formar parte de la conciencia general. Es, por cierto, un hecho asombroso que el activismo de los años sesenta y el despertar que supuso condujeran por —primera vez en la historia de Estados Unidos— a un cambio sustancial en la manera de enfocar el tema. Al cabo de trescientos años, ese tipo de cuestionamiento se convirtió en algo en lo que la gente empezó a pensar.

De niño jugábamos a indios y cowboys. Nosotros éramos los cowboys y matábamos a los indios. Pero mis hijos no lo hacen.

Volvamos una vez más a Japón, ¿tiene usted alguna idea sobre la participación del Gobierno japonés en la respuesta dada a Afganistán?

Casi todos los gobiernos hicieron lo posible para unirse a la coalición liderada por Estados Unidos, siempre acordes con sus propias razones. Por eso uno de los primeros países que se adhirió con gran entusiasmo a ella fue Rusia. ¿Por qué Rusia? Porque quería autorización para continuar sus horrendas atro-

cidades en Chechenia. China también se sumó alegremente. Le complacía contar con el apoyo de Estados Unidos para reprimir a la China occidental. Argelia, uno de los grandes países terroristas del mundo, fue muy bienvenida a la coalición contra el terrorismo.

Tal vez el caso más chocante, el que de verdad puede decirle algo sobre los intelectuales occidentales, es Turquía. Las tropas turcas están ahora en Kabul o no tardarán en estarlo, pagadas por Estados Unidos para luchar en la guerra contra el terrorismo. ¿Por qué ofrece tropas Turquía? La verdad es que fue el primer país que ofreció tropas a Estados Unidos para acudir a Afganistán. Y explicaron por qué. Fue por gratitud . . . Porque Estados Unidos fue el único país dispuesto a dar apoyo incondicional a las tremendas atrocidades terroristas cometidas por Turquía en el sureste turco durante los últimos años.

No es historia antigua. La verdad es que todavía sigue. Llevaron adelante algunas de las peores atrocidades de los años noventa, quiero decir, mucho peores que ninguna de las que se acusa de haber cometido a Slobodan Milosevic en Kosovo, naturalmente antes de los bombardeos de la OTAN.

Los bombardeos de la OTAN se llevaron a cabo al mismo tiempo que los del sureste de Turquía contra alrededor de un cuarto de la población —kurda—, horriblemente reprimida. Millones de kurdos fueron arrancados de sus casas, miles de pueblos fueron destruidos, hubo decenas de miles de muertos que, antes de morir, habían sufrido toda clase de bárbaras torturas.

Clinton hacía llegar una avalancha de armas. Turquía se convirtió en el mayor receptor de armas, aparte de Israel y Egipto, que figuran en una categoría distinta. Y Turquía agradece muchísimo que Estados Unidos estuviera tan bien dispuesto para ayudarla a seguir adelante con el terrorismo de

Estado. Como retribución ahora lucha en la guerra contra el terrorismo. El hecho de que los intelectuales occidentales puedan ver todo esto sin decir una palabra es un testimonio digno de admiración de lo disciplinada que está la gente bienpensante.

No hay que olvidar que, incluso antes del 11 de septiembre, el quincuagésimo aniversario de la creación de la OTAN en 1999 coincidió con los bombardeos sobre Serbia. Ésa es la cuestión. ¿No es una barbaridad? ¿Cómo podemos tolerar atrocidades tan próximas a los límites de la OTAN? Ése era el tópico. No hay palabras para señalar que no sólo se toleran con mucha facilidad esas atrocidades *dentro* de la OTAN —no al otro lado sino *dentro* de la OTAN—, además se contribuye masivamente a ellas.

De manera que aquí está Estados Unidos con todo su inmenso poderío, dispuesto a cometer enormes atrocidades dentro de la OTAN mientras, al mismo tiempo, los líderes del mundo occidental se reúnen en Washington y se rasgan las vestiduras por las atrocidades cometidas al otro lado de la OTAN. Y, aunque sostengan que no es verdad, se vanaglorian de bombardear para prevenir atrocidades. Y es imposible encontrar una palabra que hable del tema. Yo escribí sobre él pero, como usted ha dicho, cualquiera que se atreva a hacerlo es tachado de apologista de las atrocidades serbias.

Una vez más queda demostrada la inquebrantable disciplina de los bienpensantes. No creo que un Estado totalitario pueda lograr semejante grado de disciplina. Es una condición más que asombrosa de Occidente. No sé si en Japón la habrá advertido alguien, pero es en extremo dramática.

Acabo de mantener una entrevista con un periódico alemán importante y lo señalé. Señalé lo que ellos debían saber: que,

si bien Estados Unidos fue el principal proveedor de Turquía, Alemania fue el segundo. ¿Qué me dice de eso? Todo el mundo está empeñado en acabar con el terrorismo. Pues bien, hay una manera muy sencilla de hacerlo: dejar de participar en él. Sólo eso reducirá en una enorme proporción el terrorismo mundial.

Y lo dicho es válido en distintos grados para todos los países que conozco, pero tremendamente válido para Estados Unidos, Reino Unido, Alemania y otros. Y, sin embargo, vea usted cómo reaccionan los gobiernos . . . y los intelectuales.

Es la aplicación de un doble rasero inaceptable, una hipocresía, supongo. Como vivo en Japón hablamos muchas veces de que los japoneses deben hacerse cargo de la responsabilidad por sus crímenes en la Segunda Guerra Mundial. Como es lógico, antes de decirlo siempre debo adelantar que vengo de un país involucrado en una guerra en Vietnam, donde mató a millones de personas, y que parece haberse olvidado de eso a los treinta días.

Hasta qué punto se olvidaron de eso es un dato más que notable. Hace apenas un par de meses, en marzo de 2002, se conmemoró el cuadragésimo aniversario del anuncio público de que Estados Unidos estaba atacando a Vietnam del Sur, que pilotos de Estados Unidos bombardeaban Vietnam del Sur, que empezaban a usar armas químicas para destruir las cosechas y encerraban a millones de personas en campos de concentración.

Todo eso en Vietnam del Sur. Daban por hecho que ni rusos, ni chinos ni ningún vietnamita del Norte podían vivir en su propio país. No era más que una guerra de Estados Unidos contra Vietnam del Sur anunciada abiertamente. Y eso no se conmemora porque cuarenta años después nadie lo

sabe siquiera. No tiene importancia. En cambio, si alguien nos hace algo a nosotros, es el fin del mundo. Pero que nosotros se lo hagamos a los demás es tan normal que ¿por qué tenemos siquiera que comentarlo?

Lo mismo pasa en Japón.

Creo que en Japón no es tan grave. Japón fue derrotado y los países derrotados están obligados a prestar cierta atención a lo que hacen. Los vencedores nunca. Eche una mirada a los juicios de Tokio. Los juzgados eran sin duda culpables de toda clase de crímenes, pero los juicios fueron una farsa total. Desde el punto de vista legal —o desde cualquier otro punto de vista— fueron vergonzosos. ¿Y juzgó alguien a los criminales de Estados Unidos?

Igual de reveladores son los principios sobre los cuales se basaron los juicios de Núremberg. En Núremberg tuvieron que decidir qué se iba a considerar crimen de guerra. Había una definición muy explícita y fue consciente. No se ocultó. Un crimen era un crimen de guerra si lo cometían los alemanes y no nosotros.

Por ejemplo, el bombardeo de poblaciones urbanas no era un crimen porque británicos y estadounidenses lanzaron más bombas sobre ciudades que los alemanes, de modo que no era un crimen de guerra. Y los comandantes de submarinos alemanes pudieron alegar en su defensa el testimonio de los comandantes de submarinos estadounidenses, que dijeron: "Sí, nosotros hicimos lo mismo". Por lo tanto fueron absueltos: no era un crimen.

Y hay cosas peores. Por ejemplo, abrir los diques de Holanda se consideró crimen de guerra, y con razón. Pero pocos años más tarde, cuando la fuerza aérea de Estados Unidos había arrasado en Corea del Norte el país entero —no quedó

nada por bombardear, empezó a bombardear las represas. Eso es un atroz crimen de guerra. Eso es mucho peor que bombardear los diques. Se contó, pero se contó con orgullo.

Si lee la historia oficial de las fuerzas aéreas, el *Air Force Quarterly* y demás, descubrirá que se cuenta con lujo de detalles el gran logro que fue bombardear esas represas, ver la enorme avalancha de agua que inundaba los valles y contemplar la ira de la gente. Mire, son asiáticos que dependen del arroz. Ahí les estamos dando de verdad donde más les duele. Es exactamente igual que el racismo fanático . . . , ¡pero pregonado! Eso ocurrió apenas un par de años después de que hubieran ahorcado a los cabecillas alemanes, que habían hecho mucho menos que eso.

Y semejante barbaridad no es parte de la historia. No lo sabe nadie. A menos que hiciera una investigación especializada, no lo sabría usted.

Igual que en Vietnam . . .

Recuerdo un artículo que escribí en aquella época a propósito de otro publicado en un importante periódico de Estados Unidos, el *Christian Science Monitor*. Es un periódico muy respetado, entre otras cosas, por su fervor religioso. Pero la verdad es que es un muy buen periódico. Había un artículo titulado "Camiones o represas", escrito por uno de sus principales corresponsales. La cuestión que planteaba era: ¿debemos bombardear las represas o los camiones en Vietnam?

Luego decía: bueno, bombardear las represas es mucho más gratificante porque se ve su tremendo efecto y el desastre, la cantidad de personas muriéndose de hambre . . . , etcétera. Pero, a pesar de las ventajas, desde el punto de vista táctico sigue siendo más sensato bombardear camiones porque los

camiones quizá llevan equipos militares que podrían perjudicar a los soldados estadounidenses. Es decir, debemos superar el placer de bombardear represas y, en cambio, bombardear camiones. No soy capaz de imaginar siquiera cómo se le puede ocurrir a nadie plantear semejante cosa. Pero lo más sorprendente es que el artículo no provocó ninguna reacción, ninguna en absoluto.

Sólo por mencionar otro caso, creo que de todo lo que he dicho en mi vida, lo que despertó más indignación fue un comentario escrito hará unos treinta y cinco años. Decía que en Estados Unidos cabía hacer la pregunta sobre si lo que hacía falta —he olvidado el término que usé— era disentir o desnazificar. Y, hombre, eso sí que desencadenó la furia. Pero era a propósito de un incidente particular.

Había aparecido un artículo en el *New York Times* que contaba un acontecimiento ocurrido en Chicago. El Chicago Museum of Science, institución muy respetable, había montado una exposición. Lo que se exponía era un pueblo vietnamita —una especie de diorama de un pueblo vietnamita— rodeado de fusiles. Se trataba de que los niños dispararan contra el pueblo con los fusiles. En eso consistía el juego. Algunas mujeres, un grupo de mujeres, protestaron. Armaron una pequeña manifestación a las puertas del museo, diciendo que no les parecía bien. Y el artículo del *New York Times* denunciaba a las manifestantes por atreverse a perturbar ese maravilloso espectáculo para niños. Entonces fue cuando dije: "A veces se pregunta uno si lo que hace falta es disentir o desnazificar". Y creo que la pregunta sigue siendo válida.

Es decir, el periódico más importante del mundo reprocha a unas mujeres el intento de acabar con un maravilloso juego,

que consiste en que los niños disparen contra un pueblo, en el preciso momento en que eso es lo que está sucediendo en la realidad. ¿Sabe?, ya sería bastante barbaridad si fuera algo que hubiera ocurrido cientos de años atrás, pero estaba ocurriendo ante nuestros propios ojos. Era una auténtica aberración. Una vez más, nada de protestas y, si alguien se atreve a protestar, se lo censura.

Para mencionar otro incidente, un incidente que atañe a Japón. Mediada la década de los sesenta, la Rand Corporation —importante agencia de investigaciones relacionada con el Departamento de Defensa— tradujo y publicó documentos japoneses de contrainsurgencia en Manchuria y el norte de China. Los leí y escribí un artículo en el cual los comparaba con los documentos de contrainsurgencia de Estados Unidos en Vietnam. Eran casi iguales, el mismo fariseísmo, las mismas justificaciones, los mismos procedimientos y demás.

El artículo no se divulgó demasiado. La única vez que he visto una referencia a él fue en el artículo de un académico sobre las atrocidades japonesas en Manchuria y el norte de China. En nota al pie hablaba de un interesante artículo que trataba de justificar esas atrocidades. Se refería al mío. ¿Cómo es posible que yo las justificara? Es muy sencillo: yo comparaba lo que habían hecho los japoneses con lo que en ese momento hacía Estados Unidos. Y, puesto que lo hecho por Estados Unidos es correcto y justo por definición, lo dicho por mí sólo podía entenderse como justificación de las atrocidades japonesas.

Al autor no le cupo en la cabeza ni siquiera la duda de que yo estuviera diciendo lo contrario. Era inconcebible porque significaría dejar abierta la posibilidad de que hagamos algo mal.

Está usted en esto desde hace muchos, muchos años. Insistiendo en ese tipo de discrepancias, ¿puede contar cómo llegó a convertirse en activista político?

La verdad es que tendría que remontarme a la infancia. Al primer artículo que escribí; sé exactamente cuándo lo escribí porque recuerdo el acontecimiento. Fue en febrero de 1939, después de la caída de Barcelona. Era a propósito de la propagación del fascismo en Europa. Tenía diez años. No era un activista político. Pero desde entonces el activismo ha sido gran parte de mi vida.

Hubo un periodo de inactividad a finales de los años cincuenta, cuando el país entero estaba tranquilo. Pero, en cuanto las cosas volvieron a caldearse a principios de los sesenta, volví al activismo político. Debo decir que con cierto pesar y desasosiego porque sé muy bien que estas cosas no pueden hacerse a tiempo parcial. Una vez que has empezado, te consumen por completo. Y yo estaba haciendo montones de cosas que me hacían muy feliz y no quería dejar de lado.

¡Pero tomó la decisión!

En cierto modo sí.

¿Creyó que era su deber hacerlo?

Bueno, en la época en que se veía venir la guerra de Vietnam era imposible no sentirse involucrado.

Y durante esos primeros años, ¿cuál fue la reacción a la labor que usted hacía?

En gran parte de absoluta incomprensión. En realidad, la

guerra de Vietnam empezó para Estados Unidos en 1950. Además, entre 1954 y 1960 Estados Unidos impuso su estilo de terrorismo en América Latina. Y no fue precisamente una broma. Mataron alrededor de sesenta o setenta mil personas. Pero no hubo ninguna protesta. Ni una.

Cuando Kennedy asumió el poder se produjo una escalada, que no tardó en convertirse en ataque directo de Estados Unidos. Seguía sin haber protestas. A principios de los sesenta era imposible conseguir que nadie firmara una declaración. Nadie asistía a un mitin. Lo recuerdo. Algunos estudiantes y unos pocos interesados más tratábamos de organizar mítines sobre Vietnam. Pero teníamos que juntar a la vez media docena de cuestiones más —quiero decir Irán, Venezuela, Vietnam, etcétera— y, si acaso, conseguíamos reunir más organizadores que asistentes.

Hacia 1965 o 1966, Vietnam se estaba convirtiendo en tema importante. Pero las manifestaciones tropezaban con una extrema hostilidad. Fíjese en Boston, aquí mismo. Es una ciudad bastante liberal y, sin embargo, no podíamos hacer protestas públicas contra la guerra. Las disolvían violentamente. Los oradores se libraban de ser asesinados sólo gracias a cientos de policías del Estado. Y los ataques contra los manifestantes eran elogiados en los medios de comunicación liberales.

Hicimos reuniones en iglesias que fueron atacadas. En el centro de la ciudad atacaron la Arlington Street Church, atacaron un mitin. Otra vez apareció la policía para evitar que los atacantes entraran y mataran a todo el mundo. Así son las cosas. Pintarrajearon la iglesia y a nadie le pareció mal. Se consideraba que lo teníamos merecido.

Recuerdo a mi mujer . . . Teníamos dos niñas pequeñas. Mi mujer y las dos criaturas fueron a una manifestación femenina.

Ya sabe usted cómo son, quiero decir que no van a tirar piedras. No eran más que personas que daban vueltas con sus hijos. Y eso fue en Concord. Es un suburbio, un apacible suburbio de profesionales, de clase media-alta. Y las atacaron. Les tiraron latas, tomates y demás. Al vecindario le pareció bien.

Hasta finales de 1966 no se vio un cambio sustancial de oposición pública. Fue cinco años después de empezada la guerra. Para entonces había cientos de miles de soldados estadounidenses que a su paso devastaban Vietnam del Sur. Y, como era de esperar, la guerra se extendió al resto de Indochina. Nadie sabe cuántas personas murieron porque esas víctimas no cuentan.

Otro tema interesante a propósito de la guerra de Vietnam es que no tenemos idea del costo de vidas que significó para los vietnamitas. Es decir, tenemos registrado hasta el último soldado de Estados Unidos. Pero nadie tiene la menor idea de cuántos vietnamitas murieron o siguen muriendo. Los cálculos varían literalmente en millones. Porque ¿a quién le importa? Esas cifras no se tienen en cuenta cuando se masacra a otro pueblo.

Hace apenas un par de semanas apareció una historia en primera plana de todos los periódicos. Unos científicos han descubierto que sería posible construir lo que llaman "bombas sucias" —bombas que producirían abundantes radiaciones, pero cuyo impacto no sería demasiado destructivo— y colocarlas en cualquier sitio de Nueva York. Calcularon los efectos y dijeron que no producirían excesiva cantidad de muertos, apenas unos pocos, pero posiblemente sí cantidad de enfermedades. Y con toda certeza provocarían pánico. Es una narración horrible, noticia de primera plana.

Ese mismo día había una conferencia en Hanoi, en la cual

participaban importantes científicos de Estados Unidos que habían investigado la dioxina, el principal ingrediente venenoso del agente naranja. Los conferenciantes estaban preocupados por los efectos de la guerra química de Estados Unidos contra Vietnam del Sur. Sólo contra Vietnam del Sur. El del Norte se había ahorrado ese horror. Uno de los científicos estadounidenses que asistían a la conferencia había probado los niveles de dioxina en distintas partes del país.

Como es natural, aquellos que habían sido sometidos a la destrucción de las cosechas y demás usos del agente naranja tenían altos niveles de contaminación, cientos de veces más altos del permitido en Estados Unidos. Y éstos son sólo casos recientes. Muchos de estos niveles han sido tomados en los últimos años en niños. Trataron de calcular los efectos, que serían colosales, probablemente de cientos de miles de víctimas. De esa noticia apenas se habló en la prensa.

Pedí a un amigo que hiciera una investigación en la base de datos. Había un par de alusiones sueltas. De manera que aquí un reportaje sobre nuestro uso de armas químicas —que pueden haber matado a cientos de personas— no es noticia. El informe de que tal vez *pudiera* suceder algo así en Nueva York, que *podrían* morir unas pocas personas, sería noticia de primera plana.

Ésa es la diferencia. Esa es la diferencia entre las víctimas que cuentan y las que no cuentan.

¿Qué explicación le encuentra usted? A los periodistas les gusta considerarse paladines de los pueblos; a quienes hacen investigación periodística les gusta revelar cómo funcionan en realidad las cosas, sacar los trapos sucios a la luz y demás. Y, sin embargo, no hablan de esas cosas. ¿Por qué?

Se debe en parte a la falta de capacidad para asumir determina-

dos valores. Quiero decir que no se tiene en cuenta lo que se les hace a los demás. Y no son sólo los periodistas. Pasa por ejemplo con los eruditos . . . Con los círculos intelectuales en general.

Tomemos un caso: si se hace un sondeo de opinión entre los intelectuales de Estados Unidos, el apoyo a los bombardeos de Afganistán es apabullante. Pero ¿cuántos de ellos piensan que debía bombardearse Washington por desatar la guerra —es un decir— contra Nicaragua, Cuba, Turquía o cualquier otro país? Si alguien lo sugiriera sería considerado un demente. Pero ¿por qué? Si cualquiera de esas agresiones es justa, ¿por qué no la otra?

Si intenta hablar con alguien del asunto, ni siquiera entiende de qué se trata. No pueden entender que deberíamos aplicarnos a nosotros las mismas reglas que aplicamos a los demás. Eso es inconcebible. Y no puede haber un principio moral más elemental. Basta leer al filósofo favorito de George Bush [Jesús]. En los Evangelios hay una famosa definición del hipócrita: el hipócrita es quien se niega a aplicarse la misma vara que aplica al prójimo.

Según esas reglas, todo comentario y toda discusión de la así llamada "guerra contra el terrorismo" es hipocresía pura, casi sin excepción. ¿Quién lo va a entender? No, nadie es capaz de entenderlo.

Y para quienes dicen: "Un momento, tratemos el asunto desde una perspectiva más amplia", el listón está más alto, ¿no es así?

El listón no sólo está más alto sino que quien trate de señalarlo será tildado de inmediato de apologista de Osama Bin Laden. Es decir, la reacción es absolutamente histérica e irracional. Y muy corriente. Apuesto cualquier cosa a que si volviéramos al Japón de los años treinta o cuarenta y se hiciera una encuesta

entre los intelectuales a propósito de la guerra, la reacción sería la misma. Sé que fue verdad en Alemania, Francia y en todas partes. Es la norma. Es espantoso, pero es la norma.

Y ahora, al volver a Estados Unidos —vivo en Tokio—, al volver aquí y leer un comentario sobre la guerra que se avecina con Irak, casi parece que estuviera escrito según una agenda.

Es una cuestión técnica. ¿Cuánto costará? ¿Habrá problemas?

Lo cierto es que Afganistán es un caso interesante. No se puede hacer una encuesta en Afganistán, pero la opinión afgana ya se ha expresado.

Por ejemplo, el grupo femenino más importante de Afganistán —la Asociación de Mujeres Revolucionarias de Afganistán, muy prestigiosa y valiente—, ha luchado durante años por los derechos femeninos. Esas mujeres tienen una página web. Hablan. Lo dicen a las claras. Se oponen enérgicamente al bombardeo.

Estados Unidos organizó una reunión de mil líderes afganos en Pakistán a finales de octubre de 2001. Algunos de ellos llegaron a pie desde Afganistán, otros estaban ya en Pakistán. Todos estaban auspiciados por Estados Unidos. Estuvieron en desacuerdo sobre toda clase de cosas, pero se opusieron unánimemente al bombardeo. No sólo se opusieron: dijeron que el bombardeo perjudicaba sus esfuerzos para derrocar a los talibanes desde el interior del país, que ellos esperaban tuvieran éxito.

Lo mismo puede decirse de la persona en quien Estados Unidos tenía puestas todas sus esperanzas y toda su fe —Abdul Haq—, conocido disidente afgano que vivía en Pakistán. Lo entrevistó la Carnegie Endowment for International Peace, que no es precisamente una organi-

zación de origen turbio. La entrevista no se publicó aquí, pero sí en Europa. En esa época condenaba el bombardeo. Dijo lo mismo. Dijo: "El bombardeo está perjudicando nuestros esfuerzos por derrocar a los talibanes, cosa que nosotros podemos hacer". Y añadió que los estadounidenses estaban bombardeando porque querían hacer una demostración de fuerza. No les importa en absoluto lo que pase en Afganistán ni lo que les pase a los afganos. Ni les importó en 1980 ni les importa ahora.

Ésa es la opinión afgana. ¿Le hizo alguien caso? Apenas una mención. ¿A quién le importa lo que piensen los afganos? Haremos lo que nos dé la gana.

Volvamos la atención a Israel y Palestina. ¿Podría decirse lo mismo de estos treinta y cinco años de ocupación, prolongada sin que casi nadie se diera siquiera cuenta de lo que significa una ocupación?

La verdad es que no sólo es una ocupación. Es una ocupación brutal, como lo son todas las ocupaciones militares. No son precisamente benévolas. Y ésta es en particular dura porque lo que en realidad pretende es desmoralizar y, a ser posible, desalojar a la población. No habría podido continuar sin el apoyo de Estados Unidos, además de que Estados Unidos ha venido bloqueando cualquier acuerdo diplomático durante casi treinta años. Como es lógico, Estados Unidos proporciona el apoyo militar y económico.

Y, cuando los asentamientos israelíes se expandieron por la zona con la intención de integrar los territorios deseados por Israel, fue a costa de los contribuyentes de Estados Unidos. Si cincuenta mil personas —es la cifra estimada— son torturadas es a costa de los contribuyentes de Estados Unidos. Nada de eso cuenta. Cuando invaden Líbano y matan a veinte

mil personas, Estados Unidos no sólo proporciona los medios sino que veta resoluciones del Consejo de Seguridad que intentan detener la invasión. Y así una vez tras otra. No importa. Nada de eso es una atrocidad. Las únicas atrocidades son las que se cometen contra Israel.

Ahora el único tema es el de los hombres bomba suicidas. ¿Y cuándo empezaron a actuar los hombres bomba suicidas? El año pasado en mayor escala. Son crímenes, sin duda crímenes horrendos. Un año de crímenes palestinos contra Israel, al cabo de treinta y cuatro años de paz. Israel fue casi inmune. Había ataques terroristas contra Israel, pero no venían de los territorios ocupados. Los territorios ocupados se mostraron notablemente pasivos. Y así es como se supone debe ser. Es lo mismo que Europa y sus colonias. Pero cuando el asunto va en sentido contrario es una atrocidad horrenda.

En este momento, Estados Unidos está en plena escalada de violencia. En diciembre de 2001, el Consejo de Seguridad intentó aprobar una resolución auspiciada por la Unión Europea, que pedía el envío de inspectores internacionales con el propósito de reducir el nivel de violencia. Quiero decir que, si hay observadores internacionales en la zona, la violencia tiende a reducirse. Estados Unidos vetó la resolución.

Una semana antes hubo una reunión muy importante en Ginebra de altos cargos firmantes de la Cuarta Convención de Ginebra. Creo que acudieron ciento catorce países, incluida toda la Unión Europea, sin que el Reino Unido fuera la excepción. Ratificaron lo que ya se había afirmado en repetidas ocasiones con el apoyo de Estados Unidos: la Cuarta Convención es aplicable a los territorios ocupados.

Y siguieron insistiendo —como es justo— en que casi

todo lo que Israel está haciendo, es decir, lo que están haciendo Israel y Estados Unidos, es ilegal. Es sin duda un crimen de guerra. Muchas de las acciones fueron definidas como "graves violaciones", es decir, graves crímenes de guerra. Eso significa que los dirigentes de Israel y Estados Unidos deben ser sometidos a juicio. Como firmante de la Convención, Estados Unidos está obligado a perseguir a las personas que cometan graves violaciones de la Convención de Ginebra, incluidos sus propios dirigentes.

Estados Unidos no asistió a la reunión, con lo cual acabó de raíz con ella. Aquí apenas se dio la noticia. Por eso aumentan las atrocidades. Significa que graves violaciones de la Convención de Ginebra —graves crímenes de guerra—, crímenes por los cuales se juzgó a personas en Núremberg y Tokio, están legitimados. Y por lo tanto se siguen cometiendo crímenes. Y así podemos seguir hasta el infinito porque Estados Unidos ha bloqueado de manera unilateral cualquier acuerdo sobre el tema y continúa haciéndolo.

Ahora se habla mucho del plan de paz saudí. Desde luego Estados Unidos no lo acepta, pero es un "estupendo paso adelante". Algo parecido al plan de paz saudí ha estado sobre el tapete durante veinticinco años. Lo propuso el Consejo de Seguridad en 1976. Estados Unidos lo vetó. Todos los que cuentan en el mundo lo apoyaron, incluidos los países árabes más importantes y la OLP. Y ahí estamos desde entonces.

¿Sabe usted cuántas personas del mundo académico están enteradas de eso? Quizá diez. Quiero decir que se ha ocultado. Estados Unidos está llevando adelante algo llamado "proceso de paz". Por definición, un proceso de paz significa cualquier cosa que haga Estados Unidos. Durante los últimos treinta años de procesos de paz, Estados Unidos no ha hecho más que socavar

la paz? ¿Lo sabe alguien? No. Quiero decir que, si hablo del tema ante una audiencia de gente culta, una audiencia académica, nadie sabe siquiera de qué estoy hablando. No puede ser. ¿Cómo va a estar Estados Unidos socavando la paz?

¿Por qué ante resoluciones de las Naciones Unidas suelen ser Israel y Estados Unidos quienes están contra el resto del mundo?

Estados Unidos suele ser el único que está contra el resto del mundo porque Israel no pertenece al Consejo de Seguridad. Es decir, en cualquier cuestión que no tenga nada que ver con Oriente Próximo. Una vez más existe el concepto, muy extendido en Occidente, de que, hasta el colapso del comunismo, eran los rusos quienes bloqueaban la acción de las Naciones Unidas. Ésa es la convicción corriente. La verdad es que, cuando la Unión Soviética se vino abajo, el *New York Times* comentó que al fin las Naciones Unidas podrían funcionar sin el veto ruso.

Fijarse en el registro de vetos es muy esclarecedor. Y el registro de vetos no es más que la simple y llana contabilización de los hechos, no admite discusión alguna. Es bien cierto que, a finales de los años cuarenta y principios de los cincuenta, los rusos recurrieron mucho al veto. Y la razón es muy sencilla: Estados Unidos era tan poderoso que podía usar las Naciones Unidas como instrumento de su política exterior. Nada más natural que los rusos acudieran al veto.

En la década de los cincuenta, las cosas empezaron a cambiar. Se impuso la descolonización. Las Naciones Unidas representaron mejor al mundo. Otros países industrializados levantaron cabeza. Hacia los años sesenta, las Naciones Unidas ya no estuvieron bajo control. Desde los años sesenta hasta ahora, Estados Unidos lleva mucha delantera en cuanto

a la cantidad de resoluciones vetadas. El Reino Unido ocupa el segundo lugar, seguido por Francia en un lejano tercer lugar y, en cuarto lugar, aparecen los rusos. Es exactamente lo contrario de lo que comúnmente se cree. Y esto no es sólo cierto en lo que se refiere al conflicto de Oriente Próximo sino a toda clase de conflictos.

La razón es muy simple. El Estado más poderoso del mundo no va a aceptar ninguna autoridad internacional. Ningún otro Estado la aceptaría tampoco si pudiera zafarse de ella. Si Andorra pudiera zafarse, haría lo que quisiera. Pero tal y como está el mundo, los únicos países que pueden hacer lo que quieran son los más poderosos.

Parece que Estados Unidos ignorara la opinión europea.

Siempre lo ha hecho.

¡Ahora más!

Estados Unidos ignora la opinión de su propio pueblo. Volvamos a Oriente Próximo. La mayoría de la población de Estados Unidos, una mayoría considerable, apoya el plan saudí. Estados Unidos se opone a él. Si usted le dice a la gente: "Mire, es su propio Gobierno quien bloquea lo que ustedes apoyan", no sabrían de qué está hablando porque nadie lo sabe. Saberlo exige hacer una investigación.

Por lo tanto, sí, también se ignora la opinión interna. Y no lo hace sólo ahora, siempre ha sido así. Y no es únicamente Estados Unidos, lo hace cualquiera que pueda darse ese lujo.

¿Cambiará eso alguna vez?

Ha cambiado. Estamos mejor que hace treinta o cuarenta

años. Por ejemplo, el Gobierno de Estados Unidos está ahora sujeto a las exigencias impuestas por la comisión de derechos humanos del Congreso en lo que se refiere al envío de armas y demás. En general encuentran la manera de eludirlas pero, aun así, las restricciones existen. ¿Por qué existen? También como consecuencia de los años sesenta.

La población del país está mucho más civilizada de lo que estaba hace cuarenta años y el fenómeno va en aumento. Eso impone ciertas restricciones a la violencia de Estado. No hay otra vía. Quiero decir que no hay fuerza exterior capaz de restringir la violencia del más poderoso de los Estados, sea Estados Unidos o cualquier otro. Las restricciones tienen que venir de dentro.

Cuando estuvo usted en Palo Alto habló de la militarización del espacio y llamó la atención sobre las discrepancias entre el país más poderoso del mundo y los demás países. Esa discrepancia y ese bache son cada vez más abismales. ¿Tendrá esa discrepancia un impacto significativo en cómo pueden acabar las cosas?

Ya lo está teniendo. Los actuales dirigentes de Estados Unidos son terminantes al respecto. Están franca y abiertamente comprometidos en el uso de la violencia para controlar el mundo, y así lo dicen.

Por ejemplo, cuando el príncipe Abdulá de Arabia Saudí estuvo aquí hace un par de semanas, intentó persuadir a los dirigentes de Estados Unidos de que moderaran su apoyo a la violencia israelí. Lo que Abdulá dijo es que va a haber un levantamiento en el mundo árabe, muy peligroso para nuestros propios intereses, que son el control del petróleo. La reacción fue esclarecedora. Como es lógico no hicieron caso de la advertencia de Abdulá.

Con respecto a los intereses, le dijeron —así lo expresaba el *New York Times*, puede usted leerlo—: "Oiga usted, no tiene más que echar una mirada a lo que hicimos en Irak durante la operación Tormenta del Desierto. Ahora somos diez veces más poderosos. Eche una mirada a lo que hicimos en Afganistán. Para eso lo hicimos, para demostrarles a ustedes lo que les puede ocurrir si intentan levantar la cabeza. De modo que, si no hacen lo que les decimos, serán pulverizados sin más. No nos importa lo que piensen ni lo que digan".

Ésa es su actitud. Lo declaran y es evidente por sus acciones. Así no benefician al mundo. Ni al pueblo de Estados Unidos.

En ciertos aspectos parecería que no podemos ya montar una guerra como la de Vietnam, una guerra prolongada como aquélla.

Porque el pueblo no la apoyaría.

Pero, por otro lado, la demonización de personas como Sadam Husein y los talibanes concede al Gobierno libertad de acción.

Eso es lo que tiene que decidir la clase intelectual. Hablemos de Sadam Husein. Cada vez que Blair o Bush, Clinton, Madeleine Albright o alguien hace llamamientos para librar una guerra contra Irak, siempre repiten lo mismo. Dicen: "Éste es el peor monstruo de la historia. ¿Cómo vamos a permitir que exista? Ha cometido incluso el crimen final: ha usado el gas contra su propio pueblo". ¿Cómo va a seguir existiendo semejante personaje?

Todo eso es cierto, salvo que falta algo por decir. Sí, usó gas contra ?su propio pueblo? (la verdad es que es difícil afirmar que los kurdos sean su propio pueblo), *pero fue con nuestro apoyo*. Sadam Husein llevó a cabo la operación Anfal y mató

tal vez a cien mil kurdos con nuestro apoyo. Sadam Husein estaba desarrollando armas de destrucción masiva en el momento en que era un hombre verdaderamente peligroso. Nosotros le proporcionamos la ayuda y el apoyo para hacerlo y lo hicimos con plena conciencia. Era amigo y aliado. Y siguió siéndolo.

Intente encontrar a alguien que añada estas palabras al comentario: es un monstruo, pero lo apoyamos porque nos tenía sin cuidado. Casi nadie escribió sobre el tema. De manera que, sí, pueden demonizar a Sadam, pero tienen que excluir el hecho de que sus peores crímenes fueron cometidos en su mayoría por Estados Unidos con el apoyo británico. Y eso no es demonizarlo: es una demonización muy selectiva.

Lo más que usted conseguirá oír a veces es que no dedicamos suficiente atención a sus crímenes. No es que no les dedicáramos atención. Es que nos traían sin cuidado. Les traían sin cuidado a los dirigentes. Él estaba prestando un servicio valioso sin que importara lo criminal que fuera. Lo cierto es que Irak es el único país —aparte de Israel— a quien se eximió de castigo por atacar un barco estadounidense, una embarcación de la Marina de Estados Unidos, ataque en el cual murieron unos treinta y cinco marines. La mayoría de los países no se lo ha podido permitir. Israel se lo permitió en 1967 e Irak en 1988.

Cayeron varios misiles iraquíes sobre un destructor de Estados Unidos en el Golfo y mataron —creo— a treinta y siete marines. No nos importó. Irak era un amigo y un aliado. Husein, nuestro hombre, de modo que fue un error. Nadie más se lo ha podido permitir. Tienen que ocupar un lugar muy conspicuo en la lista de amigos para disfrutar de ese

privilegio. Y eso ocurrió en el momento culminante de sus atrocidades.

De paso, con respecto a esa clase de alianzas, hablemos del compromiso de Japón en Indonesia y en el asunto de Timor Oriental. Japón proporcionó considerable ayuda de desarrollo en el extranjero.

Fue más lejos. En parte tengo información de primera mano. Nunca he hablado de eso pero, si quiere saberlo, presté testimonio en las Naciones Unidas sobre Timor Oriental en 1978, creo. Hubo grupos eclesiásticos que indujeron a las Naciones Unidas a permitir presentar algún testimonio crítico.

Recuerdo haber estado un día entero en el edificio de las Naciones Unidas, a la espera de que me llamaran para testimoniar. El momento no llegaba por culpa de maniobras burocráticas tras el telón, que trataban de bloquear el testimonio. Al principio creí que el intento era de Estados Unidos, pero no lo era. Era de Japón. Japón protegía tanto a Indonesia, que no quería permitir un testimonio ante las Naciones Unidas que criticara la invasión. Y eso fue en el momento cumbre de las atrocidades.

Japón no estaba solo. Lo cierto es que el mundo entero tiene un horrible récord en esto. Quiero decir que todo ha sido ocultado. Pero, precisamente en el momento culminante de las atrocidades, Estados Unidos estaba proporcionando la mayoría de las armas. El Reino Unido se apuntó a la ayuda a lo largo de 1978. Y era un Gobierno laborista, no la Thatcher. Las atrocidades alcanzaron su nivel máximo en 1978. Fue entonces cuando el total de muertos en Timor Oriental llegó a la cifra de doscientos mil. Al Reino Unido le pareció un momento muy oportuno para enviar armas. Se convirtió en el

mayor proveedor de armas y siguió siéndolo hasta 1999. Francia se sumó; un par de años más tarde se sumaron Suecia y Holanda. Cualquiera que pudiera hacer algún dinero o conseguir algún privilegio con la matanza de pobladores de Timor Oriental se adhirió alegremente a ella. Ahora todos aplauden la nueva nación que ayudamos a nacer con nuestra generosidad . . . y demás. Todo eso es pasado. No es historia antigua, pero ha pasado.

La pregunta que con frecuencia se hace la gente es cuál es la relación entre su obra lingüística y su obra política.

En realidad no hay relación directa. Yo podría muy bien ser un topógrafo algebraico y hacer las mismas cosas. Posiblemente, la relación sea más remota. La gente se interesa por la lingüística por toda clase de razones pero, desde el principio y durante cincuenta años, para mí ha sido el camino para explorar ciertos aspectos de las facultades mentales humanas más elevadas y, en última instancia, la naturaleza humana, que sale a la luz en todos los terrenos. Resulta que la lengua es una de las pocas áreas donde se puede estudiar el meollo mismo de las aptitudes humanas —las aptitudes humanas únicas y fundamentales— de modo muy profundo. Y lograr algunos resultados que van más allá de la comprensión superficial. En la mayoría de las áreas es difícil hacerlo, pero ésta es una en la que algo se puede hacer.

Durante siglos se ha reconocido que, en el fondo de esa aptitud para el lenguaje, está lo que a veces se llama aspecto creativo; la libre capacidad para hacer lo que usted y yo estamos haciendo: expresar nuestras ideas de manera novedosa sin trabas, dentro de ciertas restricciones pero sin límites. Esa aptitud es en cierto modo parte fundamental de la naturaleza



humana. Es, por ejemplo, el fundamento de la filosofía cartesiana. Y es posible aprender algo, no sobre cómo lo hacemos —eso no es parte de la indagación—, sino sobre los mecanismos involucrados.

Bien, surgen preguntas similares en todos los aspectos de la aptitud humana y, una vez más, son tradicionales. Hace doscientos cincuenta años David Hume recalcó que el fundamento de la ética debe estar en lo que hoy llamamos gramática generativa. No la llamó así, pero debe ser determinado conjunto de principios que seamos capaces de aplicar en situaciones novedosas . . . Una vez más sin limitaciones. Y señaló que esos principios tienen que ser parte de nuestra naturaleza porque no hay manera de adquirirlos por experiencia. No desarrolló más el tema y, sin embargo, se deduce que deben tener los mismos valores. No lo habrá dicho porque en aquellos tiempos no se creía en la igualdad de los seres humanos. Ahora sabemos que los seres humanos son casi iguales. Hay muy pocas variaciones genéticas en las especies, diferencias insignificantes. Es probable que todos descendamos de un pequeño grupo reproductivo de no hace muchos años —de modo que somos básicamente la misma criatura—, lo cual significa que tales principios también deben ser iguales.

En teoría se puede aprender asimismo algo sobre esos aspectos de la naturaleza humana, si nos movemos en el terreno de las cuestiones humanas, incluida la política, pero también en el de la vida personal o cualquier otra cosa. Sea quien sea el que tome una postura sobre algo: digamos en favor de dejar las cosas como están, hacer alguna reforma menor, hacer la revolución o lo que sea. Si se toma en serio, si se actúa como una especie de agente moral y se piensa que lo que se debe hacer

tiene que concordar con determinadas normas morales, se toma esa postura con el convencimiento de que es positiva para la gente. Que sacará a la luz, ampliará y ofrecerá posibilidades para que lo fundamental de su naturaleza se exprese a sí misma.

Bien, en ese punto hay una relación teórica. Pero es bastante abstracta porque, cuando se trata con algo tan complejo como los seres humanos, siempre se queda uno en la superficie. Lo cierto es que no podemos contestar a preguntas como ésas sobre los insectos. Pasará mucho tiempo —si es que alguna vez se da— antes de que uno tenga algo parecido a la comprensión científica de preguntas como éstas. De manera que hay una especie de relación en espíritu, pero no relaciones deductivas.

Sin embargo, da la impresión de que usted apela a principios primordiales en cuestiones políticas y morales . . .

Da igual. Es una especie de parecido de familia. Pero no estamos ni mucho menos cerca de pensar en establecer relaciones próximas.

SEGUNDA PARTE

Estados Unidos: Armas, derechos humanos y convivencia

Charla patrocinada por la Albert Einstein College of Medicine Muslim Students' Association y otras, en el Montefiori Medical Center, Bronx, Nueva York, el 25 de mayo de 2002, seguida por una sesión de preguntas y respuestas con la audiencia.

Lo que hoy me gustaría considerar con ustedes es el papel de Estados Unidos en el mundo: cuál es hoy, cuál será mañana. Las razones para concentrarme en Estados Unidos son demasiado obvias pero, aun así, las voy a mencionar. La más evidente es que Estados Unidos es la mayor potencia mundial. Tiene una fuerza militar y otras formas de poder abrumadoras. Tiene un impacto determinante sobre cualquier cosa que ocurra en la historia mundial contemporánea.

La segunda razón es, naturalmente, que aquí estamos. Tenemos un grado poco corriente de libertad y, la mayoría de nosotros, privilegios. Eso asigna una enorme responsabilidad a nuestras acciones y a nuestra influencia política. Aunque no fuera el caso de que éste es con mucha diferencia el país más poderoso del mundo, esa responsabilidad sería o debería ser nuestra primera preocupación.

Pido disculpas tan sólo por mencionarlo. Es una perogrullada tan evidente que ni siquiera habría que hablar de ella. Lo hago sólo porque cuando cualquiera intenta tomar con transparencia ese rumbo ineludible, que sigue los más elementales lugares comunes políticos y morales, provoca las reacciones más incomprensibles. No voy a hablar de eso, pero merece la pena pensarlo.

Una de las formas de medir el papel de Estados Unidos en el mundo —hay muchas— es echar una mirada a las ayudas ofrecidas por nuestro país, en particular la ayuda militar. No es un tema que inspire demasiada simpatía porque, como bien se sabe, la ayuda exterior de Estados Unidos es con mucha diferencia la más cicatera de las de los principales países industrializados. Y, si dejamos de lado la parte que va de un país rico a un país de mediano rango (por su adhesión al país rico, es decir, Israel y Egipto), casi no queda nada. Aunque se tenga en cuenta la totalidad de la ayuda, sigue siendo grotescamente marginal y va a menos.

Sin embargo, alguna hay: ayuda militar de gran envergadura. Merece la pena fijarse en ella porque da cierto tipo de indicio en cuanto a lo que Estados Unidos está haciendo en el mundo. No es el único indicio, pero sí un indicio revelador. La relación entre la ayuda de Estados Unidos y su política exterior ha sido desde luego tema de varios trabajos académicos.

Un estudio bien conocido del célebre especialista académico en derechos humanos de América Latina —Lars Schoultz, de la Universidad de Carolina del Norte—, investigó la ayuda de Estados Unidos a América Latina. Hace veinte años escribió un artículo donde señalaba que hay una correlación muy estrecha entre la ayuda de Estados Unidos y la violación de los derechos humanos en América Latina. Lo cito: "La ayuda de Estados

Unidos a los gobiernos de América Latina que torturan a sus ciudadanos fluye de manera desproporcionada [. . .] a los violadores de derechos humanos de más o menos categoría del hemisferio". Eso era hace veinte años.

En esa misma época, Edward Herman —un economista de la Wharton School de la Universidad de Pensilvania que colabora conmigo— hizo un estudio a escala mundial sobre el mismo asunto, específicamente sobre la relación de la ayuda de Estados Unidos con la tortura. Resultó que había una sorprendente, enfadosa y profunda correlación entre la ayuda exterior de Estados Unidos y la tortura. Echen una mirada a los registros de Amnistía Internacional sobre la tortura y la ayuda exterior de Estados Unidos: la correlación es muy estrecha.

Las correlaciones estadísticas no hablan de relaciones causales. Y es inverosímil que el Gobierno de Estados Unidos tenga algún interés específico en la tortura. Por lo tanto, Edward Herman hizo otra investigación mucho más importante. Estudió la correlación entre la ayuda exterior de Estados Unidos y otros factores. Resultó que una de las correlaciones más llamativas se daba entre la ayuda de Estados Unidos y el aprovechamiento de inversiones regionales. De modo que, conforme mejoran en un país las oportunidades para los inversores que exploten sus recursos y demás, la ayuda exterior aumenta.

Bien, ésa es una correlación muy natural. Tiene mucho sentido. Era de esperar que ése fuera el objetivo de la política de Estados Unidos. Y así es. El hecho de que la ayuda guarde correlación con el aprovechamiento de la inversión regional no es sorprendente.

Pues bien, ¿cómo se aprovecha la inversión regional en un país del Tercer Mundo? Una de las mejores vías es acabar con

los sindicalistas y cabecillas campesinos, torturar sacerdotes, masacrar a los trabajadores agrícolas, socavar los programas sociales y demás. Ésa sí es la manera de aprovechar las inversiones regionales. Y eso conduce a una correlación secundaria, del tipo de la descubierta por Lars Schoultz, es decir, la correlación entre la ayuda exterior de Estados Unidos y los desalmados violadores de los derechos humanos.

Es probable que ésa sea la explicación. No es que Estados Unidos tenga particular interés en que se cometan atroces violaciones de derechos humanos. La violación es sólo el corolario natural de lo que le interesa y de la manera de lograr sus objetivos.

En fin, así era hace veinte años. Alrededor de la época en que salieron a relucir esos estudios llegó la Administración Reagan que anunció con voz alta y clara que la política exterior de Estados Unidos se focalizaría en la guerra contra el terrorismo. Y la enfocó en particular en el llamado "azote del terrorismo", según palabras del secretario de Estado George Shultz. Una plaga difundida por "los depravados enemigos de la civilización misma", en "una vuelta a la barbarie en la edad moderna".

Shultz, considerado un moderado dentro de la Administración Reagan, fue más allá y dijo que el terrorismo hay que afrontarlo con la fuerza y la violencia y no con utópicos medios legales como la mediación y las negociaciones, que no son más que un signo de debilidad. La Administración Reagan declaró que la lucha estaría dirigida a las zonas donde los crímenes terroristas eran más graves, sobre todo hacia América Central y Oriente Próximo.

Volvamos ahora a las consecuencias. ¿Qué pasaba en América Central y Oriente Próximo? Recuerden que todavía estamos averiguando cuál es la correlación entre la ayuda de Estados

Unidos y otros aspectos de su política. De paso debo decir que el estudio de Lars Schoultz señalaba la correlación entre las atroces violaciones de los derechos humanos y la ayuda específicamente militar. La ayuda era independiente de las necesidades y así lo comprobó. Y siguió siendo así a lo largo del periodo de la Administración de Carter, hasta 1980. Continuó a pesar de la retórica de Carter sobre derechos humanos.

¿Qué pasó, pues, durante los años ochenta en América Central y Oriente Próximo cuando se libraba "la guerra contra el terrorismo"? América Central se convirtió en un cementerio. Cientos de miles de personas fueron asesinadas —alrededor de doscientas mil—, hubo más de un millón de refugiados y huérfanos, torturas a mansalva y toda forma concebible de barbarie.

A un país, Nicaragua, Estados Unidos no tuvo más remedio que atacarlo porque allí no contaba con un ejército que practicara el terrorismo como ocurría en otros países. El ataque de Estados Unidos contra Nicaragua fue gravísimo. Provocó decenas de miles de muertos y el país quedó virtualmente destruido. Ahora es el segundo país más pobre del hemisferio y es posible que no se recupere nunca.

Porque, en ese caso, Estados Unidos atacó a un país, no sólo al pueblo de dicho país (como sucedía en El Salvador, Guatemala y Honduras). Atacó a un país que podía recurrir a medios al alcance de los Estados. Nicaragua respondió como un Estado amparado por la ley debe responder al terrorismo masivo internacional: acudió a las instituciones internacionales. Acudió primero al Tribunal Internacional, que condenó a Estados Unidos por terrorismo internacional, por "uso ilegal de la fuerza" y violación de tratados. El Tribunal ordenó al Gobierno de Estados Unidos poner fin a los crímenes y lo condenó a pagar importantes indemnizaciones.



Estados Unidos respondió con una instantánea escalada de la guerra (¡oh, casualidad, con el apoyo de los dos partidos!) y, por primera vez, impartió órdenes oficiales de atacar los llamados "objetivos blandos": hospitales, cooperativas agrícolas, etcétera. Los ataques continuaron hasta que, finalmente, en 1990 el pueblo votó a la candidata de Estados Unidos y cesó el terror.

Después de que Estados Unidos rechazara la sentencia del Tribunal Internacional, Nicaragua recurrió al Consejo de Seguridad. Estados Unidos habría sido condenado también por el Consejo de Seguridad pero, como es lógico, vetó la resolución que exigía a todos los Estados miembro respetar las leyes internacionales. De modo que el entonces líder de la guerra contra el terrorismo es el único Estado del mundo que el Tribunal Internacional ha condenado por terrorismo internacional y que ha vetado una resolución que obliga a todos los Estados a respetar las leyes internacionales, hecho que quizá venga al caso recordar en la actual situación. Tendrán que buscar muy a fondo para encontrar alguna mención en la prensa de cuanto estoy diciendo, que tiene que ver con la primera fase de la guerra contra el terrorismo y, evidentemente, merece la pena hacerlo.

¿Qué hay de los demás países de América Central? Pues bien, salieron mucho peor parados que Nicaragua. En Nicaragua, el pueblo tenía un ejército que lo defendiera. En los otros países, la fuerza terrorista que atacó a la población *fue* el ejército autóctono. Por esa época, en El Salvador y Guatemala, las cosas fueron aún más graves.

Lo cierto es que El Salvador se convirtió en el receptor más importante de la ayuda militar estadounidense durante ese periodo (aparte de Israel y Egipto, que pertenecen a otra categoría). En El Salvador se cometieron algunas de las peores atrocidades. Y la guerra contraterrorista fue un éxito. Si

quieren averiguar hasta qué punto fue un éxito, no tienen más que echar una ojeada a los documentos publicados por la Escuela de las Américas. Uno de sus lemas —los temas de conversación según sus palabras— es (cito al Ejército de Estados Unidos) "ayudar a terminar con la Teología de la Liberación". Fue un auténtico acierto. Uno de los principales blancos de Estados Unidos. La guerra contra el terrorismo se hizo contra el sector de la Iglesia católica que cometió el grave error de volverse hacia lo que llamaba "la opción preferencial por los pobres". Por eso había que castigarlo.

El Salvador es un ejemplo dramático. La década de los ochenta se inició con el asesinato de un arzobispo. Terminó con el asesinato de seis prominentes intelectuales jesuitas. Y el Ejército de Estados Unidos acabó con la Teología de la Liberación.

Un hecho llamativo de nuestra clase intelectual es que no sepa nada de eso. Si seis prominentes intelectuales checos y un arzobispo hubieran sido asesinados por fuerzas entrenadas y respaldadas por los rusos, lo sabríamos. Sabríamos sus nombres y habríamos leído sus libros. Pueden ustedes hacer un pequeño sondeo y averiguar cuántas personas entre las que conocen —personas supuestamente informadas— son siquiera capaces de dar los nombres de los intelectuales jesuitas —los célebres intelectuales latinoamericanos asesinados por fuerzas de élite, que nosotros hemos armado y entrenado—, el nombre del arzobispo o de cualquiera de los otros setenta mil muertos, la mayoría de ellos, como de costumbre, campesinos.

Ustedes saben la respuesta sin necesidad de sondeos y nos dice algo interesante de nosotros, algo que merece la pena saberse.

Bien, ése es el éxito de la guerra contra el terrorismo en América Central. Ése fue el primer objetivo.

¿Y qué pasa con Oriente Próximo, el segundo objetivo de la guerra contra el terrorismo? Pues bien, es verdad: allí había cantidad de Estados que patrocinaban en esa época atrocidades terroristas. Con mucha diferencia, la peor fue la invasión israelí a Líbano en 1982, saldada con la muerte de veinte mil personas.

Eso es terrorismo internacional. Fue posible porque Estados Unidos le dio luz verde, le proporcionó armas y apoyo diplomático: vetó varias resoluciones del Consejo de Seguridad, que trataron de detener la lucha y de obligar a retirar las tropas. Allí también el éxito fue mayúsculo. El jefe del Estado Mayor del Ejército israelí, teniente general Rafael Eitan, destacó de inmediato que la operación había sido un éxito. Acabó con la Organización para la Liberación de Palestina, la OLP, como interlocutora en las negociaciones que concernían a los territorios ocupados.

Sin duda, ése era el objetivo de la guerra. Nada tenía que ver con el Líbano. En Israel se le llamó abiertamente "una guerra por los territorios ocupados". La OLP estaba resultando en extremo enojosa con su insistencia en negociar un acuerdo para poner término al conflicto. Israel no quería semejante cosa y consiguió destruir a la OLP, quitándola de en medio en la región. Un éxito grandioso.

El episodio es un ejemplo de libro de texto sobre terrorismo internacional. Si leen la definición oficial de *terrorismo* dada por el Gobierno de Estados Unidos —la amenaza o uso de la violencia para lograr fines políticos, religiosos u otros por medio de la intimidación, la provocación, el miedo y demás, dirigidos contra poblaciones civiles—, comprobarán que la

invasión al Líbano es un ejemplo de libro de texto. No encontrarán otro más claro. Terrorismo internacional impulsado por el papel decisivo de Estados Unidos.

Adviertan, de paso, que estoy concediéndole a Estados Unidos el beneficio de la duda. Podríamos añadir que es algo mucho peor que terrorismo internacional: es agresión abierta. Así es como hay que llamarla. Si es agresión abierta exige que los dirigentes de Estados Unidos e Israel sean juzgados en los tribunales de Núremberg. Pero si les concedemos el beneficio de la duda, lo llamaremos solamente "terrorismo internacional". Y es un caso evidente, el peor de esa década.

Da la casualidad de que durante veinte años Estados Unidos ha mentido cuando explica las razones de la guerra. Pero, si es necesario, hay que darle el debido crédito. El *New York Times* puso al final las cosas en claro el 24 de enero de 2002. Hay, leído con atención, un breve párrafo soterrado en un reportaje de James Bennet sobre otro tema que cuenta la verdad.

Es la primera vez que lo veo en Estados Unidos. Bennet cuenta lo que se sabía muy bien en Israel hace veinte años y lo que ustedes pueden haber leído en la literatura disidente durante los últimos veinte años, basado en fuentes israelíes: que la guerra se libró sólo por razones políticas. Era una guerra por Cisjordania. La idea era eliminar la amenaza de negociaciones que procedía de los palestinos.

Es verdad. Durante veinte años lo ha sabido muy bien todo el mundo excepto la población de Estados Unidos. Ahora aparece un párrafo que cuenta la verdad, de modo que pueden citar al *New York Times* para refrendarla. Figurar en el *New York Times* la convierte en versión oficial. La documentación sobre el asunto es abrumadora desde los primeros días de la

invasión. De manera que algo llevamos ganado. Con paciencia se gana el cielo.

En fin, ésa fue la peor acción terrorista en Oriente Próximo. Hubo otras. El punto culminante del terrorismo en Oriente Próximo fue el año 1985 y fue en 1985 cuando la votación anual de editores de periódicos, auspiciada por Associated Press, eligió el terrorismo en Oriente Próximo como el principal tema del año. Entre los estudiosos del terrorismo también se considera el año 1985 como su momento de apogeo. Parece razonable. Hubo sobrado terrorismo en 1985 . . . No tanto como en 1982, pero más que suficiente.

¿Cuáles fueron las peores acciones terroristas en Oriente Próximo en la cumbre de 1985? Hay tres candidatos para el primer premio. Ninguna otra cosa se le parece. Uno de los candidatos es un coche bomba en Beirut situado frente a una mezquita, preparado para explotar en el momento de salir los fieles, de manera que matara al mayor número posible de personas. Lo hizo. Mató a ochenta personas y dejó heridas a otras doscientas cincuenta. Fue una bomba muy poderosa y mató hasta a bebés que, en sus cochecitos, pasaban por la calle.

La mayoría de los muertos fueron mujeres y niñas que salían de la mezquita. La bomba estaba destinada al jeque musulmán, que salió ileso. El ataque fue adjudicado a la CIA y a los servicios de inteligencia británicos. La acusación no ha sido particularmente refutada. Ése es uno de los candidatos al primer premio para el peor acto terrorista en Oriente Próximo en el apogeo del año 1985.

El segundo candidato sería el bombardeo israelí de Túnez un par de meses después. Túnez fue atacada con bombas inteligentes. La gente quedó destrozada y el ataque mató alrededor de setenta y cinco personas, tunecinas y palestinas.

Eran civiles. Lo contó muy gráficamente un conspicuo reportero israelí en la prensa de lengua hebrea israelí, pero aquí no se habló mucho del asunto. Fue una vez más terrorismo internacional. Estados Unidos estuvo profundamente involucrado. Por un lado, la Sexta Flota, que está en la zona, no informó a los tunecinos —Túnez es un aliado— que los bombarderos estaban en camino aunque, por supuesto, lo sabía.

El secretario de Estado George Shultz respondió de inmediato al bombardeo. Llamó al ministro de Relaciones Exteriores israelí, felicitó a Israel y expresó la simpatía de Estados Unidos por el ataque. Shultz retiró el franco elogio a la matanza cuando el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas pasó una resolución que condenaba unánimemente a Israel por un acto de agresión armada. Estados Unidos se abstuvo en la votación y, de alguna manera, se echó atrás.

Pero volvamos a otorgar el beneficio de la duda a Estados Unidos e Israel; llamémoslo sólo terrorismo internacional en lugar de llamarlo, como el resto del mundo, agresión armada. Ése es el segundo candidato. No se pretendió calificarlo de acto defensivo, como tampoco se pretendió cuando la guerra del Líbano.

El único otro candidato que se me ocurre es la operación Puño de Hierro de Shimon Peres en marzo de 1985 contra el sur del Líbano. El Ejército israelí atacó a los que el alto comando llamó "aldeanos terroristas", cometió una enorme matanza y cantidad de atrocidades. El Ejército israelí o sus fuerzas mercenarias del sur mataron a un montón de gente. Muchos fueron secuestrados y trasladados a Israel para ser interrogados, es decir, para torturarlos y encarcelarlos.

Nadie conoce la envergadura de la operación porque entre periodistas y estudiosos existe el principio de no investigar las

atrocidades propias. Sabemos hasta el último detalle cuántas personas mueren en cualquier atrocidad que pueda atribuirse a otro. Pero cuando miramos las nuestras, no tenemos siquiera un indicio.

Por ejemplo, si hablamos de la guerra de Estados Unidos en Vietnam, es evidente que hubo millones de muertos. Pero de esos millones no tenemos cifras. ¿Quién se ha preocupado de contabilizar cuántos cientos de miles de personas han muerto por efecto de la guerra química librada por Estados Unidos en Vietnam del Sur? Fuera de Estados Unidos se han hecho algunos intentos de estimar la cifra, pero aquí es un tema del que ni siquiera se habla. No nos preocupan esas cosas. Y así estamos.

Por esa razón no sabemos en realidad cuántas personas ha matado el terrorismo internacional de Israel y Estados Unidos en el sur del Líbano ni en la operación Puño de Hierro. Esos ataques los llevó adelante el ala izquierda del "partido pacifista" que en ese momento estaba a cargo del gobierno.

Éstos son los únicos datos que conozco y es probable que todos tengan el mismo grado de iniquidad. No hay ningún otro acto de terrorismo internacional en la zona que se le parezca. De modo que esos son buenos ejemplos de cómo se libró la guerra contra el terrorismo en la zona que ocupa el segundo lugar: Oriente Próximo.

Desde luego también se libró en otros sitios. Por ejemplo, en el sur de África, donde las estimaciones son de alrededor de millón y medio de personas muertas por las depredaciones en los países que rodean a Suráfrica (olvidemos lo que sucedía dentro de Suráfrica). En Mozambique y Angola, alrededor de un millón y medio de personas. Y se causaron daños valorados en más de sesenta mil millones de dólares, sólo durante los años de la Administración Reagan, entre 1980 y 1988.

Aquellos fueron los años de lo que se llamó "compromiso constructivo", la época en que Suráfrica era un aliado valioso y el Congreso Nacional Africano de Nelson Mandela estaba identificado como uno de los "grupos terroristas más notorios del mundo". Estábamos en 1988 cuando Suráfrica era todavía un aliado valioso, después de todo lo ocurrido en los ocho años anteriores. (Dejo de lado lo que pasaba dentro de Suráfrica.) Y así podríamos continuar alrededor del globo.

Antes de seguir adelante podemos sacar una cantidad de conclusiones: una es que la correlación entre la ayu-da de Estados Unidos y las tremendas violaciones de derechos humanos es tan evidente, que no merece la pena estudiarla. En los años sesenta y setenta es posible investigarla pero, en los ochenta, se acerca a la proporción de uno-a-uno.

No estoy siquiera hablando de convivencia porque sería redundante. Cuando se infligen tales daños a un pueblo no hace falta hablar de las consecuencias para su convivencia. La segunda conclusión importante tiene que ver con la coherencia. No sólo es la continuidad con lo ocurrido. Si se fijan en las personas que encabezan la actual guerra contra el terrorismo, cabe preguntarse qué estaban haciendo entonces.

Pues bien, el componente militar de la actual guerra contra el terrorismo está encabezado por Donald Rumsfeld, enviado especial de Reagan a Oriente Próximo, que compartió la responsabilidad de la guerra contra el terrorismo de la cual acabo de hablar. El flanco diplomático de la actual guerra contra el terrorismo está encabezado por John Negroponte, designado embajador ante las Naciones Unidas. En aquellos años era el embajador de Estados Unidos en Honduras, base de las operaciones terroristas en la zona, nombrado específicamente para preparar y supervisar la guerra contra Nicaragua.

De manera que son dos figuras conspicuas en la actual guerra contra el terrorismo quienes desempeñaron un papel significativo en la primera guerra contra el terrorismo. No son los únicos, cosa bastante sugestiva. Los mismos personajes, las mismas instituciones, la misma política. Se esperan los mismos resultados, si se quiere pensar en lo que será la segunda fase de la actual guerra contra el terrorismo.

Esto se discute entre los eruditos. Para tomar un ejemplo específico, vayamos al número de diciembre de 2002 de *Current History* —una revista intelectual seria—, dedicada al terrorismo y sus problemas. Los autores, notables estudiosos y analistas, señalan con acierto los años ochenta como la década del terrorismo de Estado. Sí, fue la década del terrorismo de Estado.

Y pintan a Estados Unidos como si hubiera combatido con eficacia el terrorismo de Estado en ese periodo, tomando lo que llaman "medidas de precaución". De modo que las acciones que acabo de describir son medidas de precaución en defensa contra el terrorismo. También sugieren que la guerra contra Nicaragua —por la cual Estados Unidos fue condenado por el Tribunal Internacional— es un buen modelo para futuras acciones contra el terrorismo. Dos autores destacan que la guerra de los "contras" librada en Nicaragua es un buen modelo para que Estados Unidos apoye a la Alianza del Norte de Afganistán.

Current History también habla del año 1985 en Oriente Próximo. Los investigadores lo asocian con el periodo cumbre del terrorismo. Y dan un par de ejemplos pero, naturalmente, no los que he dado yo. De ésos no se puede hablar. Los ejemplos mencionados para explicar por qué 1985 es la cumbre del terrorismo son dos incidentes, en cada uno de los cuales murió una persona, un estadounidense. Uno es un secuestro en el cual fue

muerto un oficial militar de Estados Unidos. Otro es el del *Achille Lauro*, el incidente más famoso, en el cual fue asesinada otra persona: Leon Klinghoffer, un lisiado.

Los dos hechos son, sin la menor duda, actos de terrorismo. En los dos casos hubo un muerto. No tienen comparación con las acciones que he narrado antes, pero son actos de terrorismo. La muerte de Leon Klinghoffer, que es bien conocida, es comparable por ejemplo con un incidente que acaba de producirse hace un par de semanas en Jenín, cuando un hombre en silla de ruedas trataba de apartarse del camino de un tanque israelí. El tanque lo aplastó y su cuerpo quedó hecho trizas. Lo mismo ocurrió hace dos días, cuando una mujer joven que intentaba dirigirse al hospital para recibir tratamiento de diálisis quedó bloqueada y no pudo llegar. También iba en silla de ruedas y murió. Hay otros incidentes comparables con éstos. Es fácil seguir dando ejemplos, sólo para demostrar su continuidad. Pero desde luego nada de esto cuenta como terrorismo.

El incidente del *Achille Lauro* fue con toda seguridad terrorismo. Y no puede justificarse por el hecho de que fuera una represalia contra el terrorismo —mucho más grave— del ataque a Túnez una semana antes. No se puede justificar el terrorismo como forma de represalia. Es desde luego un concepto de aplicación general. Dejo que ustedes saquen las conclusiones. Dando por sentado, naturalmente, que aceptamos elementales principios morales y que ni siquiera entramos a discutir el asunto. Sólo así podremos sacar conclusiones.

La interpretación del concepto no acaba ahí. Si leen el mismo número, descubrirán que el destacado especialista académico en terrorismo —profesor de la UCLA— rastrea las huellas de Osama Bin Laden mucho más atrás y no sólo refi-

riéndose al islam. Se remonta hasta la guerra de Vietnam y dice que "el terrorismo del Vietcong contra el Goliat estadounidense [. . .] despertó las esperanzas de que el corazón de Occidente fuera también vulnerable". De modo que el corazón de Estados Unidos era ya vulnerable en Vietnam, cuando los vietnamitas del sur practicaban el terrorismo contra nosotros.

Otra tarea para el lector sería explorar, por ejemplo, los archivos nazis y ver si es posible encontrar alguna analogía con este análisis. Podrían ustedes intentarlo. No suscitan otro comentario aquí, es sólo una reflexión interesante sobre el ambiente intelectual y moral en el que vivimos. Creo que es algo que debe preocuparnos.

Sigamos. Los actos de terrorismo que he descrito en América Central, Oriente Próximo, Suráfrica, etcétera, no cuentan como terrorismo. No entran en los anales de la literatura erudita sobre terrorismo. Se habla de ellos, pero no como de actos terroristas. Son "contraterrorismo" o "guerras justas". El principio es que si alguien comete un acto terrorista contra nosotros o nuestros aliados, esto es terrorismo. Pero si nosotros o nuestros aliados practicamos el terrorismo —y puede ser mucho peor— contra cualquier otro, esto no es terrorismo. Es contraterrorismo o guerra justa.

Hasta donde yo sé, ese principio es casi universal. Pueden investigar la abundante literatura sobre el tema y ver si son capaces de encontrar alguna excepción. No se trata sólo de Estados Unidos. Hasta donde yo sé es un principio universal. Haya mirado adónde haya mirado —y he mirado en gran cantidad de países distintos—, ése es exactamente el resultado. A lo largo de toda la historia del imperialismo europeo, llevar la civilización o algo semejante a los bárbaros es contraterrorismo o guerra justa. Si cometemos atrocidades en sus países —no olviden que

hasta el 11 de septiembre Occidente fue en gran medida invulnerable—, en magnitudes de mucha más envergadura, no es terrorismo. Es misión civilizadora o algo por elestilo.

Ha sido así hasta con los asesinos más abominables de la historia. Usaban las mismas técnicas. Tomemos a los nazis. Si leen literatura nazi en la Europa ocupada, los nazis sostenían estar defendiendo a los pueblos y a los gobiernos legítimos contra el terrorismo de los partisanos, dirigidos desde el exterior. Y, como toda propaganda, por muy burda que sea, tiene algún trazo de verdad.

Es cierto que los partisanos cometían actos terroristas y nadie discute que estaban dirigidos desde Londres, es decir, desde el exterior. Y el Gobierno de Vichy era tan legítimo como la mayoría de los gobiernos que Estados Unidos instala a través del mundo, igual que han hecho otras potencias imperiales. De manera que hay cierta justificación tangencial para esa grotesca propaganda nazi, que mucho se parece a la nuestra.

La misma verdad puede aplicarse a los japoneses en Manchuria y el norte de China. Llevaban al pueblo el paraíso en la Tierra, defendían al Gobierno nacionalista de Manchuria contra los bandidos chinos, etcétera. Igual que nosotros.

En todo caso, hasta donde yo sé, se trata de una especie de principio universal. Lo hacemos nosotros: es contraterrorismo, guerra justa. Lo hacen ellos: es terrorismo. La magnitud no importa. Nada importa.

Bien, eso fue en los años ochenta. Avancemos hasta los noventa y el presente. Veamos lo ocurrido desde entonces. Lleguemos al día de hoy, sin prestar atención más que a la ayuda militar. Dejemos de lado a los dos beneficiarios principales, Israel y Egipto. Pertenecen a una categoría aparte. Dejados ésos de lado, el primer lugar a lo largo y ancho del mundo

fue El Salvador durante el periodo en que su Gobierno llevó adelante la masiva campaña terrorista contra su pueblo. Pero, una vez que Estados Unidos logró el éxito de acabar con la Teología de la Liberación, El Salvador cayó en el olvido y el primer lugar fue ocupado por Turquía. Turquía mantuvo ese primer lugar hasta 1999, cuando fue sustituida por Colombia.

A título personal, debo decir que acabo de volver de dos de esos países, de los escenarios donde se cometieron las peores atrocidades terroristas de los años noventa. Estuve en Colombia la semana pasada y antes pasé un par de semanas en el sureste de Turquía.

¿Por qué en Turquía? Como es natural, Turquía ha sido siempre una de las principales receptoras de la ayuda militar de Estados Unidos. Tiene una posición estratégica, está próxima a la ex Unión Soviética, a Oriente Próximo, etcétera. Por lo tanto recibió de Estados Unidos ayuda militar constante y de alto nivel durante el periodo de la guerra fría. La cosa cambió en 1984. La ayuda militar se disparó. Solamente durante el periodo de la Administración de Clinton, la ayuda militar a Turquía fue más de cuatro veces mayor que durante todo el periodo de la guerra fría hasta 1984. Y en 1997 —el año cumbre— aun mayor que en todo el periodo de la guerra fría hasta 1984. Fue una ayuda considerable. Estados Unidos suministró el 80 por ciento de las armas de las Fuerzas Armadas turcas. Y no eran pistolas: eran aviones de caza, tanques, asesores militares y demás. ?Cuál era el motivo? El motivo fue que, durante esos años que culminaron en tiempos de Clinton, el Gobierno turco practicaba el terrorismo de Estado, sobre todo contra los kurdos, que constituyen aproximadamente un cuarto de la población. En esa época se libraba una guerra de grandes proporciones contra ellos. Ésa es la zona que visité.

Estoy apropiándome del término *terrorismo de Estado*, tomado de distintas fuentes. Una de ellas es la del conocido sociólogo turco Ismail Besikci, que en 1991 escribió un libro titulado *Terrorismo de Estado en Oriente Próximo*, incluido el terrorismo turco en zonas kurdas. De inmediato fue encarcelado. Hasta donde sé, sigue en prisión. Ya había pasado quince años en la cárcel por informar de hechos de la represión turca contra los kurdos, despiadadamente reprimidos durante décadas.

La U.S. Fund for Freedom of Expression [Fundación Estadounidense por la Libertad de Expresión] otorgó a Besikci un premio de diez mil dólares. Él rechazó el premio como forma de repudiar el decisivo apoyo de Estados Unidos al terrorismo de Estado turco. No podía aceptar una recompensa de Estados Unidos, mientras éste participaba en el terrorismo de Estado turco. Escritores, eruditos y parlamentarios británicos protestaron enérgicamente por su segundo encarcelamiento. Pero nadie protestó en Estados Unidos. Y la razón no era el terrorismo en sí, sino que lo estábamos practicando nosotros. Por lo tanto lo que él contaba no podía ser terrorismo y no teníamos motivo para protestar.

Una vez más, ésa fue una de las importantes participaciones de Estados Unidos en el terrorismo internacional. Besikci no es el único que ha utilizado el término. En 1994, el ministro turco de Derechos Humanos definió el terrorismo que su Gobierno llevaba a cabo como terrorismo de Estado. En esa época, dice, dos millones de personas habían sido desalojadas de sus casas, se habían cometido toda clase imaginable de atroces barbaridades y hubo decenas de millares de muertos.

Pero ahora es mucho peor. Cuando estuve allí, el muy respetado jefe de la Comisión Turca por los Derechos Humanos, Osman Baydemir (que dicho sea de paso es tam-

bién una persona muy respetada por la embajada de Estados Unidos), estimaba que a estas alturas el número de víctimas era de tres millones de refugiados y cincuenta mil muertos. Como pude ver, muchos de los refugiados viven en cuevas, fuera de las murallas de la ciudad de Diyarbakir —que es donde yo estuve—, y otros lugares semejantes.

Poco después de mi visita, Osman Baydemir cayó en manos de los tribunales de seguridad del Estado y fue procesado. Había cometido un delito, a saber: se celebraba en la zona el festival de Año Nuevo y él escribió un comentario, pero, en vez de usar la grafía turca, usó la kurda. Se diferencia en que aquélla usa la V y no la W. De modo que ahora tiene una acusación pendiente, no sabemos con qué consecuencias.*

Si dos niños llevan ropas que, puestas juntas, resultan ser los colores kurdos, el detalle puede ser una amenaza seria y un delito. Mientras estaba allí arrestaron a un periodista y lo juzgaron por transmitir en la radio una canción kurda. La emisora de radio fue clausurada. La verdad es que yo estaba allí por un juicio político. Juzgaban a un editor por haber publicado una colección de ensayos míos, que incluían tres párrafos sacados de informes públicos sobre derechos humanos, a propósito de la represión turca contra los kurdos. La opinión internacional ya se había ocupado del caso, de modo que el editor fue liberado. Pero ahora está siendo juzgado por otros seis delitos semejantes. Y así hasta el infinito.

Estaba en Diyarbakir cuando, al terminar la charla ante una gran audiencia, se produjo un notable acto de coraje frente a las cámaras de televisión y cantidad de cámaras de la

* Véase *"W" and Torture: Two Trial Observations* [La W y la tortura: dos comentarios de prueba], septiembre de 2002, publicado por Kurdish Human Rights Project (Londres), Bar Human Rights Committee of England and Wales, la Human Rights Association (Ankara), párrafo 2, "el caso de la W". La grafía turca es Nevruz y la kurda, Newroz.

policía. Tres estudiantes se levantaron y me ofrecieron un diccionario kurdo-inglés, cosa que es un acto de enorme audacia. Ustedes no pueden imaginarlo. Hay que conocer la situación para saber lo que el hecho significa. Nadie pudo adivinar cómo habían conseguido burlar la requisa habitual para hacer entrar el diccionario en Turquía. No sé qué les pasó a los estudiantes. Es difícil seguir una pista.

Los estudiantes y todos aquellos que protestan contra la dureza de las leyes y las prácticas del Gobierno tienen, por cierto, mucho apoyo. Estambul no es Estados Unidos. Hay cantidad de escritores, periodistas y académicos que no cesan de luchar contra esas leyes draconianas y contra la represión. Y enfrentan graves amenazas. Van a la cárcel y no tiene ninguna gracia estar en una cárcel turca. Les pasa constantemente.

Mientras estaba allí presentaron al fiscal del Estado un libro coeditado con escritos prohibidos —incluidos escritos de personas que estaban encarceladas— y exigieron ser sometidos a juicio. Una vez más, gracias a la atención prestada por la opinión internacional, no se hizo. Es la clase de cosas que hace la gente cuando se ve de verdad reprimida. No como sucede aquí, donde personas privilegiadas pretenden hacerse pasar por perseguidas. Es lo que hacen los intelectuales en lugares donde los derechos humanos y civiles se toman en serio. Necesitan desesperadamente apoyo de todo tipo, en primer lugar de aquí.

Pues bien, aquí también hay opinión formada ante el terrorismo de Estado turco: está muy bien visto. Por ejemplo, en el año 2000, el Departamento de Estado publicó su informe anual sobre terrorismo y elogió a Turquía por lo que llamó sus "positivas experiencias" en la lucha contra el terrorismo. Eligió a Turquía junto con España y Argelia. No hace falta hablar de Argelia. En el caso de España supongo que se refe-

rían a los militares españoles que todavía no están en la cárcel por haber cometido atrocidades antiterroristas. De modo que ésos fueron los tres países seleccionados por sus positivas experiencias en la lucha contra el terrorismo.

El embajador estadounidense en Turquía acaba de escribir en una revista académica que Estados Unidos no puede tener mejor amigo ni aliado que Turquía, como quedó demostrado en su campaña antiterrorista, a saber:

la que acabo de contar. Y el Gobierno turco está muy agradecido por esos elogios. El primer ministro fue el primero en ofrecer tropas de tierra para la guerra contra el terrorismo de Afganistán y explicó por qué. Fue por gratitud a la asistencia y ayuda de Estados Unidos para combatir el terrorismo de la manera que he contado.

Ahora el Ejército turco protege Kabul contra el terrorismo con fondos proporcionados por Estados Unidos. Eso significa que las tropas que cometieron las peores atrocidades terroristas de los años noventa participan ahora en la guerra contra el terrorismo. En los dos casos con fondos procedentes de Estados Unidos, él mismo un Estado terrorista conspicuo, cosa que con seguridad nadie discute. Y eso no da lugar a ningún comentario. Ninguno. Pueden verificarlo y verán que así es. Semejante actitud vuelve a hablarnos de nosotros mismos. No es que se pase por alto. No sé qué habría hecho Orwell con el asunto, pero nosotros podemos hacer lo que queramos.

En 1999, Colombia reemplazó a Turquía como el mayor receptor de armas de Estados Unidos. La razón es que las atrocidades turcas habían tenido éxito y la población ya había sido suficientemente reprimida. Las atrocidades colombianas todavía no habían dado los resultados deseados. Y las atrocidades son considerables.

En los años noventa, Colombia ostentaba el récord de las peores violaciones de los derechos humanos en América Latina. Y, conforme a la correlación habitual, recibió más ayuda de Estados Unidos —incluida la ayuda militar— que el resto de los países de la zona. Es lo normal. La correlación no ha cesado.

Las atrocidades son horripilantes. Hay una que el Estado colombiano ha investigado: la matanza cometida con sierras mecánicas. El Ejército colombiano entró en una zona, descuartizó a los pobladores con sierras mecánicas y los arrojó a fosas comunes. Esa vez se castigó el crimen: el oficial al mando del operativo fue destituido de su cargo. Ya podemos decir que la salvajada no quedó impune.

Colombia tiene ahora el récord de asesinatos de sindicalistas y periodistas. Estuve allí hace un par de años con una misión de Amnistía Internacional que formaba parte de una campaña para proteger a los defensores de los derechos humanos en varios países. Eligieron en primer lugar a Colombia porque tenía el peor récord de asesinatos de defensores de los derechos humanos y abogados.

Por lo visto en este momento la cifra de asesinatos políticos cometidos ha ascendido de diez a veinte por día. Todos los meses hay diez mil nuevos desplazados. La cifra se añade a los dos millones de personas que ya habían sido desplazadas. Las arrastran a barriadas miserables, sin asistencia sanitaria, educación ni nada. Las atrocidades han sido investigadas. No se cuestiona su existencia. Alrededor del 80 por ciento de las mismas se atribuyen a los militares o a los paramilitares, estrechamente unidos a los militares.

Si echan una mirada a los últimos diez años, descubrirán que entre ese 80 o 70 por ciento el porcentaje atribuido a los militares ha ido disminuyendo y el porcentaje atribuido a los

paramilitares, aumentando. La explicación es muy clara: por razones de relaciones públicas. El Ejército colombiano entiende, como todo el mundo, que la mejor manera de llevar adelante su campaña terrorista es privatizarla. Pasársela a los paramilitares, como hicieron los indonesios en Timor Oriental o los serbios en Bosnia. Es lo habitual.

Entonces las autoridades pueden decir que tienen las manos limpias, a menos que ustedes echen una mirada a los análisis de los académicos y a los informes de las organizaciones de derechos humanos, como Human Rights Watch {Vigilancia de Derechos Humanos}, que se refieren sin rodeos a los paramilitares como a la Sexta División del Ejército colombiano, añadida a las cinco divisiones oficiales. La Sexta División tiene asignada la responsabilidad de cometer horrendas atrocidades, en el esfuerzo por poder ofrecer ?desmentidos plausibles?, como los llaman.

Colombia no ha dejado de recibir alabanzas. Por su récord en derechos humanos, por ser una gran democracia y por sus reformas económicas la elogió —es un ejemplo— Clinton. La tercera alabanza la tiene bien ganada. Colombia ostenta probablemente el récord mundial de privatizaciones, esto es, ceder sus recursos a inversores extranjeros. Como ya he dicho, una de esas privatizaciones es la del terrorismo.

Estados Unidos está privatizando también su contribución al terrorismo internacional, de manera que ahora hay gran cantidad de asesores en Colombia. Pero es probable que haya el doble de oficiales militares estadounidenses, técnicamente incorporados a compañías privadas como DynCorp y MPRI (Recursos Militares Profesionales Inc.). El propósito es el mismo: el desmentido plausible. La privatización del terrorismo internacional significa que el asesoramiento y las armas

están exentos de la supervisión del Congreso. Hay legislación del Congreso que exige ciertas condiciones en cuanto a derechos humanos antes de que podamos prestar ayuda.

La manera habitual de satisfacer esas condiciones es dictar una exención. Eso es lo que dijo Clinton: "Bien, sólo estamos pasándolas por alto". Pero el Congreso añadió mayores requisitos. Y ahora no basta con dictar la exención. Por eso, hace un par de semanas —a principios de mayo de 2002—, Colin Powell decidió que Colombia cumple las normas corrientes de derechos humanos, cosa desgraciadamente exacta. Si quieren verlo, Human Rights Watch y Amnistía Internacional tienen un informe detallado sobre el tema. Si lo pueden encontrar les explicará un montón de cosas.

¿Cuál es el resultado? Lo he visto en el sur de Colombia. Estuve un par de días en Cauca, que en el último año tiene el peor récord de todas las provincias en cuanto a derechos humanos. La situación no podía ser peor. Es una provincia cuya población es en su mayoría indígena, formada por campesinos afrocolombianos. Lograron el éxito de organizar lo que llaman un "bloque social", que llevó adelante planes de educación, salud, asistencia social y otras reformas.

Para asombro general consiguieron incluso elegir a su propio gobernador, un indígena imponente y orgulloso. Es una de las pocas veces en la historia de América Latina en que un indígena ha sido elegido para desempeñar un alto cargo. Lo conocí y es digno de admiración. Las consecuencias de esos logros fueron las de costumbre. Mandaron allí a las fuerzas paramilitares, ahora diseminadas por la zona. Las atrocidades arreciaron. Es poca la gente que confía en que el gobernador pueda sobrevivir al término de su mandato.

Pasé un par de horas escuchando testimonios de pobres

s y hablaron del terror. El peor de los terrores sufridos los testimonios que escuché— fue el que impone ..rectamente Estados Unidos, en concreto, la fumigación. La fumigación destroza por completo sus vidas. Destruye sus cosechas, mata a sus animales. Los niños se están muriendo. Puede vérselos con pústulas por todo el cuerpo y otras plagas semejantes.

La mayoría son cafetaleros pobres. El cultivo del café es complicado, los precios son bajos. Pero habían conseguido abrirse un hueco en los mercados internacionales para producir de forma organizada café de alta calidad, que vendían a Alemania y a otros países. Eso se acabó. Una vez que las plantas de café han sido destruidas y la tierra fumigada y envenenada, se acabó el cultivo. Las tierras están envenenadas para siempre.

No sólo se han destruido las vidas y las cosechas. También la biodiversidad y, de manera definitiva, la tradición de la agricultura campesina. Es una tradición muy rica en todas partes del mundo. Por eso produce rendimientos tan altos. Exige mucha capacidad de entendimiento y mucha sabiduría popular. Cuando se han perdido no es posible recuperarlas.

La fumigación está oficialmente justificada como guerra contra las drogas. Es un concepto difícil de tomar en serio, excepto como tapadera para el programa de contrainsurgencia y la otra fase de la larga historia de arrancar a los campesinos sus tierras, en beneficio de las élites ricas y de la extracción de recursos por parte de inversores extranjeros.*

* Véase Doug Stokes, "Better Lead than Bread? Critical Analysis of the United States' Plan Colombia" [¿Mejor plomo que pan? Análisis crítico del plan de Estados Unidos para Colombia], *Civil Wars* [Guerras civiles], 4.2 (verano de 2001), 59–78; Garry M. Leech, *Killing Peace,* (Information Network of the Americas, Nueva York, 2002, 66f. Para antecedentes y otras opiniones, Noam Chomsky, *Rogue States* [Estados deshonestos], capítulo 5).

La consecuencia es que si esa zona volviera alguna vez a la agricultura, lo haría al monocultivo para exportadores agrícolas con semillas producidas en laboratorio, compradas a Monsanto. No hay ninguna otra alternativa. Pero lo más importante es que, una vez que la población haya sido arrastrada por Estados Unidos a la guerra química y a la destrucción de las cosechas, puede ser la oportunidad de que las corporaciones extranjeras se dediquen a la explotación minera a cielo abierto —por lo visto hay campos ricos en carbón en los alrededores—, a las represas, la energía hidroeléctrica y demás. De modo que ese proceso también se considera un éxito.

Bueno, olvidémonos de la población, las culturas y las comunidades. Para citar a un filósofo famoso son "meras Cosas [. . .] cuyas vidas no tienen ningún valor". Estoy citando a Hegel, que se refería a los africanos. Pero ésa es nuestra actitud. Son meras cosas cuyas vidas no tienen ningún valor. Por lo tanto podemos proceder así con absoluta ecuanimidad y total impunidad, sin dejar de alabar los logros obtenidos.

Ésa es nuestra actitud. Igual que la sostenida con los kurdos del sureste de Turquía o con los palestinos. Como dice el editor de *New Republic* sobre su tema favorito: "Los palestinos no se convertirán más que en otra nación aplastada, como los kurdos o los afganos", entonces el problema palestino, "que empieza a resultar aburrido", se resolverá.

Ese punto de vista fue reiterado en mayo de 2002 por el líder de la mayoría de la Cámara de Representantes Dick Armey, que aportó su solución al problema palestino-israelí: "Los palestinos deben marcharse (todos)". Al fin y al cabo hay cantidad de otro lugares en el mundo, de modo que cuál es la razón para que no se vayan sin más, y el problema se habrá resuelto. Lo cual es la manera correcta de entendérselas

con "meras cosas" y ésa es, sin duda, nuestra actitud hacia meras cosas. Es fácil de probar. Y también ayuda a explicar la asombrosa correlación existente entre la ayuda militar de Estados Unidos y las tremendas atrocidades cometidas gracias a ella, incluidas las consecuencias sanitarias.

Podría seguir mucho tiempo hablando de esa clase de terrorismo. Pero volvamos a otra categoría del terror: la guerra económica librada para aplastar la vida de los pueblos. Sin salir del hemisferio occidental, hay ahora dos países que sufren el embargo de Estados Unidos. Da la casualidad de que ambos fueron los principales receptores de esclavos. Me refiero a Cuba y a Haití.

En el caso de Cuba, el embargo se ha mantenido durante cuarenta años. Es parte de una campaña mucho más amplia de agresión contra Cuba. Ustedes saben que Cuba acaba de volver a ser señalada como uno de los principales Estados terroristas. Es de presumir que la razón sea que constituye un blanco destacado del terrorismo internacional desde hace cuarenta años, tal vez el más destacado en el mundo entero. Quizá Líbano esté a la misma altura.

La guerra librada contra Cuba no ha cesado desde 1959. Hasta 1989, el pretexto era que debíamos defendernos de los tentáculos del Imperio ruso, que estaba a punto de estrangularnos. Por lo tanto debíamos apoyar el terrorismo y la guerra económica contra la isla. En 1989, ese pretexto perdió base de sustentación y, al instante, recurrimos sin pestañear a otro pretexto. Se olvidó el anterior y se endureció el embargo. Y resultó que se debía a nuestra devoción por la democracia.

Desde entonces hemos llevado adelante la guerra económica y apoyado el terrorismo contra Cuba en nombre de nuestra devoción por la democracia según ha quedado demostrado, sin

ir más lejos, en países como Colombia. Es cierto que Colombia ha permitido la existencia de un partido independiente hace un par de años y que hasta ha permitido que hubiera unas elecciones. Elecciones un tanto azarosas porque en dos años tres mil de las figuras más destacadas fueron asesinadas por los escuadrones de la muerte "apoyados por militares de Estados Unidos", incluidos candidatos presidenciales, alcaldes y demás. Pero sigue siendo una gran democracia comparada, digamos, con Cuba. No voy a seguir con el tema.

El embargo es excepcionalmente severo —de hecho único— , en el sentido de que prohíbe con absoluta eficacia el envío de alimentos y medicinas a la isla, en violación de toda imaginable ley humanitaria. El embargo ha sido condenado por el mundo entero. El viraje de justificar el embargo diciendo que debíamos defendernos contra un ataque de Cuba —puesto de avanzada del Imperio ruso para acabar con nuestra querida democracia— a justificarlo en nombre de nuestro amor por la democracia, se produjo sin que nadie se enterara. Pueden mirar hacia atrás y comprobar cuántas personas comentaron ese cambio súbito.

Y es lógico porque la amenaza del comunismo siempre fue una impostura. Lo sabemos y lo hemos sabido durante años al desclasificarse los documentos reservados. Así ha sido desde la Administración de Kennedy. Supongo que por eso nunca se habla del asunto. El historiador Arthur Schlesinger presentó a Kennedy informes secretos muy reveladores que analizaron el tema. (He escrito sobre el asunto en mi libro *Profit over People* [Las ganancias por encima de las personas].)

Según ha repetido el ex presidente Carter hace un par de semanas, el efecto del embargo a Cuba —la política seguida aquí— ayuda a Castro y desde luego no perjudica a los

cubanos. Los únicos perjudicados son los granjeros estadounidenses y los comerciantes de productos agrícolas que no pueden exportar a ese país, pero no tiene ningún efecto en Cuba como no sea para ayudar a Castro.

Hay otras personas que se han dedicado a considerar la situación, como la American Association of World Health [Sociedad Americana de Salud Mundial], que hicieron un estudio detallado en marzo de 1997. Publicaron trescientas páginas de documentación y llegaron a la conclusión de que el embargo ha deteriorado enormemente la salud y la nutrición en Cuba y ha causado un aumento significativo de sufrimiento y muertes. Habría sido una catástrofe humanitaria, decían, si no la hubiera evitado el sistema de salud pública cubano, que es asombroso, aunque se mantenga a fuerza de quitar recursos a otras necesidades perentorias, con las previsibles consecuencias.

De manera que el embargo ha sido un éxito, como la derrota de la Teología de la Liberación a manos del Ejército de Estados Unidos. Ése es uno de los dos embargos. Es posible que el otro, el de Haití, sea más grotesco. Haití ha sido blanco principal de la intervención militar de Estados Unidos y de otras intervenciones en el siglo pasado. Ahora es el país más pobre del hemisferio occidental. Puede no sobrevivir más que una o dos generaciones, otra correlación en la cual les puede resultar interesante pensar antes de hacer generalizaciones.

Haití fue invadido por Woodrow Wilson en lo que, si estudian ustedes la teoría de las relaciones internacionales, se llamó "un ejercicio de idealismo wilsoniano". Los marines lo invadieron en 1915, destruyeron el sistema parlamentario, restituyeron la esclavitud, mataron no se sabe a cuántas personas (los haitianos hablan de quince mil), convirtieron el país en una

plantación de inversores estadounidenses y crearon la Guardia Nacional, una fuerza brutal y asesina que ha regido el país desde entonces, en gran parte con el respaldo de Estados Unidos.

No voy a repasar toda la historia, pero ha seguido siendo la misma hasta que, a mediados de los noventa, Bush y Clinton apoyaron directamente a la Junta Militar, a fuerza del peor de los terrorismos. Es otra de las cosas que vi personalmente durante un par de días. En este momento, cerca de aquí, en Queens, Nueva York, está escondido uno de los criminales más conspicuos: Emmanuel Constant. Ya ha sido sentenciado en Haití por crímenes terroristas. Era el cabecilla de las fuerzas paramilitares, responsable del asesinato de unas cuatro o cinco mil personas en Haití a principios de los años noventa, cuando Bush y Clinton apoyaban a la Junta Militar.

Haití ha tratado de extraditarlo pero, como es natural, Estados Unidos ni siquiera se ha molestado en contestar. Y la prensa no lo comenta. ¿Por qué vamos a extraditar a un notorio asesino, sólo involucrado en la muerte de un par de miles de personas, si además, al volver a su país, puede levantar la perdiz a propósito de las conexiones directas que ha tenido con Estados Unidos en la época en que el terror se abatía sobre Haití? Sobran los comentarios.

Paul Farmer ha escrito no hace mucho un artículo sobre las condiciones sanitarias en Haití. Hacia 1995, ya derrocada la dictadura, el Inter-American Development Bank, IADB [Banco Interamericano de Desarrollo], y otras organizaciones iniciaron proyectos para intentar reconstruir lo que quedaba del maltrecho sistema sanitario público. Pero los proyectos se suspendieron. Lo que se pretendía era revertir la disminución de la esperanza de vida, caso único en el hemisferio occidental.

El intento se suspendió por el embargo, que bloqueó la

mitad de los mil millones de dólares en ayuda que llegaban del IADB y otras fuentes. El embargo acabó con los proyectos y, como es lógico, exacerbó las ya horrendas condiciones. La única ayuda que Haití está recibiendo procede de Cuba —como en el caso de otros países pobres—, incluida la asistencia directa de personal sanitario cubano. Pero ellos solos no pueden compensar las pérdidas.

Por si fuera poco, Haití está pagando intereses por préstamos que están bloqueados y no recibe, un detalle que se añade a la catástrofe. Ése es el segundo embargo. También ha sido impuesto por nuestra devoción a la democracia, según han explicado Powell y otros.

No hace falta continuar. Hay un auténtico género literario interesante y floreciente —libros con éxito comercial y artículos—, dedicado a una curiosa falencia de nuestra personalidad. En concreto: ¿por qué no respondemos como es debido a los crímenes de los demás? Hay libros sesudos sobre el tema, que es ciertamente atractivo. Merece una nota al pie en el estudio de nuestra actitud con respecto a los derechos humanos, nota al pie en la cual, desde luego, el tema debería ser otro muy distinto. En concreto: ¿por qué participamos de forma contundente en la violación de los derechos humanos, incluidas las mayores atrocidades?

Pero esas cosas no se preguntan. Pueden ustedes preguntar por nuestra ineptitud para responder a los crímenes de los demás. Lo que no pueden es hacer preguntas sobre nada de lo que he dicho, sobre nuestros crímenes masivos, porque sería admitir que los hay y eso es impensable. ¿Cómo podría haberlos? Si intentaran preguntar, se convertirían en una especie de fantasmas que ruedan por ahí al margen de la sociedad.

Se han difundido en estos días sesudos comentarios sobre

lo que debemos hacer para combatir la plaga del terrorismo. Que es cosa seria. Hay peligrosas amenazas terroristas por todas partes. Existe una verdadera y simple manera para que Estados Unidos reduzca significativamente la envergadura del terrorismo en el mundo: dejar de apoyarlo y de participar en él. Eso tendría un importante efecto inmediato. No quiero decir que lo resolviera todo, pero desaparecería gran parte de él. Y, sin embargo, buscarán en vano cualquier debate sobre cuestión tan elemental.

Hasta que semejantes preguntas no se trasladen a la orden del día y, de hecho, se conviertan en centro de atención, la discusión de temas de esa naturaleza no puede ser tomada muy en serio. Y los pueblos que sufren a lo largo y ancho del mundo se hundirán cada vez más en el suplicio.

(Lo que sigue es un extracto del turno de preguntas y respuestas, una vez acabada la charla de Chomsky.)

PREGUNTA: *Creo, y espero esté usted de acuerdo conmigo, que la diferencia radical entre lo que hicieron los nazis y lo que hicimos nosotros en Vietnam es el propósito. Los nazis intentaron exterminar a la población judía en Europa. En Vietnam, el propósito no era el genocidio.*

CHOMSKY: En ningún momento he dicho que lo ocurrido en Vietnam fuera genocidio. No es ése el término correcto. Estoy de acuerdo, fue algo totalmente distinto. No recuerdo que nadie haya sugerido lo contrario. Lo cierto es que fue distinto en todos los aspectos. Los nazis son en realidad únicos en la historia. Ha habido cantidad de atrocidades en la historia de la humanidad, pero industrializar la exterminación masiva al estilo de los nazis está más allá de lo imaginable. No hay nada que pueda compararsele. Los judíos y el pueblo que lla-

mamos gitano fueron tratados de la misma manera, así como algunos otros grupos. Aquello fue único.

Pero se cometen cantidad de brutalidades en el mundo y muchas de ellas recaen directamente en nosotros. La mayoría ni siquiera se cuenta. Permítame darle un ejemplo que no ha sido contado. Estoy seguro de que recordará un libro publicado hace un año, convertido en éxito de librería, cuyo título es *The Black Book of Comunism*. Hubo importantes reseñas en el *New York Times* y muchas otras publicaciones. Era la traducción de un libro escrito en francés. Estimaba que el número de personas muertas por el comunismo era de cien millones. Pues bien, sin cuestionar las cifras, digamos que así es.

La mayor parte de esas muertes se debió a la hambruna en China entre 1958 y 1960, que se estima terminó con la vida de alrededor de veinticinco millones de personas. La razón por la cual se le llama crimen político —crimen ideológico— es en mi opinión una buena razón. La expuso en detalle Amartya Sen. Es parte de la obra por la cual ganó el Premio Nobel. Sen es un economista que ha hablado de aquella tragedia como crimen ideológico por sobradas razones. Dijo que no fue un crimen cometido a propósito; no pretendían matar a nadie. Se debió a que las instituciones ideológicas eran tales que dieron lugar a la tragedia. Era un Estado totalitario. Al núcleo central no llegaba la información de lo que estaba ocurriendo. No pudieron tomar ninguna medida. Es lo que sucede en un Estado totalitario. De modo que el libro era una reflexión sobre las instituciones totalitarias. Se produjo una tragedia espantosa sin que nadie se lo propusiera. No pretendían matar a veinticinco millones de personas, pero no dejó de ser una catástrofe feroz. Es justo considerarla una de las mayores atrocidades del siglo xx y el peor crimen aislado del comunismo. Eso es incuestionable.

Y nos lleva a su pregunta sobre la intencionalidad. Pero es sólo la mitad de la historia. Si se fija en la obra de Amartya Sen —por la cual ganó el Premio Nobel y por la cual adquirió celebridad académica—, verá que estudia las hambrunas y las condiciones que conducen a ellas. Y, como parte principal de la cuestión, compara a India con China. Como es natural, mientras estuvo bajo dominio británico, en India nunca dejó de haber hambrunas. Murieron decenas de millones de personas y a nadie se le ocurrió contar esas hambrunas entre los crímenes del imperialismo británico porque, una vez más, si lo hacemos nosotros no es un crimen.

Pero como bien señala Sen, después de la independencia ha seguido habiendo hambre en India, sin llegar a producirse hambrunas de esa magnitud. Desde 1947 hasta el momento de escribir la obra alrededor de 1980 no hubo hambrunas de envergadura. Sen compara el hecho con China, que pasó por aquella tremenda hambruna, y adjudica la diferencia a las instituciones de los dos países. En India, que era democrática, si por cualquier parte aparecía el hambre, las autoridades centrales podían hacer algo para remediarla, de modo que no llegaron a ser hambrunas catastróficas.

Eso es parte de lo que Sen escribió. La parte ampliamente divulgada, conocida en todos lados. Pero luego continúa. Aquí está el resto, sacado de los mismos artículos y de los mismos libros; lo que no se conoce. Sen añade: comparemos los índices de mortalidad de China e India desde 1947 hasta la época en que escribí la obra. Los índices de mortalidad eran aproximadamente los mismos alrededor de 1947; los países y circunstancias, similares. El índice de mortalidad en China empezó a bajar bruscamente; en India siguió siendo el mismo. Y también considera que se trata de un crimen ideológico.

Dice que la diferencia se debe a que China ha instalado consultas sanitarias rurales, organizado medicina preventiva para los más necesitados, etcétera. Y que esas medidas han llevado a una notable mejora de la asistencia médica en general, lo cual ha permitido reducir el índice de mortalidad. En India no se ha reducido. Era un país democrático capitalista, donde no se ha hecho nada por los pobres. Y luego insiste en que si se echa una ojeada a la diferencia entre las curvas de esos índices . . . Permítame citarlo: "India parece arreglárselas para llenar sus alacenas cada ocho años de más esqueletos, de los que China ha acumulado en sus años de ignominia (1958-1961)".

Eso significa que, sólo en India, se llegó a cien millones de muertos entre 1947 y 1980. Pero de esa barbaridad no decimos que sea un crimen del capitalismo democrático. Si hiciéramos el cálculo en el resto del mundo . . . Ni siquiera merece la pena hablar del asunto. Pero Sen tiene razón: tales desastres no fueron provocados adrede, como no fue provocada adrede la hambruna de China. Sin embargo son crímenes ideológicos e institucionales y la democracia capitalista es tan responsable de ellos como quienes apoyan en cualquier aspecto el llamado comunismo son responsables de la hambruna china. Nosotros no tenemos toda la responsabilidad pero, con seguridad, sí gran parte de ella.

De modo que sí, si usted suma los crímenes, el resultado es escalofriante, pero sólo cuentan los crímenes del enemigo. Son esos los que deploramos y por los cuales nos angustiamos. Los nuestros, que pueden ser escandalosamente peores, no entran siquiera en nuestro campo visual. Usted no los estudia, no lee nada sobre ellos, nadie escribe sobre ellos. Ni siquiera nos permitimos pensar en ellos. Que estemos o no de acuerdo con esa actitud es cosa de cada uno de nosotros.

TERCERA PARTE

Charlas y conversaciones

"¿Por qué nos odian, con lo buenos que somos?"

Selección de "Asomarse al abismo del futuro", charla a beneficio del Peninsula Peace and Justice Center. Richey's Hyatt House, Palo Alto, California, 22 de marzo de 2002.

Después del 11 de septiembre, parte de la prensa, y en particular el *Wall Street Journal*, hizo lo que debía hacer: empezó a investigar la opinión pública de la región de Oriente Medio. Intentaron encontrar la contestación a la plañidera pregunta de George Bush: "¿Por qué nos odian, con lo buenos que somos?". ¿Cómo es posible?

Lo cierto es que antes de haber hecho la pregunta, el *Wall Street Journal* ya había ofrecido parte de las contestaciones. Fijó el sondeo de opinión en la región que a ellos les preocupa, los que llaman "musulmanes adinerados", es decir, banqueros, abogados, gerentes de divisiones transnacionales de empresas de Estados Unidos . . . , esa clase de personajes. Personajes que están dentro del sistema estadounidense y que, desde luego, desprecian a Osama Bin Laden aunque sólo sea porque son su principal blanco . . . Ellos son aquellos detrás de quienes él va y, por lo tanto, no les gusta.

Entre ese grupo, ¿qué opinión tienen sobre Estados Unidos? Pues bien, resulta que están en contra de la política de Estados Unidos. Están en contra de las principales líneas

políticas de las cuales ellos son parte: las líneas políticas económicas internacionales. Pero lo que objetan es el hecho de que Estados Unidos se ha opuesto de modo sistemático a la democracia y al desarrollo independiente, además de haber apoyado regímenes brutales y corruptos. Como es natural se oponen enérgicamente al apoyo unilateral de Estados Unidos a favor de la ocupación militar mantenida por Israel —ocupación muy dura y brutal—, que dura ya treinta y cinco años. Se oponen con toda energía a las sanciones de Estados Unidos contra Irak que, como ustedes saben muy bien, están devastando a la población pero fortaleciendo a Sadam Husein.

Y recuerdan algo más que preferimos olvidar: Estados Unidos y el Reino Unido apoyaron a Sadam Husein durante la época de sus peores atrocidades, siguieron ayudándole a desarrollar armas de destrucción masiva y no hicieron nada para evitar el gaseamiento de los kurdos ni ninguna otra barbaridad. Ellos lo recuerdan aunque nosotros decidamos esconderlo bajo la alfombra. Por razones como ésa dicen sentir odio por la política de Estados Unidos, pese al hecho de estar metidos hasta el tuétano en el sistema de este país. Ahí tienen una de las contestaciones a la pregunta de George Bush. No es el tipo de respuesta que se lee en la mayoría de las revistas intelectuales ni en la prensa. Ahí se leen respuestas sofisticadas en las que se dice que los pueblos de la región tienen "culturas malignas", que han sido excluidos de la globalización o que no pueden soportar nuestras libertades ni nuestro esplendor y demás hierbas.

Cualquiera que se interese seriamente por estos temas y, por cierto, cualquiera que se especialice en cuestiones internacionales de Oriente Medio, saben que esas respuestas no son nada nuevo. Pueden ustedes volver tan atrás como quieran y las encontrarán. Una de las ventajas de vivir aquí es que,

durante años, Estados Unidos se ha convertido en un país donde se goza de mucha libertad. No como don de los dioses sino como resultado de luchas populares, se ha convertido en un país donde existe una libertad nada usual, única en muchos aspectos. Tenemos más información sobre los planes políticos de alto nivel en Estados Unidos de la que es posible encontrar en ningún otro país del mundo que yo conozca. Además de toneladas de material desclasificado, que muestra cómo se conduce la política y cuál es el pensamiento del Gobierno.

Si quieren investigar el tema más a fondo, el lugar obvio para acceder a esa información son los documentos de 1958. Por muchas razones, el año 1958 fue un año crítico en las relaciones exteriores de Estados Unidos. Fue críti-co en particular con respecto a Oriente Medio por ser el primer año en que cierto país, en concreto Irak, fue capaz de quebrar el condominio angloamericano sobre las fuentes de energía del mundo. Un régimen nacionalista conservador lo había intentado en Irán, pero lo derrocó un golpe militar que auspiciaron Estados Unidos y el Reino Unido.

Irak lo quebró y fue todo un acontecimiento, con gran despliegue de actividad y tropas militares por todas partes. Casi se llegan a usar armas nucleares. Fue un acontecimiento trascendental. De manera que, si quieren entender qué pensaba Estados Unidos, echen una mirada a los documentos desclasificados.

Si lo hacen, se enterarán de que en discusiones internas, el presidente Eisenhower hizo notar a sus consejeros —cito sus palabras— "que hay una campaña de odio contra nosotros" —en el mundo árabe—, "no de los gobiernos sino de los pueblos". Y se debatió la cuestión. El Consejo Nacional de Seguridad —el organismo de más alto nivel en materia de planificación— dio los resultados de su análisis. Dijo que la

razón es que en la zona se sabía que Estados Unidos apoyaba regímenes severos, brutales y corruptos, que bloqueaba la democratización y el desarrollo y que lo hacía debido a nuestro interés por controlar las reservas de petróleo de la región.

Y dijeron que resultaba difícil combatir esa idea porque era cierta. No sólo era cierta sino que debía seguir siéndolo. Dijeron que era natural apoyar el statu quo de gobiernos —del tipo que acabo de mencionar—, oponernos a la democracia y al desarrollo, porque queríamos mantener el control sobre las fuentes energéticas de la región.

De modo que existe una campaña de odio contra nosotros impulsada por los pueblos y ésa es la razón para que la haya. En esencia es lo mismo que descubrió el *Wall Street Journal* el 14 de septiembre de 2001, cosa que, entre tanto, cualquiera sabía. La única diferencia es que, desde luego, algunas de las medidas específicas como las sanciones contra Irak son nuevas. Pero la política general es la misma.

Entre los pueblos hay mucho más resentimiento porque no ven ninguna razón en particular para que la riqueza de la región deba ir a parar a Occidente y a los musulmanes adinerados que cooperan con Occidente, en vez de ir a parar a sus pueblos. Eso refleja una especie de atraso cultural, según se lee en los comentarios de Estados Unidos. Por alguna razón, la idea del "atraso cultural" no ha penetrado en la mente de los pueblos. Y sigue sin penetrar. De manera que hay una campaña de odio todavía más profunda entre quienes no son musulmanes adinerados, inmersos en el sistema de Estados Unidos.

Si quieren escuchar algunas voces ajenas a la médula del sistema, no es difícil oírlas. Contestarán las preguntas a propósito de por qué existe esa campaña de odio contra

nosotros —lo mismo da que sea en 19580 ahora— en buena parte del mundo, donde a la gente no le hace gracia que la hagan polvo bajo la bota de otro. No le gusta y provoca odio. Pueden recrearse con fantasías. Eso es cosa de cada uno. Pero, con toda certeza, conviene que no lo hagan.

Y dijeron que [illegible] cierto. No sólo era cierto sino que debía seguir siéndolo. Dijeron que era natural apoyar el tipo de gobiernos —del tipo que acabo de mencionar—, oponernos a la democracia y al desarrollo, porque queríamos mantener el control sobre las fuentes energéticas de la región.

De modo que existe una campaña de odio contra nosotros impulsada por los pueblos y ésa es la razón para que la haya. En esencia es lo mismo que descubrió el *Wall Street Journal* el 14 de septiembre de 2001, cosa que, entre otros, cualquiera sabe. La única diferencia es que, desde luego, algunas de las medidas específicas como las sanciones contra Irak son nuevas. Pero la política general es la misma.

Entre los pueblos hay mucho más resentimiento porque no ven ninguna razón en particular para que la riqueza de la región deba ir a parar a Occidente y a los occidentales adinerados, por cooperación con Occidente, en vez de ir a parar a sus pueblos. Eso refleja una especie de atraso cultural, según se lee en los comentarios de Estados Unidos. Por alguna razón, la idea del "atraso cultural" no ha penetrado en la mente de los pueblos. Y sigue sin penetrar. De manera que hay una campaña de odio todavía más profunda entre quienes no son musulmanes adinerados, inmersos en el sistema de Estados Unidos.

Si quieren escuchar algunas voces ajenas a la nómina del sistema, no es difícil oírlas. Contestarán las preguntas a propósito de por qué existe esa campaña de odio contra

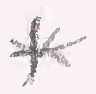
Visita a cisjordania con Azmi Bishara*

Extracto de una charla dada a beneficio de la defensa legal de Azmi Bishara, miembro árabe-israelí de la Kneset, amigo de muchos años de Chomsky. La charla se celebró en el Hunter College, ciudad de Nueva York, el 25 de mayo de 2002.

Estamos aquí en esta ocasión apremiante porque Azmi Bishara ha sido privado de su inmunidad parlamentaria y queremos explicar los cargos por los cuales está siendo enjuiciado: por su declaración de que el pueblo de Líbano tiene derecho a resistir la ocupación extranjera y a expulsar al ejército ocupante de su país; por su llamamiento a apoyar la actual Intifada como alternativa a otras opciones posibles, en concreto, la sumisión total o la guerra; por sus esfuerzos para lograr la reunificación de las familias.

La postura de Azmi respecto al tema —según ha declarado con absoluta sinceridad— ha sido pedir a su pueblo no considerar el juicio una cuestión de libertad de expresión, aunque sin duda lo es. Prefiere hacer un llamamiento a su pueblo

* Con una medida sin precedentes, la Kneset despojó de inmunidad parlamentaria a Bishara en noviembre de 2001, abriendo el camino para que el fiscal israelí lo acusara de dos cargos. El primero, la supuesta violación de la Ordenanza de Prevención del Terrorismo, por dos discursos públicos en los cuales Bishara afirmaba el derecho de los pueblos ocupados a resistir la ocupación. El segundo cargo, violación de las regulaciones de emergencia de 1948 para viajar al exterior. Se refería a las vistas humanitarias que Bishara hizo a ciudadanos palestinos de avanzada edad en Israel para que se reunieran con parientes refugiados en Siria.



para que diga sincera y abiertamente que lo declarado es justo, no sólo que tiene derecho a decirlo sino que lo dicho es indiscutible. Y le sobran razones para sostenerlo.

Ha añadido también que la cuestión no es lo dicho: lo que cuenta es que lo haya dicho él. El juicio de Azmi es un ataque al derecho de los árabes-israelíes a tomar una postura política independiente. Esta conclusión se basa en la reacción ante los ataques físicos contra Azmi en octubre de 2000 (recordemos que se produjeron durante el Gobierno de Barak, cuando el "bando por la paz" formaba parte de él). En octubre de ese año, trescientas personas atacaron su casa y Azmi fue herido por el fuego policial. En esa misma época fueron muertos trece árabes-israelíes, varios de ellos a manos de la policía. Todo eso ocurrió dentro de la más absoluta impunidad. El bando israelí por la paz, incluidos reconocidos intelectuales considerados la conciencia de Israel —por lo menos aquí, si no en Israel—, le negó su apoyo.

Después de esos acontecimientos, el portavoz de la Kneset, cuya responsabilidad es defender la Kneset, no dijo nunca una palabra. Nunca hubo ninguna reacción. Y, como escribió Azmi, el hecho creó una grave barrera moral, que separó a sus seguidores en Israel (y eran muchos), a los árabes-israelíes y a él de aquellos que se llaman a sí mismos el bando de la paz. Creo que también en eso lleva razón.

Azmi siempre ha expresado mucho respeto por la democracia israelí, única en la región, y por los logros tanto culturales como sociales que han sido parte de lo que él llama "la construcción de la nación hebrea". Pero esos logros son para los judíos-israelíes. Los ciudadanos árabes de Israel son, en el mejor de los casos, tolerados. No es necesario repasar la historia de esta situación, que no está precisamente mejorando demasiado.

Permítanme añadir una nota personal sobre un viaje que hice por Cisjordania en 1988. Lo menciono en parte porque tiene relación con Azmi y en parte porque pienso que tiene mucho que ver con los temas ahora en cuestión. Escribí sobre ese viaje primero en la prensa hebrea de Israel y luego en Estados Unidos. Parte de esos relatos están incluidos en la nueva edición de mi libro *Fateful Triangle* [El triángulo fatídico], publicado hace varios años.

En esa época no dije quién era mi compañero de viaje: era Azmi. No hablé de él por razones sabidas: no se dan los nombres de personas vulnerables en países que sufren una severa represión. Ahora pienso que debo decirlo al cabo de tantos años y de lo que ha sucedido. Y así lo haré.

Conocí a Azmi a las seis de la mañana de un día de abril de 1988. Fue en una manifestación a las afueras de la prisión Dahariya, conocida como "la casa de matanza". Era una estación de paso rumbo a la prisión de Ketziot en el Negev, una horrible cámara de tortura, llamada comúnmente Ansar III. Ansar I era la enorme y horrenda cámara de torturas al sur del Líbano. Fue denunciada en su momento, pero su verdadera naturaleza ha sido hecha pública después de que las tropas israelíes abandonaran el país. Había también una Ansar II en Gaza. Ansar III era el lugar donde uno iba a parar después de la casa de matanza de Dahariya.

En aquel momento, la ciudad cercana estaba sitiada. La manifestación fue organizada por israelíes y un grupo de visitantes extranjeros, que asistían a una conferencia académica, a la cual dio la casualidad que asistía yo también. Se dijeron allí muchas cosas interesantes, pero no me voy a detener en ellas.

Después de la manifestación nos apretujamos en el coche de Azmi y me hizo cruzar Cisjordania. Pasamos el resto del

día allí. Empezamos en Nablús, donde fuimos a la Ciudad Vieja y hablamos con activistas en la *casbah*. Nadie que haya estado en ese sitio puede dejar de tener imágenes dolorosísimas de lo ocurrido recientemente. Es imposible conducir por esas calles como no sea en un tanque.

Las informaciones de Nablús son aún más sombrías que las de Jenín: la tremenda destrucción a gran escala, con cantidad de muertos y todos los horrores habituales que ya hemos leído. En el caso de Nablús significa la destrucción de tesoros históricos que se remontan a la época de los romanos, aparte de lo ocurrido al pueblo.

Sea como sea, en 1988 después de Nablús atravesamos pueblos de Cisjordania que estaban siendo atacados. De algunos tuvimos que marcharnos conforme llegaban tropas, porque los pobladores querían que saliéramos del lugar. Les preocupaba lo que pudiera pasar si encontraban forasteros. Ya habían tenido malas experiencias antes.

De todos los pueblos que visitamos, el caso más dramático fue el del que se había hecho célebre un par de días antes: Beita. Beita es un pueblo conservador tradicional, anidado en las colinas, no muy lejos de Ramala. No creo que mucha gente sepa siquiera que existe. No cabe duda de que debe de haber sido un sitio precioso, con casas de cientos de años de antigüedad.

Apenas empezada la primera intifada, Beita se declaró liberada. La consecuencia fue el ataque de fuerzas de ocupación israelíes. Cuando llegamos, el pueblo estaba militarmente sitiado pero, con la ayuda de abogados de Al-Hak (La Ley al Servicio del Hombre) de Ramala, fue posible entrar por caminos rurales, trepando la colina con el auxilio de vecinos. Pasamos allí un par de horas antes del toque de queda de las

siete de la tarde, hora en que era necesario salir para no poner en peligro la vida. De manera que salimos por los caminos rurales.

Como alguno de ustedes recordará, en esa época Beita había sido atacada y parcialmente destruida por tropas israelíes. La razón —y la razón para el estrecho cerco militar— era que un grupo de excursionistas israelíes procedentes de un asentamiento israelí próximo, Elon Moreh, se había internado en los campos de Beita. Estaban dirigidos por un hombre llamado Romam Aldubi —un extremista criminal—, el único judío a quien las autoridades militares habían prohibido siempre entrar en zonas árabes. Los excursionistas encontraron en los campos a un pastor y lo mataron. Entraron en el pueblo y mataron a otro par de personas.

La madre de uno de los muertos arrojó una piedra a Aldubi. Éste hizo fuego y mató a una chica israelí, Tirza Porat, una de las excursionistas. El hecho provocó una reacción histérica en Israel, que incluyó llamamientos a destruir el pueblo y desalojar a los vecinos. El Ejército israelí sabía con exactitud lo que había ocurrido y así lo dijo. Pero por la razón que fuera, tal vez para evitar una reacción todavía más grave entre los colonos, el Ejército entró en el pueblo y lo redujo a escombros.

La historia oficial es que destruyeron quince edificios y casas, después de haber advertido a los vecinos que abandonaran la ciudad. Todo era mentira. Como pudimos ver, el número de hogares destruidos fue por lo menos el doble y era evidente que nadie había dado tiempo para que los vecinos pudieran huir. La gente hurgaba entre las ruinas tratando de encontrar alguna de sus pertenencias.

Algunos pobladores estaban en la cárcel, entre ellos la madre y la hermana embarazada de uno de los asesinados.

Tiempo después media docena de personas fueron expulsadas del país, otras siguen en la cárcel. Aunque era bien sabido que el asesino de los palestinos y de la chica israelí era Aldubi, nunca fue castigado pese a haber sido juzgado. Las autoridades decidieron que los trágicos acontecimientos ocurridos eran ya suficiente castigo para él. De modo que sólo la gente del pueblo debía ser castigada. Y así se hizo.

Casos como ése han sido y son más que corrientes. Cuando estuvimos allí —era un día muy frío y lluvioso como suelen serlo en abril—, las personas cuyas casas habían sido demolidas vivían a la intemperie, intentaban cocinar al aire libre y sobrevivir como podían. Era un espectáculo por demás horrible y doloroso. La actitud de esos vecinos era asombrosa. No estaban resignados. Estaban serenos y resueltos. Les preguntamos si estarían dispuestos a aceptar ayuda de judíos israelíes para reconstruir lo que habían destruido y nos contestaron que la aceptarían con ciertas condiciones. Si la ayuda era sincera, la aceptarían encantados. Si se trataba de vender la imagen de lo que llamaban "el inefable Israel" —término hebreo despectivo muy corriente utilizado en Israel para designar una actitud vergonzosa—, no querían saber nada de ella. Era sorprendente, pero no hacían ningún llamamiento a la venganza ni a las represalias. No tenían más que la serena decisión de seguir adelante.

La misma actitud vi uno o dos días después en Ramala. También había que llegar allí por caminos comarcales, también estaba sitiada. Cuando llegué con un amigo árabe y otro israelí, la ciudad estaba extrañamente silenciosa. Caminamos por las calles, llegamos al hospital y entramos. No había personal, enfermeras, médicos ni asistentes, pero sí cantidad de gente. Descubrimos que se debía a que había habido algún

disturbio fuera, con importante presencia del Ejército y el personal había sido advertido de mantenerse lejos. Las camas, todas ocupadas, ofrecían el acostumbrado espectáculo hospitalario: sueros colocados en los brazos y ese tipo de cosas. Nos contaron lo que les había ocurrido. Unos eran niños, otros adultos. Habían sufrido atrocidades durante la represión israelí de la Intifada. Siempre lo mismo. Serena determinación. Ni una palabra sobre represalias ni venganza.

Todo esto revela un hecho notable sobre la ocupación militar. Dura ya treinta y cuatro años. Desde el principio, la represión ha sido dura, brutal. Les han robado la tierra y los recursos. Pero no ha habido represalias en los territorios ocupados. Israel era inmune a los ataques dentro de los territorios. Hubo algunos desde fuera, atrocidades incluidas, aunque hayan sido sólo en mínima cantidad comparadas con las atrocidades de Israel. Y cuando me refiero a Israel, quiero decir Estados Unidos e Israel. Porque todo lo que hace Israel llega a los límites de lo que Estados Unidos apoya y autoriza. De manera que son atrocidades cometidas por los dos Estados en conjunto.

Por eso produjeron los acontecimientos del año pasado tan tremenda sorpresa. Estados Unidos e Israel han perdido el monopolio total de la violencia. Todavía tienen una superioridad abrumadora, pero ya no el monopolio. Eso es pavoroso. El 11 de septiembre provocó exactamente el mismo pavor, pero a escala global. El 11 de septiembre fue una atrocidad horrorosa, pero no era nueva. Hay cantidad de atrocidades como ésa. La única diferencia es que ocurren en otras partes del mundo.

Palestina e información tendenciosa

Extracto de la discusión de un pequeño grupo después de la charla en Palo Alto, California, el 22 de marzo de 2002.

PREGUNTA: *¿Le preocupa que la CNN y la MSNBC se estén convirtiendo en portavoces de los militares?*

CHOMSKY: Lo son mucho menos que en el pasado. De manera que no es que se ?estén convirtiendo?, siempre lo han sido, ahora menos de lo que solían. Fíjese en la MSNBC. Desde el 11 de septiembre, los medios de comunicación —por lo menos, los medios de comunicación comerciales, no tanto la NPR y la PBS, sino los medios de comunicación comerciales— están en cierto modo más abiertos. Doy un ejemplo: estuve por primera vez en la MSNBC para participar en un largo debate en noviembre de 2001. También han estado otras personas. Mike Albert estuvo en una audición de una hora. Howard Zinn también. Nunca antes había ocurrido nada semejante. Es el reflejo de ciertas preocupaciones públicas lo que está forzando a los medios de comunicación a abrirse un poco.

Ojalá tenga usted razón. Yo soy un tanto escéptico.

Y debe serlo. Se está produciendo una concentración de los

medios de comunicación, pero hay otras presiones que creo son aún más importantes.

¿Por qué? ¿Cuál es el mecanismo mediante el cual el Gobierno influye en los medios de comunicación?

No lo hace. El Gobierno no tiene casi influencia en ellos.

¿Y entonces por qué ocurre? ?Cuál es el mecanismo que hay detrás?

Es una buena pregunta. ¿Cómo convence el Gobierno a General Motors de que debe intentar incrementar sus ganancias? Los medios de comunicación son corporaciones enormes que comparten el interés del sector corporativo que domina al Gobierno. El Gobierno no puede decirles a los medios lo que deben hacer porque, aquí, no tiene poder para hacerlo. En ese aspecto, Estados Unidos disfruta de mucha libertad. En Inglaterra, el Gobierno puede hacer una redada en la BBC y evitar que hagan determinadas cosas. Aquí no puede hacerlo.

Sí, nos hemos ganado un tipo de libertad que Inglaterra no tiene. De manera que el Gobierno casi no tiene influencia en los medios. Si los medios deciden hacer algo es por decisión propia.

Entonces ?qué impide que salgan a relucir asuntos como el de Timor Oriental y otros? ?Por qué no hay más disentimiento en los medios? ¿Es que el pueblo no quiere oír hablar de ello y, por lo tanto, los medios no harían dinero?

¿Por qué se va a interesar una gran corporación en exponer el hecho de que está involucrada en un genocidio?

No lo está. Es el Gobierno de Estados Unidos.

Ellas forman parte del sistema que rige al Gobierno de Estados Unidos. Comparten el interés de tener a Indonesia como la mayor fuente de recursos que vamos a explotar y de ser la fuerza poderosa que domine la región. Es la misma que la de Washington. ¿Por qué ponerla al descubierto? Y, en particular, ?por qué van a poner al descubierto el hecho de que ellos mismos comparten la responsabilidad de la matanza de cientos de miles de personas? Por la misma razón que no daban noticias de Turquía el último par de años. No conviene a sus intereses.

Permítame darle un ejemplo muy sencillo. La Intifada actual en los territorios ocupados empezó el 29 de septiembre de 2000. El 1 de octubre, dos días después, Israel comenzó a utilizar helicópteros de Estados Unidos —Israel no tiene helicópteros— para atacar blancos civiles, complejos de edificios de apartamentos y demás, con lo que mató e hirió a docenas de personas. Los ataques continuaron durante dos días. No hubo fuego palestino, sólo las piedras de los chicos. El 3 de octubre, dos días después, Clinton hizo el mayor negocio de la década con el envío de helicópteros militares a Israel. Los medios de aquí se negaron a publicarlo. Hasta hoy sigue sin decirse.

Esa decisión la tomaron de los editores. Dio la casualidad de que yo conocía a algunos de los editores del *Boston Globe*. Vivía en Boston desde hacía más de cuarenta y cinco años. Me reuní con un grupo de ellos y me dijeron con toda claridad que no iban a publicar nada de eso. La misma decisión tomaron todos los otros periódicos de Estados Unidos, literalmente todos. Alguien hizo una investigación en la base de datos. La única referencia al caso que pudo encontrar en todo el país fue una carta en Raleigh, Carolina del Norte.

Ahora bien, ¿les dijo el Gobierno que no publicaran la noticia? No. Si el Gobierno lo hubiera dicho probablemente la habrían publicado aunque sólo fuera por indignación. Lo único que pasó es que se dieron cuenta de que iba contra sus intereses decir que, tan pronto como la base militar de Estados Unidos —que es en gran medida lo que Israel ha decidido ser— empieza a utilizar helicópteros de Estados Unidos para asesinar civiles, les mandamos más helicópteros. En los despachos de las editoriales no interesa el tema, de modo que no lo tocan.

Ése resulta ser un caso más descarnado de lo habitual y más fácil de identificar. Pero es norma general.

Ha dicho usted que Estados Unidos trata de bloquear la paz en Oriente Próximo. En primer lugar, ?por qué lo dijo, puesto que Clinton parecía estar tratando de lograr algún progreso?

Estaba tratando de lograr un progreso que casi —pero no del todo— alcanzaba el nivel de Suráfrica hace cuarenta años.

¿Por qué motivo?

El motivo es que Israel es una base militar estadounidense. Y una base importante. Es uno de los Estados que, como Turquía, controlan militarmente la región de Oriente Próximo en interés de Estados Unidos. Y los palestinos no tienen nada que ofrecer. No tienen ningún poder, no tienen ninguna riqueza, de modo que no tienen derecho alguno.

¿No sigue siendo mejor la paz que todo esto?

Depende de la clase de paz que sea. En última instancia, Estados Unidos podría estar de acuerdo con lo que estuvo de

acuerdo Suráfrica hace cuarenta años. Suráfrica no sólo aprobó sino que inició el establecimiento de territorios negros: los bantustanes. Y cabe la posibilidad de que antes o después Estados Unidos alcance el nivel de Suráfrica en los días más sombríos del *apartheid* y permita un bantustán palestino en los territorios ocupados. No me sorprendería. Creo que, desde su punto de vista, sería más inteligente hacerlo.

¿Significaría algo eso?

No mucho. Significaría algo bastante parecido a lo que fue Transkei. ?Van a permitir un Estado verdaderamente independiente? Probablemente no, porque interferiría en su propio poderío. Israel es sólo un puesto de avanzada para el poder de Estados Unidos. Si dejara de serlo, Estados Unidos lo engulliría con todo lo demás. Pero, mientras sea un puesto de avanzada para extender el poderío de Estados Unidos, puede hacer lo que quiera.

Eso quiere decir que lo que hizo Clinton fue una impostura.

No fue una impostura. ¿Vio usted alguna vez un mapa del plan de Clinton? Conviene hacerlo. Ninguno de los periódicos del país publicó el mapa. La razón es que, en cuanto se miran los mapas, se da uno cuenta de lo que pasa. El plan de Clinton era dividir Cisjordania en cuatro cantones separados, bien apartados unos de otros. Jerusalén oriental —uno de los cantones— es el centro de la vida palestina. Está separado de todos los demás. También está separado de la Franja de Gaza, dividida a su vez en cantones. Ni siquiera llega al nivel de Suráfrica en los días de los bantustanes. Por eso no publicaron ningún mapa.

¿Por qué sirve Israel a los intereses de Estados Unidos?

Esa historia viene de muy lejos. Pero, para volver a 1958 —el año del que he hablado en la charla—, en ese momento los servicios de inteligencia de Estados Unidos dijeron que el apoyo a Israel como base del poderío de Estados Unidos era "el corolario lógico" de su oposición al nacionalismo árabe independiente, porque Israel puede ser una fuerza como Turquía, como Irán durante el dominio del Sha, que controlará y reprimirá las fuerzas independentistas de los países árabes. En aquel momento, Estados Unidos no se ocupó del asunto.

En 1967, Israel prestó a Estados Unidos un servicio importante: aplastó el nacionalismo árabe y acabó con Nasser, que era el alma de todo el movimiento secular independentista y una auténtica amenaza para el gobierno de la élite de Arabia Saudí. Entonces se reafirmó la alianza con Estados Unidos y, precisamente en ese momento, Israel se convirtió en la niña bonita de los intelectuales liberales estadounidenses. Antes no se habían preocupado demasiado por Israel.

¿Han cambiado las cosas desde entonces?

Sí, empeoraron en 1970 durante el Septiembre Negro. Recuerde: por un tiempo pareció que Siria fuera a tomar alguna medida para proteger a los palestinos que estaban siendo masacrados en Jordania. Estados Unidos no que-ría que lo hiciera, pero su Gobierno estaba enfangado en Camboya —el país entero volaba por los aires— y no podía mandar fuerzas militares que lo impidieran. Pidió que interviniera Israel, movilizando a la fuerza aérea —es decir, a las fuerzas aéreas apéndice de las estadounidenses—, para evitar que

Siria pudiera hacer ninguna maniobra. Israel intervino, Siria se retiró, los palestinos fueron masacrados y Estados Unidos cuadruplicó la ayuda a Israel. La ayuda continuó a todo lo largo de la década de los setenta.

En 1979 cayó el Sha, pilar fundamental del poder de Estados Unidos, y el papel de Israel adquirió más importancia. La ha seguido teniendo hasta el presente. El principal periódico egipcio publicó un largo artículo titulado "Eje del Mal": Estados Unidos, Israel y Turquía. Es un eje del mal que apunta a los Estados árabes, lo ha sido durante años. En estrecha alianza realiza maniobras conjuntas por toda la región. Israel es la base más poderosa y fiable. Ahora está tan integrada a la economía militar estadounidense, que es imposible distinguir una de otra.

De modo que es una pieza muy valiosa. Los palestinos tienen tanto valor para el Gobierno de Estados Unidos como el pueblo de Ruanda.

¿No cree usted que se están deteriorando las relaciones con algunos de los Estados árabes que, de lo contrario, mantendrían relaciones más estrechas con Estados Unidos?

Precisamente por esa razón Washington ordenó a Sharon —muy cortésmente— que sacara los tanques y los soldados de las ciudades palestinas, porque estaban interfiriendo en la misión de Cheney. Como es debido: el amo manda, el criado obedece. De modo que en cuestión de minutos se retiraron. Pero no se olvide de que los líderes de los países árabes son hasta cierto punto proisraelíes porque entienden que Israel es parte del sistema que los protege de sus propios pueblos.

Y les gustaría tener una excusa para ser más útiles a la política de Estados Unidos, siempre que Israel lo permita.

Les gustaría moderarla un poco. No matar a tanta gente. En última instancia en la región todo es cuestión de petróleo.

¿Cómo deberíamos responder?

Este apartado se refiere a varios debates sobre tácticas de resistencia extraídas de la sesión de preguntas y respuestas después de la charla en Palo Alto y de la charla mantenida a beneficio de la Middle Eastern Children's Alliance en el Berkeley Community Theater el 21 de marzo de 2002.

PREGUNTA: *Gracias una vez más, profesor Chomsky, por haber acudido a esta charla. Mi pregunta se refiere a algo a lo que usted ha hecho alusión hace un rato, cuando hablaba de Haití. Este verano tuve ocasión de escuchar un discurso del general Romeo Dallaire, a cargo de la misión de la ONU en Ruanda, a propósito de lo impotente que se sentía al observar el genocidio que ocurría a su alrededor, mientras a nadie parecía importarle. Ninguna de las grandes potencias mundiales parecía darse por enterada. Su conclusión básica es que para él el mundo es un lugar tan intrínsecamente racista, que permite que ocurran esas cosas. Y tengo curiosidad por saber si podría usted comentar esa conclusión tan pesimista. Si está de acuerdo con esa aseveración o si, en algún aspecto, se la puede matizar.*

CHOMSKY: Ante todo no creo que lo ocurrido tuviera motivos particularmente racistas. Es sólo que la cuestión no importaba demasiado. Recuerde que él hablaba de lo sucedido en Ruanda en 1994, pero ha estado sucediendo durante años tanto en Ruanda como en Burundi. Ed Herman y yo escribimos un libro hace más de veinte años, en el cual ven-

tilábamos las atrocidades de hutus y tutsis en Burundi y Ruanda, donde murieron cientos de miles de personas. Entonces a nadie le preocupó ni a nadie le preocupa ahora. Igual que en los últimos dos o tres años han muerto probablemente varios millones de personas en el Congo y, en realidad, no importa demasiado, no afecta los intereses occidentales. De modo que nadie se esfuerza por hacer nada.

Sean del color que sean, de la religión que sean, la cuestión en realidad carece de importancia. El principio es: ¿afecta los intereses de Estados Unidos? Si echa una mirada a los kurdos de quienes yo hablaba, resulta que son arios si es que a alguien le interesa saberlo. Si anduvieran aquí por las calles veríamos crecer la cantidad de arios, tal vez con la piel algo más oscura, pero ni los distinguiríamos. Si los masacran, pues bien, que los masacren. No es lo que dice Dallaire. Él habla de algo avieso, en concreto, de nuestra falta de voluntad para hacer nada que ponga fin a las atrocidades. Pero mucho peor que eso, sin comparación peor, es nuestra buena disposición para participar en las atrocidades. Es mucho peor no sólo no haber hecho nada sino haber ido más allá y seguir poniendo armas en manos de los asesinos mientras cometen matanzas.

Yo sería un poco cauteloso. La aseveración que hace es acertada, pero está dentro de lo que aquí parece tolerable. En cambio, si echa usted una ojeada a la *New York Review of Books* de esta semana, encontrará un apasionado artículo de la directora ejecutiva del Carr Center for Human Rights Policy de la Harvard's Kennedy School of Government, Samantha Power, que expone nuestro trágico fracaso en cuanto a prestar atención a las atrocidades que otra gente está cometiendo y a hacer algo por evitarlas. Es una profunda flaqueza de nuestro carácter. Ése es el problema.

Pero hay un problema mucho más grave, más grave por su magnitud, que no se menciona en el artículo y que, si se mencionara, nadie entendería. Es el hecho de que sí prestamos mucha atención a las atrocidades e intervenimos para incrementarlas, incluso para aplaudirlas. El caso de Turquía es sólo un ejemplo. Ninguno de esos ejemplos se menciona en el artículo ni podría mencionarse. Si usted escribiera un artículo sobre el tema, no conseguiría publicarlo y, si lo consiguiera, nadie lo entendería. Por lo menos, ninguna persona "bienpensante". Eso es lo grave.

Sí, está mal pasar por alto los crímenes cometidos por otros y no hacer cuanto sea necesario por evitarlos, pero mucho más importante es mirarse al espejo, ver lo que está haciendo uno mismo y hacer algo por remediarlo. De modo que en algunas cosas coincido con Dallaire. Me parece un asunto feo, pero menor dentro de la escala de responsabilidad moral o consecuencias humanas.

Ha dicho usted que como ciudadanos no debemos decir la verdad a los poderes sino al pueblo. ¿No deberíamos hacer las dos cosas? ¿Podría usted extenderse sobre esta cuestión?

Me refería a lo que quizá sea la única cosa en la que estoy en desacuerdo con mis amigos cuáqueros. En todas las actividades prácticas coincido en general con ellos, pero no estoy de acuerdo con ellos sobre su lema de decir la verdad a las autoridades. Ante todo porque las autoridades ya la saben. No necesitan que se la contemos. En segundo lugar porque es perder el tiempo. Además no son los oyentes apropiados. Hay que decirle la verdad al pueblo, que tendrá que desmantelar, derrocar y refrenar el poder. Es más, no me gusta la frase "decir la verdad a . . .". La verdad no la sabemos. Por lo menos, yo no la sé.

Debemos unirnos a la clase de personas dispuestas a comprometerse a derrocar el poder y escucharlas. Es frecuente que sepan mucho más que nosotros. Debemos acercarnos a ellas y llevar adelante las debidas actividades. ¿Debemos también decir la verdad a los poderes? Si quiere hacerlo, hágalo, pero no creo que merezca mucho la pena. A mí no me interesa decirle a la gente que rodea a Bush lo que ya sabe.

He estado pensando en no pagar mis impuestos, para protestar porque los dólares de nuestros impuestos se gastan en financiar acciones militares. ¿Qué piensa usted?

Bueno, como ya he dicho, yo nunca confío en mis juicios tácticos. Sólo para hablar de mi experiencia personal me remonto a 1965, cuando con un par de amigos intenté, sí, organizar un movimiento nacional de resistencia al pago de impuestos. No puedo afirmar haber logrado un éxito apabullante —no lo logramos—, pero una cantidad bastante numerosa de nosotros dejamos de pagar impuestos durante unos cuantos años. En mi caso, durante diez años. No sé si fue o no efectivo, simplemente no puedo juzgarlo. Sé lo que les ocurrió a varios de quienes se sumaron a la iniciativa.

La reacción del Gobierno parece una respuesta al azar. En algunos casos los persigue. Conozco casos en que los persiguió, los despojó de sus casas y pertenencias. En mi caso personal lo que hice fue enviar vehementes cartas al IRS [IRPF] que, leídas por un ordenador, volvían a mí con un formulario que decía cualquier cosa. En mi caso no tengo manera de no pagar impuestos, pues ellos pueden acceder a mi sueldo —cosa que hicieron— y descontarme los impuestos más una multa, de modo que se apropiaron de los impuestos. Y no hicieron nada más. Pero en otros casos sí actuaron.

Hasta qué punto tuvo efecto en la política o qué habría pasado si se hubiera creado un auténtico movimiento masivo de resistencia al pago de impuestos —movimiento que no fuimos capaces de desarrollar—, es algo que sencillamente no sé. Son opiniones tácticas difíciles y no soy en especial perspicaz. No confío en mi propio consejo y no hay razón para que deba usted hacerlo.

Quiero también agradecerle haber compartido con nosotros su esclarecedora información sobre los muchos actos criminales cometidos en beneficio de nuestro país. Parece que en este recinto hubiera muchas personas muy dispuestas a centrarse en la acción. A la luz de lo que usted ha dicho aquí esta noche y a la luz de lo que ha estado pasando en Afganistán, tal vez una de las vías de acción que tengamos por delante sea retirar las inversiones en empresas que patrocinan la proliferación de armas o que ayudan a crear y promover tensiones étnicas, que provocan una atrocidad tras otra.

Por eso quiero preguntarle si retirar inversiones o tomar la iniciativa en ese terreno se ha discutido en otras partes.

Sí, se ha discutido. Desde luego se ha discutido y debe hacerse. Es una cuestión táctica y no quiero decir con eso que sea una cuestión menor, sino una cuestión de enorme importancia. Son cuestiones tácticas que tienen consecuencias humanas. Pero son decisiones delicadas. Hay que intentar imaginar cuáles son las consecuencias de llevar adelante esa iniciativa en las actuales circunstancias, a quién alcanzará y cómo la entenderá la gente. Hay que considerar si será la base de un esfuerzo organizado que conduzca a algo más, etcétera.

Esas campañas han resultado a veces exitosas. En el caso de Suráfrica hubo campañas similares, que afectaron la política de Estados Unidos. Recuerde cuál era entonces la política de

Estados Unidos. Es una de las cosas que han sido barridas bajo la alfombra, de modo que permítame recordarla. En 1988 —no hace tanto tiempo—, el Congreso Nacional Africano (CNA) de Nelson Mandela estaba oficialmente catalogado como organización terrorista. Peor que eso. El Departamento de Estado lo tenía catalogado como uno de los "grupos terroristas más notorios". Ese mismo año, Suráfrica fue bienvenida como aliada favorita. Sólo durante los años de la Administración Reagan —en la década de los ochenta—, Suráfrica mató a un millón y medio de personas en los países que la rodeaban (no sólo dentro de Suráfrica) y provocó la pérdida de alrededor de sesenta mil millones de dólares en daños, acciones que fueron apoyadas por Estados Unidos y Reino Unido.

Eso fue en 1988. En diciembre de 1987, las Naciones Unidas habían aprobado una importante resolución que condenaba el terrorismo en cualquiera de sus formas e hizo un llamamiento a todos los países del mundo para que hicieran cuanto fuera posible con el fin de erradicar esa terrible plaga. La resolución no fue aprobada por unanimidad. Un país se abstuvo —Honduras— y dos votaron en contra de la resolución, concretamente, Israel y Estados Unidos. Cuando Estados Unidos vota contra una resolución, el hecho no se divulga y se borra de la historia. Es lo que ocurrió con la importante resolución de la ONU contra el terrorismo.

Los dos países que votaron en contra explicaron su postura. En la resolución había un párrafo que decía: "[. . .] como se desprende de la Carta de las Naciones Unidas, nada de la presente resolución puede de ninguna manera ir en contra del derecho de la autodeterminación, la libertad ni la independencia de países que hayan sido privados de esos derechos a

la fuerza [. . .] en particular pueblos sometidos a regímenes coloniales y racistas, a la ocupación extranjera o a otras formas de dominación colonial ni [. . .] al derecho de esos pueblos a luchar para acabar con ella, a buscar y recibir apoyo". Tanto Israel como Estados Unidos tenían que votar contra ese párrafo. Los dos entendieron que la frase "regímenes coloniales y racistas" se refería a Suráfrica, que era un aliado valioso, mientras el CNA era uno de los "grupos terroristas más notorios" del mundo. Era evidente que no tenía derecho a luchar contra el *apartheid*. Y "ocupación extranjera u otras formas de dominación colonial" se refería a la ocupación militar israelí de Cisjordania y Gaza, mantenida por la misma razón que ahora, gracias a la intervención unilateral de Estados Unidos.

Estados Unidos viene bloqueando un acuerdo diplomático sobre la ocupación israelí desde hace más de treinta años. El proceso de evitar un acuerdo diplomático tiene nombre. Se llama "proceso de paz". El proceso de paz se refiere a cualquier cosa que por casualidad esté haciendo Estados Unidos, con frecuencia evitar el acuerdo político, como en este caso. Y en este caso el proceso de paz es unilateral. El régimen israelí no es nada simpático; es duro, brutal y lo ha sido desde el principio. Sigue siéndolo. Por lo tanto, Israel y Estados Unidos tenían que votar contra la salvedad de la resolución citada.

Pues bien, eso fue en 1988. A los pocos años, Estados Unidos se vio obligado a dar un giro en cuanto a su postura con Suráfrica. Lo obligó la acción popular, incluida la campaña contra determinadas inversiones, que no afectó demasiado a las empresas, pero sí tuvo un importante efecto simbólico para socavar las acciones de Estados Unidos. Téc-

nicamente había un embargo, pero el comercio de Estados Unidos con Suráfrica aumentó durante el embargo: por las razones que acabo de mencionar, nuestro país lo pasó por alto de plano. La campaña popular ayudó a dar un giro a la postura de Estados Unidos. En el otro caso —Israel—, los esfuerzos populares todavía no han conseguido dar ese giro, pero podrían llegar a hacerlo. Lo cierto es que existen propuestas para hacer campañas a favor de retirar las inversiones dirigidas a la ayuda de Estados Unidos a Israel. Y también a la industria armamentística.

Ahora, usted debe entender desde luego que, cuando habla de fabricantes de armas, habla virtualmente de toda la economía de tecnología punta. No puede usted separar a los fabricantes de armas y dejar el resto. Si se fija usted en los gastos gubernamentales, advertirá que en el último par de años el gasto en las áreas dedicadas a la biología se ha incrementado rápidamente. Hay una razón para que así sea. Cada senador y representante del Congreso, sin que importe hasta qué punto pertenece o no al ala derecha —los del ala derecha lo saben mejor que el resto—, entiende que la manera de que funcione la economía es tener un sector estatal dinámico, en el cual el pueblo asuma los costos y los riesgos. Y si se saca algo, va a parar enseguida a las profundidades de los bolsillos de las corporaciones. Es lo que llaman libre empresa si uno hace un curso de economía. Así funciona la cosa. Y en la economía del futuro lo más probable es que la punta de lanza sean las industrias biológicas: biotécnica, ingeniería genética y cosas semejantes. Por lo tanto ahora tiene que haber mucho más dinero metido en las industrias dedicadas a la biología y sus aplicaciones, con el pretexto de combatir el bioterrorismo.

Debería usted ver alguna de las cosas que están ocurriendo al amparo de ese pretexto. Por ejemplo, Estados Unidos acaba de destruir el esfuerzo internacional —seis años de esfuerzo— para tratar de establecer un procedimiento de verificación que conduzca a un tratado de antibioterrorismo. La Administración de Clinton se opuso a él, en primer lugar porque no protegía los intereses comerciales de Estados Unidos, es decir, los intereses de las empresas farmacéuticas y biotécnicas estadounidenses, puesto que un sistema de verificación podría inmiscuirse en sus actividades.

La Administración de Clinton se opuso, pero la de Bush le ha dado la puntilla. Punto. Había cantidad de razones. Una acabo de mencionarla. Pero había otras. Resulta que Estados Unidos podría estar violando tratados ya existentes contra el bioterrorismo. Una de las maneras de hacerlo que se conocen es a través de la ingeniería genética. Es evidente que se está realizando un esfuerzo pa-ra producir por medio de la ingeniería genética cepas de ántrax resistentes a cualquier vacuna. Los microbiólogos consideran que esto es una perspectiva de pesadilla: crear cepas resistentes a cualquier vacuna o tratamiento. Siempre se había dado por sentado que eso estaba prohibido pero, por lo visto, Estados Unidos lo ha estado haciendo. Y hay un par de proyectos similares. Y esto funciona con el pretexto de protegerse contra el bioterrorismo.

Pero lo más importante es que se seguirán desarrollando la ciencia y la tecnología capaces de permitir en el futuro que Estados Unidos domine las industrias basadas en la biología. De modo que, cuando usted habla de combatir a los fabricantes de armas, se está metiendo en un terreno mucho más amplio.

Quizá podríamos escoger empresas representativas, cuatro o cinco, de cada uno de los principales sectores.

Tiene usted razón. Quiero decir que debe entenderse que son gestos simbólicos, no por eso insignificantes. Son simbólicos, pero muy importantes. Y pueden serlo aún más si se usan como recursos educativos y organizativos. Son esenciales. No podemos hacernos ilusiones de que vayamos a echar la persiana de las fábricas de armamento. Es evidente que no. Significaría echarle la persiana a la economía. Pero el esfuerzo bien merece la pena —igual que en el caso de Suráfrica—, porque es una manera de organizar y educar. Y puede lograr grandes efectos. En un par de años, el pueblo hizo dar un giro a la política de Estados Unidos con respecto a Suráfrica.

Estados Unidos y el mundo

Extractos de una sesión de preguntas y respuestas patrocinada por Students for Justice in Palestine, en la Universidad de California, Berkeley, el 19 de marzo de 2002.

PREGUNTA: *La siguiente pregunta tiene mucha actualidad: ¿cómo explica usted el reciente giro de la política de Estados Unidos hacia el apoyo a Palestina y la posible creación de un Estado palestino?*

CHOMSKY: Lo explico igual que explicaría el giro de política de Estados Unidos si decidiera desmantelar su aparato militar y cedérselo a Andorra. Como no ha ocurrido no hay nada que explicar. No hay ningún giro político en absoluto. Es una farsa total. Lo que pasa es que Dick Cheney corretea por Oriente Próximo tratando de conseguir apoyo para la inminente guerra contra Irak, cosa muy difícil de conseguir porque nadie la quiere. La verdad es que la mayor parte de la gente la repudia.

Uno de los problemas es el de los tanques israelíes en Ramala. Recuerde: cuando lea tanques israelíes, helicópteros israelíes y aviones israelíes, debe usted traducir mentalmente: tanques estadounidenses, helicópteros estadounidenses y aviones estadounidenses, enviados a Israel con la absoluta certeza de que van a ser usados con el propósito que todos sabemos. Da la casualidad de que los aviones los llevan pilotos israelíes, cosa que vuelve

a suceder en el caso de los tanques —cuya fabricación está significativamente subsidiada por nosotros—, o el caso de los helicópteros que nosotros fabricamos.

Son en efecto pertrechos militares de Estados Unidos. En ese sentido, Israel es un puesto de avanzada militar de Estados Unidos. Y las acciones que emprende son acciones que Estados Unidos autoriza o alienta. Si van un milímetro más allá de lo que Estados Unidos quiere, una voz sorda de Washington dice: "Ya está bien", y se retiran. Hemos vuelto a verlo hace un par de días, cuando esa voz suave llegó de Washington y dijo: "Saquen los tanques y las tropas de las ciudades palestinas porque están estorbando la misión de Dick Cheney". Se retiraron al instante. Al instante. Porque así se hace en la mafia. Si el capo da una orden, el sujeto de ahí abajo se deja de bromas.

Ha pasado una vez tras otra. De manera que cuando la gente habla de atrocidades israelíes o de atrocidades turcas, debería decir atrocidades de Estados Unidos porque de ahí parten. Igual que en Colombia.

De manera que el giro dado en Palestina ha sido que Estados Unidos le haya pedido a Israel poner fin a las atrocidades mientras dure la visita de Cheney porque estaba entorpeciendo su misión. Ha provocado mucho alboroto el hecho de que Estados Unidos patrocinara una resolución sobre Israel en el Consejo de Seguridad de la ONU, por primera vez en veinticinco años. Menos atención ha merecido lo que decía la resolución.

Lo que decía la resolución es que el mundo tiene el concepto de dos Estados en la región: Israel y cierta especie de Estado palestino, tal vez en alguna parte del desierto fuera de Arabia Saudí. Y es un concepto para el futuro. Eso significa que la resolución no alcanza siquiera el nivel de Suráfrica durante los peores días del *apartheid*.

Hace cuarenta años, en los días más sombríos del *apartheid*, Suráfrica no sólo tenía el "concepto" de crear Estados negros. Los estableció y, de hecho, derrochó recursos en ellos. Porque existía la esperanza de que se desarrollaran lo suficiente para que el mundo los reconociera. Fue en el peor periodo del *apartheid*, a principios de los años sesenta. Y el concepto que Estados Unidos ofrece ahora al mundo no alcanza ni siquiera ese nivel. Se supone que la idea debe entusiasmarnos, porque también se supone que debemos cantar "hosanna" a nuestros líderes, hagan lo que hagan. Es, una vez más, parte de la buena educación.

Pero lo que Estados Unidos ha estado haciendo es socavar un acuerdo diplomático. Todavía mantiene su oposición unilateral a cualquier acuerdo y así ha sido durante veinticinco años. Todos los presidentes de Estados Unidos se han quedado solos en la tarea de bloquear un consenso internacional muy amplio sobre un acuerdo político, que incluye a casi todo el mundo. Y Estados Unidos sigue bloqueándolo ahora. Es más, el Gobierno de Estados Unidos todavía se niega a permitir poner en práctica las medidas más elementales para reducir el nivel de violencia.

Hago esta pregunta en nombre de la Afghan Student Union {Unión de Estudiantes Afganos}. ¿Cuáles son los objetivos de Estados Unidos en cuanto a escoger y preservar el nuevo Gobierno?

Como todas las preguntas sobre lo que Estados Unidos va a hacer, es algo que debemos decidir nosotros. El nuevo Gobierno —como con seguridad sabe la Afghan Student Union— fue escogido por Estados Unidos. Puede o no haber sido una buena elección. Pero Hamid Karzai era el candidato de Estados Unidos, impuesto a todo el mundo lo quisiera o no.

En mi opinión, Estados Unidos y Rusia tendrían que hacer algo más: no tendrían que prestar ayuda a Afganistán, tendrían que pagarle indemnizaciones.

Ésos son los dos países que han destruido a Afganistán en los últimos veinte años; lo han devastado. Y, después de eso, lo que se debe hacer es pagar indemnizaciones. No prestar ayuda. Y a las personas se las juzga por sus crímenes. Eso es lo que tendría que estar pasando. Por supuesto no va a ocurrir. A lo sumo podemos tener la esperanza de que hagan algo para intentar reparar la devastación que han causado.

Desgraciadamente, lo harán por razones turbias. A menos que podamos presionar al Gobierno de Estados Unidos, no pasará nada más esperanzador. Hay aquí sectores que piensan que Estados Unidos ni siquiera debe hacer eso. Por ejemplo, el *New Republic*, considerado el periódico más importante del liberalismo estadounidense. Su postura editorial es que Estados Unidos debe simplemente aplastar a Afganistán y dejarlo en ruinas, y que nosotros debemos superar la "obsesión de la construcción nacional" (5 de noviembre de 2001).

Ahora que Afganistán ya no es un problema para nosotros, lo dejaremos en ruinas y nos iremos a algún otro sitio. Bueno, ésa es una de las voces de los intelectuales liberales. Pero otros no llegan del todo a ese nivel y piensan que algo debemos hacer. ¿Qué hará Estados Unidos? Como todas las demás preguntas, depende de las presiones internas. Ninguna de estas cuestiones está grabada en piedra. Todas dependen de lo que haga el pueblo.

Un becado visitante de Hungría pregunta: ¿No cree usted que sim-

plifica demasiado cualquier tema, dando por hecho que Estados Unidos actúa en todas partes como el imperio del mal?

¿Simplifico todos los temas cuando digo que "Estados Unidos actúa en todas partes como el imperio del mal"? Sí, eso sería ciertamente simplificar demasiado las cosas. Y por eso insisto en que Estados Unidos se porta como cualquier otra potencia. Da la casualidad de que Estados Unidos es la potencia más poderosa y, por lo tanto, como era de esperar, la más violenta. Pero todas las demás son más o menos igual. Cuando eran los británicos quienes dominaban el mundo hacían las mismas cosas.

Hablemos de los kurdos. ¿Qué hizo el Reino Unido con los kurdos? He aquí una pequeña lección de historia que no se enseña en las escuelas británicas. Pero las conocemos por documentos desclasificados. El Reino Unido había sido la potencia que dominaba el mundo pero, en la época de la Primera Guerra Mundial, quedó debilitado por la contienda. Si estudia usted documentos internos secretos posteriores a la guerra, descubrirá que los británicos estaban considerando cómo seguir dominando Asia, una vez que ya no contaban con fuerzas militares para ocuparla.

Se sugirió que debían recurrir al poderío aéreo. El poderío aéreo acababa de surgir por esa época, al final de la Primera Guerra Mundial. De modo que la idea era utilizar el poderío aéreo y atacar a los civiles. Se les ocurrió que podría ser un buen método para reducir los costos de aplastar a los bárbaros. Winston Churchill —entonces secretario de Colonias— no creía que fuera suficiente. Recibió una petición de las oficinas de la Royal Air Force de El Cairo, solicitándole permiso para usar gas venenoso —cito textualmente— "contra los árabes recalcitrantes".

Daba la casualidad de que los árabes recalcitrantes a quienes se referían eran kurdos y afganos, no árabes. Pero ya sabe usted que, según las normas racistas, cualquiera a quien se quiera matar es un árabe. De modo que la cuestión era: ¿debemos utilizar gas venenoso Y tiene usted que recordar que aquélla era la Primera Guerra Mundial. En esa época, el gas venenoso era la última de las atrocidades. Era lo peor que se podía imaginar.

Pues bien, ese documento circuló por todo el Imperio británico. La oficina de India se resistía. Decían: si usan gas venenoso contra los kurdos y los afganos, nos provocarán problemas en India, donde ya tenemos suficiente malestar. Habrá levantamientos, el pueblo se enfurecerá, etcétera. A Inglaterra, naturalmente, no le preocupará, pero en India sí. Churchill se enfureció. Y dijo:

> No entiendo estos melindres sobre el uso del gas [. . .]. Estoy firmemente a favor de usar gas venenoso contra tribus incivilizadas [. . .]. No es necesario usar los gases más letales, pueden usarse gases que causen graves molestias y siembren un terror saludable sin dejar serias secuelas permanentes en la mayoría de los afectados [. . .]. En ninguna circunstancia podemos consentir que no se utilice cualquier arma disponible para procurar un rápido final al desorden que prevalece en la frontera.
>
> Salvará vidas británicas. Utilizaremos todos los medios que la ciencia nos ofrezca.

Ésa es la manera de tratar a kurdos y afganos si uno es brtánico. ¿Qué pasó después? Realmente no lo sabemos con exactitud. Y la razón para que no lo sepamos con exactitud es

que, hace diez años, el Gobierno británico insti-tuyó lo que se llama "política abierta de gobierno", para que las operaciones gubernamentales sean más trans-parentes . . . , ya sabe usted, para llegar a la democracia. De modo que el pueblo entienda lo que está haciendo su Gobierno.

Y el primer acto de la "política abierta de gobierno" fue hacer desaparecer de la Oficina de Documentos Públicos —y es de presumir su destrucción— todos los documentos que tuvieran que ver con el uso del gas venenoso y los ataques aéreos contra los árabes recalcitrantes, es decir, kurdos y afganos. De modo que podemos felicitarnos porque nunca sabremos con exactitud cuáles fueron las consecuencias de esa maniobrita churchilliana.

Los británicos tuvieron éxito. Por esa época hubo una buena cantidad de tratados de desarme. En esos años, terminada la Primera Guerra Mundial, se hicieron esfuerzos para reducir las guerras y demás. Los británicos lograron el éxito de socavar todos y cada uno de los intentos de prohibir el uso de la fuerza aérea contra civiles. Y los grandes estadistas británicos se quedaron muy satisfechos. Una vez más para consumo interno, el célebre y muy honorable estadista Lloyd George elogió en 1932 al Gobierno por haber conseguido bloquear cualquier prohibición del uso de la fuerza aérea.

Dijo: "Insistimos en reservarnos el derecho de bombardear a los negros". Sí, estupendo. Así es el Reino Unido, la otra gran democracia.

Si recorremos el resto de los países encontraremos el mismo panorama. Por eso sería con seguridad un error pintar a Estados Unidos como el imperio del mal. El problema es que da la casualidad de que, desde 1945, es la potencia más poderosa.

Pero en las regiones a su alcance, la cosa no pintaba dema-

siado bien incluso antes. Al fin y al cabo hay una razón para que estemos hablando aquí en California. Aquí vivían muchas personas, cantidad de personas que por algo no están ya aquí. No fue, sabe usted, porque se les tiraran peladillas. Usted sabe por qué no están aquí. Y usted sabe por qué la frontera con México está donde está. Estados Unidos conquistó medio México. Y usted sabe por qué un par de cientos de miles de filipinos fueron asesinados hace un siglo, cuando "cristianizamos" y "civilizamos" a los filipinos. No me voy a meter con lo que pasaba en el Caribe.

De modo que, incluso antes de que Estados Unidos se convirtiera en la potencia más poderosa del mundo, su trayectoria ha sido igual a la de otras potencias. Y podemos hablar de los belgas, los alemanes o los franceses. En palabras de su ministro de Guerra del momento, Francia se comprometió "a exterminar a la población indígena de Argelia". Era parte de su misión para "cristianizar" y "civilizar". Y así estamos.

En fin, sí, sería un error llamar a Estados Unidos "imperio del mal", razón por la cual nunca lo hago.

¿Cómo ve usted la intervención de Estados Unidos en la antigua Yugoslavia? ¿Fue otra forma de imperialismo estadounidense o una intervención humanitaria y justificada?

Es una larga historia. La política de Estados Unidos cambió sobre el terreno. Al principio Estados Unidos dio enérgico respaldo a la Yugoslavia unificada. Ésa era su política hace alrededor de diez años. Cuando Eslovenia y Croacia se separaron de la federación yugoslava en 1991, fueron rápidamente reconocidas por Alemania, que reafirmaba así su interés en la región, pero las reconoció de un modo que no prestaba ninguna atención a los dere-chos de la minoritaria población

serbia, con lo cual quedó garantizado el desastre. Al principio Estados Unidos se opuso.

Al final, conforme las grandes potencias hacían sus propios y variados juegos, Estados Unidos decidió elegir a Bosnia como su pieza maestra en el ajedrez. Bloqueó así un acuerdo de paz que pudo haber funcionado ?el plan Vance-Owen?, desarrollado por el ex secretario de Estado de Estados Unidos, Cyrus Vance, y David Owen, del Reino Unido. El plan tenía muchos peros y, aun así, si se le echa una mirada no era muy distinto de cómo acabaron las cosas al cabo de años de matanzas.

Estados Unidos presionó al Gobierno bosnio —en ese momento, su pieza en el ajedrez— para que no aceptara el plan. Como era de prever, eso condujo a enormes atrocidades en el siguiente par de años. Finalmente, Estados Unidos tomó cartas en el asunto —ya conoce usted el resto de la historia— e impuso el acuerdo de Dayton en 1995. No veo que pueda llamarse a nada de eso humanitarismo. Puede usted decidir si cada movimiento en particular fue o no acertado. Pero elementos humanitarios no había ninguno. Y menos aún respecto a Kosovo. Tenemos una gran abundancia de documentos. Hay muchísima literatura sobre los bombardeos de Kosovo.

Hay algunos aspectos muy interesantes en el caso. Por un lado, todo es en extremo entusiasta cuando se habla de "nueva era en la historia de la humanidad", una era de "intervención humanitaria" y demás. Ése es un aspecto: exceso de autoadulación. Otro aspecto es que pasan por alto con verdadero empeño los riquísimos documentos que tenemos del Departamento de Estado, la OTAN, los europeos, la Organización para la Seguridad y Cooperación de Europa, los encargados de la Misión de Verificación de Kosovo, la ONU y los gobiernos involucrados. Hay una documentación riquísima ofrecida por

todos ellos —por Occidente— sobre lo que de verdad estaba pasando.

En la literatura referida al tema no se tiene en cuenta. Eche una ojeada. Hasta donde yo sé, mis libros *New Military Humanism* [Nuevo humanismo militar] y *A New Generation Draws the Line* [Una nueva generación marca la línea] son los únicos que siquiera la reseñan. Mis libros sí repasan la documentación, que es muy abundante. Y he aquí lo que dice: la trayectoria es sin duda bastante violenta. No tanto como la de Turquía, pero muy violenta. El miembro más halcón de la coalición occidental fue el Reino Unido. Los británicos fueron realmente los más belicosos en su afán por ir adelante.

En enero de 1999, es decir, dos meses antes de los bombardeos, el Gobierno británico atribuía la mayoría de las atrocidades a la guerrilla —el Ejército Liberador de Kosovo, KLA—, a la cual pintaban del mismo modo que la documentación de la OTAN: la guerrilla llegaba a través de la frontera para cometer atrocidades contra los serbios, con la intención de provocar una reacción des proporcionada en ellos, a quienes podrían utilizar para estimular el apoyo de Occidente. Ésa era la postura del Gobierno británico.

Fue por casualidad en el momento de la matanza de Racak, que, según la doctrina, es lo que dio un vuelco a la opinión occidental. Los británicos seguían diciendo que la mayoría de las atrocidades eran atribuibles al KLA, al cual, tanto ellos como Estados Unidos, llamaban fuerzas terroristas. Por el resto de los documentos sabemos que sustancialmente nada cambió en los dos meses siguientes. Vea los documentos del Departamento de Estado. En esencia no cambió nada en los dos meses siguientes. Hasta el momento de la retirada de los observadores en previsión de los bombardeos.

Empezado el bombardeo, las atrocidades se extendieron en gran medida. Si echa un vistazo al juicio que en la actualidad se ventila en La Haya, advertirá que las atrocidades sometidas a consideración se cometieron en el periodo posterior a los bombardeos. Una vez empezado el bombardeo y ante la amenaza de la invasión, empezaron las expulsiones, las atrocidades y toda clase de horrores. No antes. La perorata sobre el regreso de refugiados a sus casas como un gran logro pasa por alto el hecho de que los refugiados fueron desalojados después de los bombardeos. Piense lo que piense sobre el regreso de los refugiados a sus casas, es difícil verlo como un esfuerzo humanitario.

Ésos son los hechos y no voy a continuar. Sea como sea, puede usted pensar si fue positivo o no. Pero razo-nes humanitarias no hubo ninguna. Ninguna en absoluto. El propósito era otro.

En meses recientes, fuentes de noticias dominantes como la CNN, el San Francisco Chronicle *y otros empiezan a plantear la opresión israelí y el genocidio en Irak por vía de las sanciones. ¿Cree usted que el 11 de septiembre ha dado pie al resquebrajamiento de los medios de comunicación dominantes?*

No veo la CNN, de modo que no puedo decirlo. Debo admitir que en noviembre de 2001 estuve sometido a la CNN durante un mes. Mi mujer y yo estábamos en India, donde es muy difícil conseguir prensa internacional. Nos vimos obligados a mirar la CNN —¡qué tortura!— todas las noches. Pero yo no advertí lo que usted dice. Como en general no la veo, no puedo contestar. No me pareció más que patriotismo estúpido. Por lo que he leído —la prensa impresa—, no noto el cambio. No veo ningún debate sobre el efecto de las sanciones ni sobre la política israelí, excepto cuando empieza a interferir en lo que haga Estados Unidos.

Por eso se objetaron las acciones que estaban interfiriendo en la misión de Cheney. Eso sí se objetó. Entre tanto Estados Unidos apoyaba la escalada de atrocidades. Estados Unidos sigue aportando apoyo militar y diplomático. Continúa sus manejos para evitar un acuerdo diplomático, igual que hizo Clinton. He mencionado las resoluciones de las Naciones Unidas. Hay casos aún peores.

Permítame mencionar otro. Como usted debe saber, las Convenciones de Ginebra fueron establecidas inmediatamente después de la Segunda Guerra Mundial para criminalizar formalmente las atrocidades nazis. Eso son las Convenciones de Ginebra. Están garantizadas por firmantes de alto nivel —entre ellos, Estados Unidos—, obligados por solemnes tratados a respetarlas. Es su responsabilidad.

Si Estados Unidos no las respeta, comete un crimen. La Cuarta Convención de Ginebra se aplica a territorios militarmente ocupados. ¿Se debe aplicar a los territorios ocupados por Israel? Ahí se produce la escisión mundial. El mundo entero dice que sí. Israel dice que no. Y, desde la época de Clinton, Estados Unidos se abstiene. Antes de eso adoptó la casi unánime postura de todo el mundo. Ahora se abstiene porque no quiere ir en contra de un principio fundamental de la ley internacional, sobre todo dadas las circunstancias en las cuales fue promulgada. En concreto, para castigar los crímenes nazis. Entonces, pues, Estados Unidos se abstiene. La abstención de Estados Unidos acaba con la aplicación de los tratados y, por lo tanto, deja de haber información. Desaparece de la historia, pero ahí está.

Por ejemplo, en octubre de 2000, apenas empezada la segunda Intifada, el Consejo de Seguridad votó una vez más la resolución que propone aplicar las Convenciones de Gine-

bra a los territorios ocupados por los israelíes. El resultado de la votación fue de catorce contra cero. Estados Unidos se abstuvo. La resolución quedó convertida en ley internacional. Las Convenciones de Ginebra ilegalizan casi todo lo que Israel y Estados Unidos hacen en los territorios ocupados. Asentamientos, tropas . . . , todo es ilegal. Ésa es la verdadera política. El giro que la gente cree ver es, en mi opinión, pura ilusión. Ésa es la auténtica política y, mientras no cambie, seguiremos como estamos.

¿Cómo y por qué cree usted que los medios de comunicación presentaron a los musulmanes de la manera que lo hicieron después del ataque del 11 de septiembre?

La verdad es que lo hicieron mejor de lo que yo esperaba. Hubo un intento bastante esforzado y probablemente sincero de desvincular a los musulmanes en general de las atrocidades. Hay que conceder el debido crédito a aquello que lo merece. No estigmatizaron a los musulmanes como podrían haber hecho. Hay mucho racismo contra los árabes en Estados Unidos y mucho racismo contra los musulmanes. Es una suerte de forma última y legitimada de racismo, legitimada en el sentido de que no hay por qué negarlo.

Pero no creo que se haya incrementado de manera notable después del 11 de septiembre. La verdad es que se hicieron esfuerzos por aplacarlo.

El presidente Bush ha señalado hace poco a Irán como uno de los países que forman "el eje del mal". También ha amenazado con la acción militar. ¿Hasta qué punto es real el ataque contra Irán?

La expresión "eje del mal" la pergeñaron quienes escriben los discursos de Bush porque la palabra *mal* les pareció un acierto.

Si usted quiere asustar a la gente, háblele del mal. Se supone que *eje* traerá a la memoria a los nazis y demás. La verdad es que no hay ningún eje. Irán e Irak han estado en guerra durante veinte años. Corea del Norte tiene menos que ver con ninguno de los dos de lo que puede tener que ver Francia. De modo que no hay tal eje. Corea del Norte ha sido probablemente metida en el mismo saco por una razón: es un blanco fácil. Si se les antoja bombardearla no le va a importar a nadie. También la eligieron porque no es musulmana. De modo que de alguna manera aventa la idea de que la cosa va contra los musulmanes. Dejemos, pues, a Corea del Norte de lado.

¿Y de Irán, qué? Eche una mirada a la historia. Irán ha sido unas veces el "mal" y otras el "bien" durante los últimos cincuenta años. Si se fija en su trayectoria encontrará la respuesta a su pregunta. En 1953, Irán era el mal, el epítome del mal. ?Por qué? Porque tenía un Gobierno electo, conservador y nacionalista, que trataba de hacerse con el control de sus recursos, manejados hasta entonces por los británicos. Por lo tanto era el epítome del mal. El Gobierno tuvo que ser derrocado por un golpe militar, orquestado por el Reino Unido y Estados Unidos. El Sha volvió a ocupar su lugar.

Durante los siguientes veintiséis años fue, pues, el bien. El Sha acumuló uno de los peores récords en cuanto a violación de derechos humanos en el mundo. Si lee los documentos de Amnistía Internacional, verá que ocupaba el primer lugar. Pero servía a los intereses de Estados Unidos. Tomó las islas de Arabia Saudí, ayudó a controlar la región y apoyó incondicionalmente a Estados Unidos. Y el Sha era "bueno". Lea la prensa y verá que no hay ningún comentario sobre crímenes iraníes. El presidente Carter en particular admiraba al Sha.

Apenas un par de meses antes de que éste fuera derrocado, dijo lo impresionado que estaba por la "administración progresista" y otras lindezas del Sha.

En 1979, Irán volvió a convertirse en malo. Se zafó del sistema imperial. Y, desde entonces, ha sido malo. No ha obedecido órdenes. Es por cierto una situación interesante. He ahí un caso en que un *lobby* verdaderamente poderoso, el *lobby* del petróleo de Estados Unidos —las empresas energéticas—, quiere reintegrar a Irán al sistema mundial, pero el Gobierno no lo va a permitir. Quiere que Irán sea un enemigo.

Una de las cosas que ha hecho esta cuestión del "eje del mal" es desgastar a los sectores reformistas de Irán, que tienen a la mayoría de la población de su parte, y estimular a los sectores más reaccionarios y clericales. Todo esto se da por bueno. Lo que debemos preguntarnos es por qué.

Mi sospecha —es una especulación porque no dispongo de datos documentados— es que la razón es la de costumbre. Se llama "establecer credibilidad". Cualquier capo de la mafia se lo explicará. Si alguien se sale de la fila debe ser castigado. Los demás entenderán que semejante conducta no es tolerable. Ésa fue la principal razón oficial para bombardear Serbia y Kosovo: "establecer la credibilidad de la OTAN". No hay que salirse de la fila. Se obedecen las órdenes o . . .

Mi conjetura es que ésa es la motivación principal de la actual política. No creo que Estados Unidos vaya a atacar Irán. Sería demasiado peligroso y costoso. Pero si los sectores más reaccionarios y clericales se mantienen en el poder, Irán no se integrará en el sistema internacional.

Es de presumir que habrá un ataque contra Irak, operación muy peliaguda de planear. Las razones para lanzar una invasión a Irak —puede usted tener la absoluta certeza— nada tienen

que ver con las afirmaciones oficiales. Eso ni siquiera se cuestiona. Es otro de los servicios prestados por las clases bienpensantes, manejadas por los centros de poder para mantener el asunto callado. Naturalmente, todos ellos lo saben.

Si lee usted a George Bush, Tony Blair, Bill Clinton o cualquier otro encontrará que dicen: "Tenemos que ir a por Sadam Husein. Ese sujeto es un monstruo maligno que, incluso, ha usado armas químicas contra su propio pueblo. ?Cómo vamos a dejar que sobreviva alguien así?".

Es verdad. Utilizó armas químicas contra su propio pueblo, pero falta una frase: "con la ayuda y el apoyo de papá Bush", a quien le pareció muy bien. Y siguió proporcionando ayuda y apoyo al monstruo, lo mismo que el Reino Unido. Mucho después de que Sadam cometiera sus peores atrocidades —incluida la gasificación de los kurdos y demás—, Estados Unidos y el Reino Unido le dieron alegremente ayuda y apoyo, incluida la ayuda que le permitió desarrollar armas de destrucción masiva, como ellos sabían perfectamente.

En una época en que Irak era mucho más peligroso de lo que es hoy. Irak era entonces un Estado mucho más poderoso. Y nada de lo que Sadam hizo les pareció mal. Lo cierto es que, a principios de 1990, un par de meses antes de la invasión de Kuwait, el presidente Bush Número Uno mandó una delegación senatorial de alto nivel a Irak, encabezada por Bob Dole —más tarde, candidato republicano a la presidencia—, para hacer llegar sus saludos personales a su amigo Sadam. Le dijeron lo mucho que Bush apreciaba sus grandes aportes y que no debía prestar oídos a los comentarios críticos que, ocasionalmente, publicaba la prensa estadounidense.

Aquí topamos con la cuestión esa de la prensa libre y, muy de tarde en tarde, alguien se sale de la fila. Y es posible que

uno entre cinco mil corresponsales haya hecho unas cuantas referencias a cómo Sadam cometía sus crímenes. Pero le pidieron que se olvidara del asunto. También le dijeron que un comentarista crítico de La Voz de las Américas sería cesado, de modo que Sadam no tuviera la desagradable experiencia de oír las iniquidades que hacía. Eso fue un par de meses antes de convertirse en "la bestia de Bagdad", lanzada a la conquista del mundo y demás.

Sabemos que sus crímenes no son la razón de la invasión prevista. Tampoco lo es su desarrollo de armas de destrucción masiva.

Si ésas no son las razones, ¿cuáles son? Bien, las razones son más que evidentes. Irak posee las segundas reservas más importantes de petróleo del mundo, después de Arabia Saudí. Siempre ha sido obvio que Estados Unidos haría algo para recuperar el control de esos enormes recursos, de mucha más envergadura que las reservas cercanas bajo el mar Caspio. Con toda certeza, Estados Unidos va a negar esos recursos a sus adversarios. En este momento, Francia y Rusia están en situación favorable y Estados Unidos busca la manera de arrebatársela.

La cuestión es cómo hacerlo. Es un operativo que tiene sus bemoles. Hay cantidad de problemas técnicos: cuál es exactamente la mejor manera de hacerlo. Eso es lo se está discutiendo. Pero son problemas menores. El verdadero problema es la necesidad de imponer un nuevo régimen. Y el nuevo régimen no puede dejar de ser antidemocrático.

Hay una razón para que así sea. Si hay algún sector democrático en el nuevo régimen, la población tendrá algo que decir sobre lo que está ocurriendo. Eso es la democracia. La población quizá tenga una mínima voz. Pero el problema es que la mayo-

ría de la población es shií, lo cual quiere decir que, hasta donde la mayoría de la población tenga voz, se va a inclinar por las relaciones con Irán, cosa que el Gobierno de Estados Unidos no quiere en absoluto. Podemos entrar a averiguar las razones para que así sea, pero es obvio que no es lo que Estados Unidos quiere. Es más, los kurdos de la parte norte de Irak, que constituyen otra gran sector de la población, van en pos de algún tipo de autonomía. Y Turquía se va a poner hecha una furia si la consiguen. Tanto como Estados Unidos.

De modo que de alguna manera habrá que lograr un cambio de régimen que restablezca un gobierno exactamente igual que el de Sadam Husein: un régimen militar basado en los suníes, capaz de controlar a la población. Esto ha estado siempre perfectamente explicitado. Recuerde que en marzo de 1991, justo después de la guerra del Golfo, Estados Unidos tuvo el dominio total de la zona. Hubo una rebelión shií en el sur, una gran rebelión en la cual participaron generales rebeldes iraquíes.

No pidieron ayuda alguna a Estados Unidos. Lo más que pidieron es que Estados Unidos les permitiera el acceso a los equipos iraquíes capturados. George Bush I tenía una idea distinta. Autorizó a su amigo Sadam a utilizar el poderío aéreo para aplastar la resistencia shií.

El general Norman Schwarzkopf dijo más adelante que, cuando autorizó a Sadam a utilizar la aviación, fue inducido a error por los iraquíes. No se dio cuenta de que, al autorizarlos a usar la fuerza aérea, iban a usarla de verdad. Así que lo engañaron. Y eso demuestra hasta qué punto Husein es malísimo. Siempre embauca. De modo que usó la fuerza aérea en el sur para aplastar a los shiíes y en el norte para aplastar a los kurdos.

Alrededor de esa época, Thomas Friedman, corresponsal diplomático del *New York Times* —*corresponsal diplomático* es un término que significa ser el portavoz del Departamento de Estado en el *New York Times* y quien marca la pauta en el periódico—, fue muy sincero al respecto. Dijo que para Estados Unidos el mejor de todos los mundos sería una "junta militar con puño de hierro", que gobernara Irak igual que lo hacía Sadam Husein, pero con un cambio de nombre porque, en ese momento, el de Sadam Husein era un tanto embarazoso. Y, si no podemos conseguirlo, tendremos que conformarnos con la opción más adecuada. Pero el mejor de los mundos sería la primera solución. Y ése es el mundo que están tratando de encontrar ahora. Por eso la CIA y el Departamento de Estado organizan encuentros de militares iraquíes que desertaron en los años noventa.

No va a ser tan fácil de apañar, pero quizá sea lo que se está planeando.

CUARTA PARTE

Más información

Lecturas recomendadas

SELECCIÓN DE LIBROS DE NOAM CHOMSKY

CHOMSKY, NOAM: *11/9/2001*, RBA Libros S.A., Barcelona, 2001

—, *A New Generation Draws the Line: Kosovo, East Timor, and the Standards of the West*, Verso, 2001

—, *Año 501: La conquista continúa*, Ediciones Libertarias-Prodhufi, S.A., 1993

—, *Autodeterminación y nuevo orden: los casos de Timor y Palestina*, Txalaparta Argitaletxea, S.L., 1998

—, *Barreras*, Ediciones Paidós Ibérica, S.A., 1990

—, *Cómo se reparte la tarta*, Icaria, 1996

—, *Deterring Democracy*, Hill and Wang, segunda edición, 1992

—, *El análisis formal de los lenguajes naturales*, Alberto Corazón, 1976

—, *El conocimiento del lenguaje* (parte de obra completa), Ediciones Atalaya, S.A., 1994

—, *El conocimiento del lenguaje, su naturaleza, origen, y uso*, Alianza Editorial, S.A., 1989

—, *El lenguaje y el entendimiento* (parte de obra completa), Planeta-De Agostini

—, *Fateful Triangle: The United States, Israel, and the Palestinians*, South End Press, segunda edición, 1999
—, *Media Control: The Spectacular Achievements or Propaganda*, Seven Stories Press (Open Media Series), 1991, segunda edición, 2002
—, *Necessary Illusions: Thought Control in Democratic Societies*, South End Press, 1989
—, *Pirates and Emperors, Old and New: International Terrorism in the Real World*, South End Press, 1986, segunda edición, 2002
—, *Profit Over People: Neoliberalism and Global Order*, Seven Stories Press, 1999
—, *Propaganda and the Public Mind*, entrevistas con David Barsamian, South End Press, 2001
—, *Rogue States: The Rule of Force in World Affairs*, South End Press, 2000
—, *The New Military Humanism: Lessons from Kosovo*, Common Courage Press, 1999
—, *The Umbrella of U.S. Power: The Universal Declaration of Human Rights and the Contradictions of U.S. Policy*, Seven Stories Press (Open Media Series), 1999
—, *Una aproximación naturalista a la mente y al lenguaje*, Editorial Prensa Ibérica, S. A., 1998
—, *Understanding Power: The Indispensable Chomsky*, editado por Peter Mitchell y John Schoeffel, New Press, 2002
CHOMSKY, NOAM y SAID EDWARD, W.: *Acts of Aggression: Policing Rogue States*, Seven Stories Press (Open Media Series), 1999
CHOMSKY, NOAM y ZINN HOWARD: *American Power and the Mandarins* (Introducción), New Press, 1969, segunda edición, 2002

Sobre la película *Power and Terror: Noam Chomsky in Our Times*

Película documental de John Junkerman / 35 mm / 74 minutos
Una producción Siglo, 2002
Distribuida en Estados Unidos por First Run Features, Nueva York

"A todo el mundo le interesa acabar con el terrorismo.
Bien, hay una manera muy sencilla de conseguirlo:
dejar de participar en él."
Noam Chomsky

Productor: Yamagami Tetsujiro / Cámara: Otsu Koshiro / Mezclador de sonido: Tsurumaki Yutaka / Edición: John Junkerman, Hata Takeshi / Productor asociado: Ogawa Mayu

Cámaras adicionales: Azuma Tsuneo, Scott Crawford, John Junkerman / Efectos sonoros: Steve Bores, Tammy Douglas, Hiraoka Jun, Ogawa Mayu / Escenarios AP: Cathleen O?Connell / Intérprete: Christopher Field / Traducción: Matsumoto Kaoru, John Junkerman / Fotografía: Theo Pelletier / Diseño gráfico: Miyagawa Takashi / Coordinador de producción: Valerie Dhiver / Realización y documentación: Ishida Yuko / Director de producción: Sasaki Masaaki / Estudio de sonido: Yurta / Títulos: Michikawa Production / Laboratorios: L.T.C., SCANLAB (Francia)

Música: Imawano Kiyoshiro
"Gibitsumi" de Imawano Kiyoshiro / Little Screaming Revue, de *Rainbow Cafe*
"Kurasu" de Imawano Kiyoshiro / Ruffy Tuffi RC, de *The Cross of Fall*
"Brimming Heat of Tears" de Imawano Kiyoshiro/ RC Succession, de *Baby a Go Go*

Asistente de producción: Tsurumi Shunsuke, Little More, Babys, Telesis International, Japan Herald, Anthony Arnove, Toei Kako, Nippon Cine Arts, Mulberry Studio, Tatara Yoko, Shibata Atsuko, Yamoto Kiyomi

Gracias a Bev Stohl, Linda Hoaglund, Leah Mahan, Genene Salman, Students for Justice in Palestine, Barbara Lubin, Penny Rosenwasser, Middle East Children?s Alliance, IATSE, Paul George, Peninsula Peace & Justice Center, Omar Antar, AECOM Muslim Students Association, Wasa Bishara, Committee for Azmi Bishara and the Minorities in Israel.

Especialmente gracias a Noam y Carol Chomsky.

SINOPSIS

La película ofrece las últimas reflexiones de Noam Chomsky a través de una larga entrevista y una serie de charlas mantenidas en Nueva York y California durante la primavera de 2002. Como ha hecho incontables veces desde el 11 de septiembre, sitúa los ataques terroristas en el contexto de la intervención de Estados Unidos en el extranjero durante las décadas de la posguerra: en Vietnam, América Central, Oriente Próximo y otros sitios. Chomsky empieza por afirmar el principio fun-

damental de que el ejercicio de la violencia contra poblaciones civiles es terrorismo, sin tener en cuenta si quienes lo perpetran son bandas bien organizadas, extremistas musulmanes o el Estado más poderoso del globo, y desafía a Estados Unidos —en términos descarnados y sin concesiones— a aplicar a sus actos las normas morales que exige a otros.

Chomsky repasa los crímenes de guerra e insiste en su ya famoso análisis del doble rasero y la hipocresía de los medios de comunicación y los intelectuales occidentales. Sin embargo deja abierta la posibilidad de mantener una postura optimista. Visto desde la perspectiva de sus cuatro décadas de activismo político, el mundo es ahora un lugar mucho más civilizado que en el pasado, gracias en gran parte a la laboriosa, concienzuda y con frecuencia ignorada participación del ciudadano corriente. Quizá sea ese optimismo lo que sostiene la misión a la cual ha dedicado toda su vida: divulgar los hechos entre los pueblos, convencido de que armados de información no dejarán de actuar.

EL AUTOR

Noam Chomsky es un activista político mundialmente reconocido, escritor, profesor del Departamento de Lingüística y Filosofía en el Massachusetts Institute of Technology.

Noam Chomsky nació el 7 de diciembre de 1928 en Filadelfia, Pensilvania. Pasó sus años de estudiante universitario y posgrado en la Universidad de Pensilvania, donde recibió el doctorado en lingüística en 1955. Entre los años 1951 y 1955, Chomsky fue miembro de la fraternidad de la Harvard University Society of Fellows. En esos años completó su tesis doctoral, titulada “Transformational Analysis”. Los puntos

de vista más importantes de la tesis aparecieron en la monografía *Syntactic Structure*, publicada en 1957. Esa monografía formó parte de una obra más extensa, *The Logical Structure of Linguistic Theory*, que circuló mimeografiada y se publicó en 1975.

Chomsky entró a formar parte del cuerpo de profesores del Massachusetts Institute of Technology en 1955 y, en 1961, fue nombrado profesor a tiempo completo en el Departamento de Lenguas Modernas y Lingüística (aho-ra Departamento de Lingüística y Filosofía). Entre 1966 y 1976 desempeñó la cátedra Ferrari P. Ward de Lenguas Modernas y Lingüística. En 1976 fue nombrado profesor del instituto.

Durante los años 1958 y 1959, Chomsky hizo una residencia en el Institute for Advanced Study de Princeton, Nueva Jersey. En la primavera de 1969 dirigió las conferencias del John Locke Lectures de Oxford; en enero de 1970 condujo el Bertrand Russell Memorial Lecture de la Universidad de Cambridge; en 1972, la Nehru Memorial Lecture de Nueva Delhi y, en 1977, la Huizinga Lecture de Leiden, entre otras muchas. Ha recibido innumerables títulos honoris causa.

Chomsky es autor de numerosos libros. El más reciente, *11/09/2001* (publicado también por esta editorial) ha sido publicado en veintiséis países.

LOS DIRECTORES

John Junkerman, cineasta establecido en Tokio, escritor y editor, nació en Milwaukee en 1952. Ha dirigido *Power and Terror: Noam Chomsky in Our Times* [Poder y terror: Noam Chomsky en nuestros días]. Junkerman ha hecho muchas películas sobre Japón, incluidas *Hellfire: A Journey from Hiroshima*

[Fuego infernal: un diario de Hiroshima] y *Huminchu: The Old Man and the China Sea* [Huminchu: el viejo y el mar de China] (ambas distribuidas por First/Run/Icarus Films). También produjo y dirigió "The Mississippi: River of Song" [El Misisipi: río de canto], una serie smithsoniana sobre las raíces de la música americana (distribuida por Acorn Media). Es el editor de *The History of Japanese Photography* (Yale University Press, 2003).

Takei Masakazu, editor y presidente de Little More en Tokio, nació en Osaka en 1961. A los veintiocho años fundó Little More, empresa editora y productora de diversos géneros. Su último proyecto, el cuatrimestral *Foil* de artes visuales, fue lanzado en enero de 2003.

LOS EDITORES

Little More, empresa editora y productora de diversos géneros, fue fundada en Tokio en 1989. Publica libros que abarcan una vasta gama de temas, incluidos temas sociales, artísticos, literarios y musicales. En los últimos años, Little More ha expandido sus actividades para realizar producción fílmica, diseño de modas y sellos de discos.

Puede encontrarse Little More en las siguientes direcciones:

3-3-24 Minami Aoyama
Minato-ku, Tokyo 107-0062 Japan
Teléfono: 81-3-3401-1042 Fax: 81-3-3401-1052
E-mail: info@littlemore.co.jp
Página web: Little More's (en japonés):
www.littlemore.co.jp

Seven Stories Press es una editorial independiente de la ciudad de Nueva York que distribuye sus publicaciones en Estados Unidos, Canadá, Inglaterra y Australia. Publicamos libros de ficción como los de Nelson Algren, Octavia E. Butler, Assia Djebar, Aiel Dorfman, Lee Stringer y Kurt Vonnegut —para citar sólo unos pocos— y, también, títulos políticos que son voces de conciencia, incluidos el Boston Women?s Health Book Collective, Noam Chomsky, Ralph Nader, Project Censored, Barbara Seaman, Gary Webb, el subcomandante Marcos y Howard Zinn, entre muchos otros. Nuestros libros aparecen encuadernados, en rústica, folletos y disquetes, tanto en inglés como en español. Creemos que los editores tienen especial responsabilidad en la defensa de la libre expresión y los derechos humanos en cualquier sitio que podamos hacerlo.

Seven Stories Press edita también las Open Media Series, un proyecto de publicaciones fundado en 1991 para oponerse a la guerra del Golfo. Bajo la dirección del cofundador original, las series siguen produciendo títulos muy leídos y aclamados por la crítica, dirigidos a la política de Estados Unidos, la democracia, la paz y la justicia social.

Visite el sitio de la Seven Stories Press Web para tener información al día y la lista completa de todos los títulos disponibles: www.sevenstories.com.

Índice Analítico

Otros libros de Siete Cuentos Editorial

NO FICCIÓN

11 DE SEPTIEMBRE
Noam Chomsky
$8.95 / ISBN: 1-58322-565-x

AMORES LOCOS Y LOS PELIGROS DEL CONTAGIO
Gonzálo Aburto Iniesta
$5.95 / ISBN: 1-58322-276-6

CÓMO CONSEGUIR LOS PAPELES
Alfredo Placeres
$5.95 / ISBN: 1-58322-277-4

CÓMO MANEJAR SU PROPIO DINERO
Laura Castañeda y Laura Castellanos
$16.95 / ISBN: 1-58322-055-0

NUESTROS CUERPOS, NUESTRAS VIDAS
The Boston Women's Health Book Collective
$24.00 / ISBN 1-58322-024-0

LA OTRA HISTORIA DE LOS ESTADOS UNIDOS
Howard Zinn
$19.95 / ISBN: 1-58322-054-2

RUMBO AL SUR, DESEANDO EL NORTE
Ariel Dorfman
$19.95 / ISBN: 1-58322-079-8

FICCIÓN

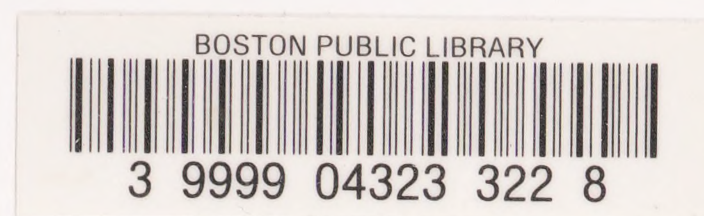
A LA CAZA DEL ÚLTIMO HOMBRE SALVAJE
Ángela Vallvey
$14.95 / ISBN: 1-58322-271-5

LAS HISTORIAS PROHIBIDAS DE MARTA VENERANDA
Sonia Rivera-Valdés.
$14.95 / ISBN: 1-58322-053-4

LA MUERTE Y LA DONCELLA
Ariel Dorfman
$14.95 / ISBN: 1-58322-078-X

ROSARIO TIJERAS
Jorge Franco
$13.95 / ISBN: 1-58322-612-5

TERAPIA
Ariel Dorfman
$19.95 / ISBN: 1-58322-071-2





ACTUALIDAD/POLÍTICA
$11.95
$17.95 Canadá
UNA PUBLICACIÓN CONJUNTA ENTRE
SIETE CUENTOS
Siete Cuentos Editorial
www.sevenstories.com
Little More
Little More
www.littlemore.co.jp
ISBN 1-58322-620-6
51195
9 781583 226209